

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO 008(83)105

Ricardo A. Latcham.	<i>Lytton Strachey.</i>
Mariano Azuela.	<i>El que la debe...</i>
Arturo Torres Rioseco.	<i>Romance a Talca.</i>
Paul Morand.	<i>El tío Sam tiene sed y hambre.</i>
Héctor Fuenzalida.	<i>Cuento de verano. II</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Alfonso Escudero.	<i>Tres ratos con el autor de Une Heure Avec...</i>
Domingo Melfi.	<i>Destino del siglo.</i>
Mario Antonioletti.	<i>La medida del valor y la técnica financiera.</i>
Jorge Pinochet E.	<i>Paul Valéry y la crisis del espíritu.</i>

LOS LIBROS.—GLOSARIO.

ATENEAE

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEAE inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEAE no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEAE dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

008 (x3) (05)

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

★ ★

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811
MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176
Lima - Perú

LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO

AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL "CINEMA" EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

Junio 2 de 1934
marzo 1934

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Febrero de 1932

Núm. 84

Ricardo A. Latcham.

LYTTON STRACHEY

EN el período georgiano, que corresponde en la literatura inglesa al del actual rey, pocos prosistas han tomado más vuelo que Lytton Strachey, cuya muerte reciente se comenta en todo el mundo.

Strachey es uno de los aristócratas del estilo y su pensamiento ondula entre sutilezas y sub-entendidos finísimos. Poca labor para una vida más o menos laboriosa; pero la selección determinó siempre el rumbo de sus creaciones.

Strachey era alto, barbudo, desgarrado. Ojillos finísimos en que estaba agazapado un resplandor que, en su conversación, se hacía creciente. Algunos lo han definido como un volteriano. En uno de sus libros *Books and Characters* analiza con decidido sentido a Voltaire en sus relaciones con Inglaterra y con Federico el Grande.

Algo de carácter volteriano quedó prendido en su temple socarrón y sarcástico, que se escondía en el tapiz imaginativo de sus escritos.

El mérito fundamental de Strachey es ser el mejor de los biógrafos contemporáneos. Para ello estaba dotado de un maravilloso don psicológico y creador. En sus manos los personajes tradicionales cambiaban de



maneras y de posturas. El toque incisivo, la mueca, el corte hábil y casi imperceptible solían deformar la realidad convencional, el trazo solemne, la compostura habitual.

Strachey era un técnico en la deformación más que un erudito. Su fantasía de novelador se paseaba por el ancho campo de los acontecimientos pretéritos.

Llegó a decir: «*Es tan difícil escribir una buena vida como vivirla*».

Por esto eligió dos mujeres fundamentales en la historia inglesa con el objeto de hacer acabadas pinturas de su época. Victoria e Isabel corresponden a los acier-tos más acabados de Strachey. En *Queen Victoria* y en *Elizabeth and Essex*, Strachey supo ocultarse y rehuyó magníficamente toda demostración. En tal arte era definitiva su maestría. Tanta cuanto exacta su precisión ponderada, su tacto delicado, su don de sugestión.

La pintura de un período abarrotado de hechos y emociones no siempre se realiza de un modo directo y abrumador. No basta la erudición implacable, el culto de los ficheros colmados de datos y de referencias para triunfar en la moderna aventura biográfica; pues los acaecimientos al ser mirados desde el estricto punto de vista de la historicidad suelen ser fatigosos y monótonos.

Strachey no olvidó nunca ese profundo secreto técnico que constituye su éxito y su nota dominadora en las letras británicas. Ni Guedalla con su escrupulosidad erudita y su fuerza reconstructora, ni Lamb con su don épico y su implacable sabiduría, ni Aldington con su elegante aticismo, ni Drinkwater con su barroquismo y energía, ni Hilaire Belloc con su dramaticidad han logrado superarlo.

En Strachey dominaba el instinto certero del artista. Era tan buen escritor como psicólogo. El mundo femenino le entregó muchos de sus recursos ocultos, de

sus intrigas y maravillas. Pulsaba entre las vidas de las mujeres célebres y en otras ópacas y significativas como un médico conocedor de íntimas miserias.

¡Qué acertada es su estampa de Madame de Lieven en el último libro: *Portraits in Miniature*; y ¡cuán pe-



Lytton Strachey

netrante es su intención al revelar los cultos póstumos de Victoria por su marido y por un familiar escocés! En las líneas palpitantes de delicado humorismo de su autor se oculta una piedad comprensiva muy vasta y no pocas veces un sarcasmo culto por las miserias de los grandes personajes. En este terreno nunca se

sabe hasta dónde se puede llegar con Strachey. Ignoramos sus simpatías políticas y su esteticismo cualitativo le impide hacernos concesiones.

La línea de la distinción es uno de sus puntos invulnerables. Va presentando los hechos, desnudando las pasiones, ya sea la locura religiosa de Gordon, la manía recordatoria de la Reina Victoria, el apetito de mando de Essex, la ambición cazurra y el tartufismo de Bacon, el entrometido carácter de Madame de Lieven o la cortesanía de Voltaire, sin que se altere su rostro enigmático.

En presencia de la naturaleza humana, de la ambición y del arribismo, la cara del biógrafo no se arruga. Permanece impassible con una delicadeza imponderable. De vez en cuando, con poca frecuencia, una contracción marca levemente el rostro; pero es para desaparecer muy presto. El don de Strachey es conaturalizarse con toda la grandeza y miseria cortesana, con el meloso cortejo del arribismo y no pocas veces también con la dureza espléndida de los grandes espíritus.

¿Habría complacencia en el biografista, algo intoxicado de hedonismo, con este peligroso y delicuescente escenario de grandes sucesos? ¿O es que su moral planeaba más alto? ¿Hasta donde pudo ser moralizador el arte, no pocas veces sarcástico, del autor de *Eminent Victorians*?

Ese y otros problemas depararía tan curioso escritor. Materia sería de una larga investigación rastrear sus ideas morales y compararlas con las de sus contemporáneos y amigos: Aldous Huxley, Maurice Baring, Virginia Woolf, Max Beerbohm, a quien dedicó su última obra: *Portraits in Miniature*, David Herbert Lawrence y otros espíritus primordiales de Inglaterra.

Strachey prefirió conocer las épocas por medio de un panorama contemplado desde una eminencia coronada. La gran figura, al ser agotada por la investi-

gación histórica, suele ocultar la luz más débil de figuras subalternas. Para evitar la omisión de las penumbras en sus cuadros históricos, Strachey se detuvo en el análisis de muchas existencias secundarias, de muchas individualidades accesorias que no estaban suficientemente analizadas. Unas cuatro cartas, un detalle fugitivo, un encuentro decisivo, un hecho olvidado daban claves certeras y secretos asombrosos a este diestro buzo de los espíritus.

La dramaticidad suele asomarse por sus libros y en este sentido no hay nada, a juicio de algunos críticos, que lo revele más intenso y emocionado que sus maestras páginas tituladas: *The end of General Gordon*.

El arte de Strachey ha tenido una influencia imponderable en Inglaterra y en otros países. Su manera estaba descargada de externa intención moral, de deseo ejemplarizador, de majadería erudita. Por eso sus más finos dardos han caído sobre la pesada época victoriana, cuya grandiosidad supo destacar tipos de la más original envergadura como Disraeli, Gordon y el Cardenal Manning.

A través del último, Strachey sorprendió el movimiento de las conversiones en Oxford y a través del primero penetra en ese complicado mundo político en que fué un astro lleno de ridículas y geniales rutilaciones.

La biografía actual, esta especie de fiebre por la biografía que es característica del tiempo presente, arranca del gran escritor muerto. Maurois lo reconoce como maestro indiscutible y Lüdwig no logra jamás acercarsele ni en emoción ni en sensibilidad artística.

Strachey rehuyó el patetismo y la emoción, la sabía graduar en forma admirable. Algunos le reprocharon el mal gusto, el preciosismo; pero no podían faltar críticas a tan selecto espíritu. Con toda su carencia de intención política, Strachey fué típicamente *georgiano*, esto es un escritor sin prejuicios y que demolió muchas

convenciones del tiempo victoriano, cuyos defectos y grandezas para muchos ingleses constituyen la edad de oro del Imperio.

Strachey escribió muy poco y todo está marcado por su carácter selectivo.

Conocemos de él las siguientes obras: *Eminent Victorians* (1918); *Queen Victoria* (1921); *Books and Characters (French and English)*, (1922); *Landmarks of French Literature*; un estudio sobre el poeta *Pope* (conferencia pronunciada en 1925); *Elisabeth and Essex* (1928) y *Portraits in Miniature*, su último libro publicado en 1931.

En este libro reciente se realizaban las mejores cualidades de Strachey: el humor cortés, el escepticismo frío y no pocas veces sarcástico, la intención corrosiva y el tacto admirable con que se cortaba la vestidura del relato.

Desfilan allí las figuras más antagónicas: el Presidente De Brosses, Madame de Lieven, James Boswell, el Abate Morellet y entre otras evocaciones surgen seis estampas de historiadores ingleses: Hume, Gibbon, Macaulay, Carlyle, Froude y Creighton.

La historia, al modo antiguo y solemne, ya aparece lejana. Hoy día se busca el tecnicismo y las tendencias económico-sociales. Dominan libros de índole cíclica y laboriosa como los escritos por Spengler, Meyer y Sombart.

Pocos son los que aun se aventuran en la historia artística al modo de un Michelet, de un Taine, de un Gibbon, de un Froude.

Por esto la aventura de la biografía ha tenido tanto éxito y ha sugestionado a tan diversos espíritus. En tal sentido—lo ha dicho Benedetto Croce—la historia se democratiza y el dinamismo moderno, más externo que real, busca una compensación a las vidas opacas y deportivas en la lectura de vidas ejemplares. De ahí, pues, el suceso de tal género literario. Sea esto exacto

o no, será imposible confundir a Strachey, maestro selecto y a veces insuperado con el montón de biografistas industrializados y embriagados de patetismo. Su arte superior se eleva cual un mundo poético y realista a la vez donde hay estampas que nunca más olvidaremos; como las de Isabel y Essex, la de la vieja Victoria y sus ministros Gladstone y Disraeli, la del iluminado Gordon y la del ambicioso Essex. Mundo es éste que sólo un arte refinado ha podido recrear a su imagen y semejanza. Por esto con la desaparición de Strachey surge un vacío casi imposible de substituir en toda la literatura moderna. En su manera se armonizaba la potencia artística y los sugestivos dones del estilo con un poder de evocación que recordaba a los más fuertes animadores del pasado. La biografía—con Strachey—dejó de ser un arte familiar y casero y se encumbró hasta la creación novelesca que admiramos en un Proust o en un Lawrence.

Mariano Azuela.

EL QUE LA DEBE... ⁽¹⁾

EL trimotor pasa zumbando, hace una cabriola pedantesca sobre los muros ruinosos de la capilla, sobre el caserío incipiente de la Comunidad Agraria y sobre las paredes geométricas y encaladas de la Casa del Pueblo, y sigue su derrotero.

Sin removerse apenas, señor Dámaso lanza un gruñido. El de todos los días, el de la misma hora. Arriado al muro, emerge como excrescencia de los propios adobes, enorme lagartija inmóvil.

Y todo entra de nuevo en silencio, hasta el inextinguible rencor del viejo.

(1) Para los lectores de *Atenea* nos ha enviado Mariano Azuela, como una primicia, este hermoso capítulo de una novela que prepara y que pronto verá la luz pública en México. La figura literaria de Azuela es sobradamente conocida en América. Un sólo libro *Los de Abajo*, la llevó como en una racha triunfal hasta los últimos confines del continente. Europa ha conocido ya, en una traducción francesa, el arte de este novelista que cuenta entre los más vigorosos de indo América. Para muchos, *Los de Abajo* es de las novelas más típicas de América. Quizá, la síntesis más dramática y mejor lograda de las guerras civiles. En un escenario de tal ferocidad instintiva, Azuela supo mantener la nota superior del artista. En México se ha producido este fenómeno literario con la generación que cruza, por en medio de la barbarie desencadenada de la revolución y mantiene, no obstante, una línea admirable de buen gusto y un sentido muy noble del arte. En sus otras novelas *Los Caciques* y *Las Moscas*, la vitalidad es una mezcla de humorismo y de tragedia. Al mismo tiempo que levanta la nota patética, el dramatismo que toda revolución lleva en su entraña, descubre al modo de un contraste, en los hombres y en las situaciones, el instante del ridículo o de la caída en la risa. Menos patetismo que en *Los de Abajo*, pero más ironía, un sentido más puro de la sátira. Este capítulo anticipa en la concreción de sus cuadros y de su estilo, la belleza de la novela próxima a aparecer.—D. M.

—Papá... papá... croque por ai viene ya el pinacate.

Voz atiplada, femenina, entre la magueyera, a espaldas del jacalucho. Crescencia, en camisa de manta sin mangas y muy escotada, angosta falda a medio tobillo, descalza, pasa con el cántaro al hombro.

—Es de veras, papá... óigalo...

La lagartija se desprende de sus terrones, se hincha, se yergue y, paso a paso, avanza por el camino polvoso y quemante. Un bultito negro, tambaleante, se adivina en la borrosa lejanía.

Cortando inmensos cuarterones negros, barbechos en volteo, el mar reverberante de rastrojales y zacatón, la cinta blanca, sembrada de blancas espirales de polvo, culebrea y se alarga hasta desvanecerse en los confines inundados de luz cenital.

Los guaraches chapotean en un lago de tierra. Gabán de lana musga cubre sus anchas espaldas, sombrero de palma su ruda cabeza y los calzones de manta, muy ajustados a las posaderas, le ciñen las huesudas pantorrillas.

Detrás viene señora Martina, menudita y encorvada, limpiándose las lágrimas de su regocijo con las barbas del rebozo. Muy lavadas de cara, Crescencia la mayor y la más fierita y Ramona, alocada de contento. El Sultán además. Husmea aquí, se mea allá, alza la pata en cada tronco seco y en cada piedra. Sus ojos negros, implorantes, interrogan ora a señor Dámaso, ora a señora Martina. Y cuando de pronto lo adivina todo, punteando sus narices por la carretera, da un aullido y se lanza como flecha.

Con tumbos de borracho, intermitente en las ondulaciones del camino, entre la arboleda ribereña, traqueteando cada vez más recio, el pinacate aparece copeteado de camisas blancas, mezclillas azules y floreados percales. Los anchos huicholes no dejan ver las trenzas negras y brillantes ni los vivos listones. El

Sultán lo precede grave y ceremonioso, bailando a ratos, sin dejar un instante de menear la cola.

Señora Martina se lleva las manos al pecho para contener su alegría. Señor Dámaso siente también quién sabe qué revuelos por allá adentro; pero en su rostro de tetzontle nada se puede traslucir. A falta de mejor colorete, Ramona se muerde los labios. No por su hermano Ciriaco, sino por Felipe González que a distancia viene también al recibimiento.

En densa nube de tierra llega el desvencijado camión de pasajeros, describe una violenta curva, y antes de detenerse en la plazoleta se rompe como cascarón lleno de confeti de los más vivos colores en la tierra blanca. Hombres, mujeres y niños, y entre la bola el mocetón de señor Dámaso y de señora Martina, alto, vigoroso y casi arrogante. En su rostro requemado de metálica tersura le brillan los dientes y las aporcelanadas conjuntivas.

Esfinge de granito, señor Dámaso tiende su mano prieta y nervuda que Ciriaco, descubriéndose humildemente, besa con reverencia.

Señora Martina se resiste a soltarlo de sus brazos. Quisiera decirle tantas cosas; pero ¿cómo? si la lengua se le ha hecho un trapo y un nudo la garganta.

Crescencia lo acaricia con los ojos húmedos, mientras que Ramona le pone morados los brazos y las piernas a cariñosos pellizcos.

—¿Vienes con tu cuerpo cabal, hijo?

Señora Martina lo mira, lo tiente, lo huele; y apenas lo puede creer.

En un pequeño círculo, el Sultán, ansioso por entrar, se revuelve, el hocico en alto, ahogando gemidos de alegría.

Se adelanta el primero, y cierra el cortejo señor Dámaso renqueando sus sesenta.

—¿Vienes sin lisa, Ciriaco? ¡Bendito Dios!

Los dientes del mozo rebrillan como maíces de panoja reventada.

—Tírate en el petate, que vendrás retecansado.

—¿Cansado de qué, mamá?

—Entra tú también Jelipe: no no más te asomes. Jelipe el de los González, Ciriaco.

Felipe y Ciriaco rumoran ininteligible monosílabo y se estrechan fuertemente las manos. Ramona y Crescencia cambian guiños y sonrisas.

A distancia de la lumbre y en cuclillas los hombres hacen rueda.

—¿Mucha pelea, Ciriaco?

—Poca pelea, papá.

—¿Entonces?...

—Puros horcaos y fusilaos....

—Pero así no más... ¿sin pelea?...

—Donde uno los pepena les aprieta el pezcuezo o los acuesta y... ya estuvo...

—¡Hay, qué malas gentes! ¿pos pa qué los matan?

De tan tierna la voz de señora Martina se quiebra.

—Pos ¿por qué ha de ser, mamá? Por cristeros, por eso mero.

—¿Qué mal le han hecho a naiden pa que el gobierno sea con ellos ansina de mala entraña?

Ciriaco entreabre su camisa y muestra la huella de la reata todavía en su cuello retostado; luego un fruncido circular en mitad del pecho.

Señora Martina ahoga un grito de susto.

—Me dejaron por muerto. Si hubieran sabido siquiera como se hace un ñudo no se los estaría contando. A los federales se la perdonan a veces; pero lo que es a nosotros nunca...

Señora Martina dice sus preces entre dientes, señor Dámaso redobla sus gruñidos y todos los contemplan atónitos.

Crescencia y Ramona se han despojado ya de sus ropas domingueras; una atiza la lumbre y la otra se

sienta detrás del metate. Crepitan los leños retorciéndose en llamaradas que lamen el techo untuoso y negro. Curvada Ramona, hace correr sus bielas morenas y caen blancos copos de masa sobre la batea. En su piel dorada brillan minúsculos diamantes líquidos.

La palabra de Ciriaco es torpe, pero interesante el relato. El gesto suple las deficiencias de palabra, y señora Martina a cada detalle espeluznante, ahoga un grito en su rebozo, porque ya señor Dámaso la reprendió:

—Estas cosas no son de viejas...

Vivamente iluminado por las llamaradas del fogón, Ciriaco dilata glotonamente su nariz al hervor de las cazuelas. Pero la humareda le saca lágrimas y los chiles crepitando sobre las brasas le pican el galillo.

—Nos saldremos ajuerita mientras está el molecito.

Al amparo de un tejado, que lo mismo sirve de quiosco a los músicos en día de fiesta, que a los borrachos de dormitorio y a las gallinas de refugio, Nicolás Arenas, Otilio Sandoval y algunos otros mocetones atisban y esperan convite a la comilona, como es *el costumbre* en esta tierra. Y es igual que con Felipe el de los González: una sonrisa desvaída, un murmullo entre los dientes y un recio apretón de manos. Unos se tiran de barriga, otros se sientan en cuclillas y Ciriaco, doblada una pierna y tirante la otra, cierra el ruedo.

—¿Y del tal Calles que se dice, Ciriaco?

—Harta plata el general Calles.

—He oído hablar de una hacienda quizque tiene gallinas que sólo una vale los miles.

—Y un tren no más pa él y su familia que le cuesta dos millones...

—¿Qué le cuesta? ¿A quién le cuesta?...

—No le mientes a Calles, Ciriaco, que es lo mismo que mentarle al enemigo malo.

—La verdá ha de icirse, papá. Muncho camino, muncha presa y agua hasta pa hogarnos.

—Por veinte fierros lo llevan asté y lo train del pueblo como en su carretela.

—Y ya no tiene qué caminar todo el día a pata o en burro si bien le va.

—¡Má! Hasta los nativos han perdido ya le vergüenza. Que lo diga Cirilo Gutiérrez que no es más que un zarcillo de Justo Jiménez... ¡pero también tú, Felipe González? ¡Si el dijunto Fermín te oyera!

Gruñe un cerdo, revolcándose en el lodo, las gallinas medio insoladas, abierto el pico, tienden un ala y estiran la pata, el viejo gruñe a su vez, inaccesible a novelerías, hasta que señora Martina con vocecilla aguda y penetrante los llama.

En anchas tazas de barro el caldo de gordo hace ojos. Crecencia, muy encendida, mostrando sus dientes más blancos y parejos que gramos de elote, levanta con la punta de los dedos las tortillas ampolladas en el comal. Entre sorbo y sorbo, señora Martina atiende a que a nadie le falte nada. Se oye un silencio de re-cias dentelladas.

Ciriaco añora el pulque famoso de la hacienda de San Gabriel de los Valdivias. Señora Martina, madre previsora, saca al punto de un escondite un cantarito panzón y colorado que deja escapar un penacho de espuma entre la boca y el disco de maguey que la tapa.

Gruñe señor Dámaso su satisfacción y gruñe el Sultán, atacando ferozmente en pelado costillar de guajolote, que los perros de la vecindad contemplan lastimeramente, casi llorosos, desde la puerta donde Ramona los mantiene a raya, amenazándolos con un tizón.

En una de tantas vueltas del cantarito, señora Martina siente ganas de cantar y a la otra llora, acordándose de sus mocedades. Señor Dámaso es bota curada, y cuando su vieja quiere venir a compartir con él

las efusiones de su corazón, de un seco puntapié la despatarra.

A los muchachos no les cabe la alegría en el cuerpo.

—Hora, pues, vamos a refrescarnos por allá ajuerita.

Pretexto para dejar al viejo con las mujeres. Ciriaco se incorpora el primero, adormilados los ojos y encendidas las mejillas.

Salen en derechura del arroyo. Ronca un automóvil a lo lejos y Cirilo Gutiérrez avizora

—Pué que sea don Carlos Valdivia.

Un mechón le tapa media cara y sólo ve con un ojo. Ojo torvo, bilioso y siempre al sesgo. Lo mismo que no sabe mirar de frente nunca dice una frase sin reticencias.

—Pos pué que sea Justo Jiménez.

—Es el coche nuevo del niño Arturo.

—¿A que no te acuerdas ya del niño Arturo, Ciriaco?

—De acordarme hasta el cuerpo se me achina... hijo de la...

—Pos a mí todavía al mes me estaban sacando las espinas de las nalgas y del lomo.

—¿A que no le damos hora una bañada en los nopales como la que él nos dió?

—El que sea más machito que haga tirón...

Y todos corren a emboscarse entre los jarales a la vera del camino.

* * *

Reventazón de peñascos por un lado hasta el fondo del abismo, reventazón de rocas gigantescas por el otro hasta las nubes espumosas que cierran el cañón. Y a cada momento la pétrea cortina, ardida y pelada, donde se siente la inminencia del choque, y la curva ágil y violenta de Sacramento, siguiendo el culebreo de la carretera para enfrentarse de nuevo con otro murallón y otro despeñadero.

Don Arturo y el Ingeniero sonríen con esa sonrisa seca y siniestra de la juventud, ante el peligro burlado. Pero el viejo, color de acero, hundido en el asiento del fondo, opta por entrecerrar los ojos.

—Sin tanta vuelta, don Carlos, en diez minutos se haría este recorrido.

—Y vamos con media hora sin poder salir de este infierno.

Hay un intervalo de camino recto y parejo. Don Carlos se reanima:

—Hace cuatro años no teníamos más medio de comunicación con el ferrocarril que una vereda tan angosta, que de frente sólo un hombre o una bestia podían caminar.

—Lo que significa que cuando en cualquier parte del país un hectólitro de maíz, por ejemplo, valía cinco pesos, en San Gabriel de los Valdivias no alcanzaría ni los dos cincuenta.

—¡Qué va, hombre! Jamás les compré a mis medieros a más de un peso la fanega.

—Lo que la revolución, pues, nos ha traído ni es tan negro ni tan malo como por ahí se cuenta.

—¡Cinco millones de pesos le cuesta al país esta carretera, Ingeniero!

—Más que fuera....

—Cinco millones sustraídos del bolsillo del infeliz contribuyente, no más para que un tal Justo Jiménez pueda ir y venir a la hacienda que nos ha robado y transporte con facilidad los productos de su rapiña.

—Es doloroso. Pero hay que consolarse con que todos estos productos benefician ahora a un gran número de pobres gentes.

—Pero ¿no sabe usted que de esos cinco millones, más de la mitad se le han quedado entre las uñas a este bandido?

—De otra manera no hubiera ascendido tan pronto de bolero a millonario. Pero lo que usted no me podrá

negar es que en manos de los señores Valdivias y durante más de un centenar de años estos terrenos no tuvieron irrigación, ni mucho menos el camino que ha centuplicado su valor.

—¿Y tanta vida sacrificada? Para aprender a manejar la dinamita estas pobres gentes perecieron por centenares.

—Menos seguramente que las que han perecido sólo en provecho del latifundio.

—Nadie le ha hecho más daño a la pobre humanidad que los teorizantes. Con palabras se les llena la boca. Estas tierras no rinden ahora lo que normalmente producían en manos de nosotros los reaccionarios, los parásitos, los vampiros del pobre infortunado. ¡Ni el cinco por ciento!

—Nuestros campesinos están asustados todavía del tesoro que se ha puesto en sus manos y no saben qué hacer con él...

—¡Nuestros campesinos! Como si el reparto de tierras que han hecho ustedes hubiera sido siquiera en beneficio de nuestros campesinos. Como si ese piojero de haraganes que ustedes nos han traído fuera nuestra verdadera gente de trabajo. Esos son los verdaderos parásitos de la nación: esos que sin saber ni coger un arado quieren que el país los mantenga. Para el líder agrarista y su langosta, las cajas de la tesorería nacional siempre abiertas; para el hombre de trabajo, las gabelas, las exacciones, las injusticias y las iniquidades de nuestros mandarines. Y mientras que el verdadero trabajador se muere de hambre, la comparsa política se ahita sin más obligación que la de desempeñar su odioso papel en la mascarada socialista.

Habían alcanzado la parte más elevada del camino, cuando el sol comenzaba a declinar, tiñendo en sangre las peñas abiertas como por ciclópeos machetazos. Con voracidad sideral la luz de oro se tragaba los cerros de abajo, ondulaciones azuladas y la blanca y mí-

nima comunidad agraria de San Gabriel de los Valdivias. En la inmensidad de la planicie, las manchitas claras y frescas del caserío, las coloreadas y apenas perceptibles de las reses, el cristal inmóvil de la presa y las escarchas diseminadas del río entre la esmeralda que lo arropa a largos trechos.

Enconada la disputa no falta pretexto para reanudarla.

—Politiquerías, politiquerías—rumora don Carlos como hablando consigo mismo.

—Politiquerías, en efecto, es todo lo que se opone no más al triunfo completo de la revolución. El liderismo ha sido un factor muy importante para el despertamiento del pueblo; pero el día que el pueblo se dé cuenta de que el líder se ha convertido en su parásito, lo arrojará de sus propiedades con mayor facilidad que a ustedes....

—¿A nosotros?

—¿Estos pelados desgraciados?

Hasta don Arturo, que se había mantenido ecuánime, ahora toma parte en la disputa:

—Entre mi padre y yo, solos los dos, hicimos correr a más de cien piojos de estos.

—Había qué ver el regadero de palos y machetes que dejaron....

—Corrían más ligero que un coyote...

—A mí me quemaron el sombrero.

—Míreme esta cicatriz en el cuello...

—¿Y qué tales cachetadas le dí ese día al tal Justo Jiménez, Arturo?

—¡Limpiabotas desgraciado!...

—Montoneros no más.

Padre e hijo se quitan la palabra, entusiasmados por el recuerdo de su hazaña. Sus voces se confunden: uno grita para hacerse oír y el otro grita más fuerte entonces. Les brillan los ojos, les brillan los dientes en una risa loca.

—Se apoderaron de la hacienda, pero hasta que vinieron tropas federales y cuando ya nosotros habíamos abandonado la casa.

En este momento todos tienen que cogerse violentamente de lo primero que encuentran al alcance de su mano para no saltar de cabeza al precipicio, porque Sacramento en una curva ha dado frenos bruscamente. El Ingeniero se pone marmóreo; por instinto, don Carlos y don Arturo se llevan las manos a sus revólvers. Es el pánico por un hombre a caballo que acaba de aparecer a la vera.

—¡Ah! es el mozo del mineral que viene a encontrarme—dijo el Ingeniero reconociéndolo. Y ahí se apeó del coche y don Carlos y don Arturo lo despidieron muy cortesmente, pero con los labios lívidos aun.

—Es muy bromista el Ingeniero, papá.

—Un majadero...

Comenzó el descenso en un silencio embarazoso. El mismo Sacramento, avergonzado, meneaba de vez en vez su sombrero.

Cuando entre secos ramajes asomaron las paredes de adobe de Las Vacas, lote que el líder agrarista designó al propietario de la hacienda, dijo don Carlos que allí se quedaría, e hizo detener el carro.

—¿Te sientes malo, papá?

—Como si me hubieran dado una paliza.

—Regresaremos si quieres.

—Que te lleve Sacramento, y si es posible regresa ahora mismo.

—Conozco el camino y mi carro tan bien, que llegaría a San Gabriel hasta con los ojos vendados. Sacramento se queda contigo, papá, y si no regreso hoy mismo no te alarmes. La llevo bien con todo el mundo, y el mismo Justo Jiménez no me mira mal.

—No me lo mientes que las tripas se me hacen nudo. Vé con Dios y en cuanto arregles tu asunto vuelves. Siento ya la bilis hasta en los dientes.

Con el descenso la carretera se amansa; al agresivo peñascal suceden pronto flancos enormes de aromáticos pinos. El coche va a cuarenta kilómetros. El aire resinoso sopla en la frente de don Arturo, le vuela los cabellos y le refresca la sangre. Lleva ciertamente al cacique hasta en la médula de sus huesos, pero sus ojos miran lo que don Carlos no podrá ver jamás. Gente nueva, cosas nuevas, mundo nuevo. Piensa que «el pelado odia toda la vida al que ve bañado»; pero no más mientras es pelado. ¿Botones? a montones: generales, gobernadores, no digamos diputados y gentes de menor cuantía. Pero puede comprender que en su casa tan señor es el pelado como el mismo señor obispo. Y con reconocer esto y otro poco más, es bastante para que se rompan diques, se aplanen asperezas y se pueda vivir en armonía con todo el mundo.

A medida que se pronuncia el descenso y aumenta la velocidad y ronca más fuerte el abejorro, los pinos se aprietan más hasta no dejar rastro alguno de las peñas.

Se abochorna. Abierta la camisa, desnudo el cuello blanco y rollizo, el viento la abullona sobre un pecho fuerte y velludo.

Una cerveza helada. Hasta una del tenducho del Chueco Morales que ni es helada ni lleva nombre de pila. Hasta dos si se ha tomado la primera. Y si anda por allí Juanita González puede ser que se le haga el gasto al Chueco hasta que cierre su tugurio. «Juanita nos trae locos». ¡Qué negocio ni qué nada en San Gabriel! Lo cierto es que nadie puede decir: «Juanita me prefiere» y menos aun «Juanita es mía». Puede que Justo Jiménez lo diga. Pero del dicho al hecho hay mucho trecho».

Juanita entra y manda pues. El Ingeniero, sin tacto ni educación, el mismo don Carlos con su quejumbres y su bilis, son desalojados sin pretexto alguno. Y Juanita resuena como el eco de una campanita de plata.

El tiene diez y nueve años, buen parecer, maneras llanas, es naturalmente afectuoso y *disparador* a las veces. Si ellos lo miran bien para ellas es una penca de miel de abejas. Su pecho se hincha y relucen sus ojos. Cincuenta quilómetros. San Gabriel de los Valdivias a la luz acanterada del ocaso. Más bien dicho, Jiménez, endeble y raquítico aun, pero enraizando ya en las ruinas de San Gabriel de los Valdivias. Arturo Valdivia. ¡Puf! San Gabriel o Jiménez, es igual. De todos modos alegre, con mucha manta lavada, muchos percales, porque es *día domingo*.

Ahora ni calor ni frío, ni el verdinegro pinar, ni el risco escueto. Nopaleras y malezas en pleno campo raso. Detrás la montaña que se arrebuja, poco a poco, en tul celeste. Y un magnífico sopor al balancearse en mullidos cojines y gruesos cautchucs.

Todo se auna, en efecto, para disculparlo de no haberse sabido defender como los machos. El dice que fueron más de una docena los garrudos y hasta que vió el relampaguear de los puñales.

No es verdad. Fueron Nicolás Arenas, Cirilo Gutiérrez de puro entrometido, Felipe González y Ciriaco. Si el auto se quedó panza arriba entre la nopalera fué por la impericia de Felipe, chofer improvisado. Uno le había saltado por una ventanilla, el otro por la otra y los otros dos por delante. El coche se llenó al instante. No quedaba más recurso que seguir la broma:

—¿Quiúbule, muchachos, qué les pasa?

—Semos nosotros mero, niño Arturo, no se asuste.

Cirilo Gutiérrez que nada tiene que cobrar, pero que gusta de deberle a todo el mundo, lo levanta brutalmente por la cintura y hace que Felipe González coja el volante.

Por eso pues ¿qué diablos quieren?

—Sin coraje, niño Arturo, que es pura broma.

—¿Se acuerda, niño Arturo, de que en esta misma

nopalera nos volteó la cabeza y se fué echando las tripas de risa?

—¿Se acuerda niño Arturo que en este mismo camino nos le trepamos hace cuatro años pa estrenar su coche nuevo?

No hubo siquiera para qué quitarle la pistola. Uno lo cogió por el cuello, otro por los brazos y dos por las piernas.

—A la una...

—A las dos...

—Y a las tres...

Se incorporó, aturdido todavía y claveteado de espinas. Ciriaco, que de compasivo se había apartado de sus compañeros para auxiliarlo, escuchó más insolencias de las que había aprendido en el cuartel. Con haber levantado la mano un poco no más habría bastado. Pero Ciriaco sentía vergüenza y coraje. Vergüenza de sí mismo, coraje consigo mismo. Cuando don Arturo se canzó de injuriarlo, Ciriaco le respondió con acento desvahido:

—Niño Arturo: el que la debe la paga...

Arturo Torres Rioseco.

ROMANCE A TALCA

(Para «ATENEA»)

*La pizarra de tu cielo
fué clave de mi sonrisa,
ciudad donde yo pasé
ensueños de golondrina.
La loa que yo quisiera
tiene una intención satírica,
cuando quiero maldecirte
se me hace la pluma mística.
No sé qué tienen tus calles
mugrientas y renegridas
que el fango se me hace rosas,
mosaico la pedrería.
Encontré por un sendero,
don que nadie lo adivina,
hojas verdes en el alma,
prestigio de maravilla.
Intentos que fueron alas,
alas trenzadas de envidia,
sueños blancos de poeta,
puntas negras de mentira.
Recuerdo de un amor muerto
de tedio en cualquier esquina,*

intervención imprudente
de Dios y la policía.
Yo recuerdo de sus senos
las dos turgencias altivas,
sus dientes sobre mi alma
como filos de cuchilla.
Atomos que se levantan
Río Claro a las orillas,
pulverizados de sol,
escala de oro hacia arriba...
¿Quién pregunta que se han hecho?
Azules globos un día
de primavera, en el aire,
mi esperanza suspendida.
Azucenas en jardines
de Talca, bocas floridas
en promesas de quince años...
cosas soñadas y vistas
cuando sangraba el crepúsculo
perfumadas clavelinas
y mariposas de oro
se morían en las pircas.
En piedra fría de iglesias
clavadas mis dos rodillas
y mis cabellos envueltos
en rumor de sacristía,
andaba yo por el éter
porque era el mes de María,
y me sabía a Versailles
destartalada Placilla.
Abstractamente maldigo
de todas tus porquerías
ciudad que estás en mi alma
aletargada y cosida;
abomino de tus casas
de loca bellaquería.
de tus burdeles morados,

negrura de tus cantinas,
hielo vivo en tus escuelas,
en tus iglesias morfina,
aceradas puntas negras
envenenadas espinas.

Metidas llevo en el pecho
aquellas agujas finas
disparadas al ocaso
desde torres vespertinas;
y en mi boca los sabores
dulces, frescos, de sandías,
sandías rojas de sangre,
deleitosas, agua viva.

Cuando yo iba por tus calles
prodigiosa algarabía
de olores iba en el viento,
como lengua que repica
de bronce de unas campanas
en una atmósfera tibia;
el cura de la parroquia
les echó el agua bendita.

Mi paladar está grueso
de tus mieles amarillas,
de mirar tanto tu cielo
tengo claras las pupilas;
no sé cómo definirte
ciudad de gitanerías,
tus fealdades me hicieron
poeta naturalista.

Perfumes de la Alameda!
Ay, la grata compañía
de Roberto Meza Fuentes
y Raimundo Echeverría!
Admiraciones abstractas
eran mechas de energía:
Don Alejandro Venegas,
y don Enrique Molina!

Polvo de oro en alas rosas
de mariposas cautivas,
camino de no sé dónde
ya pasaron esos días.
Yo voy en busca de un sueño
de engañosa perspectiva,
ciego voy de los dos ojos,
guiado por las esquilas.
Y voy diciendo hacia adentro;
voz de Talca, tú me guías,
por mis venas pasan voces
lejanas y nunca oídas,
y otra vez el repicar
lento y largo, las esquilas...
Calle tres sur y once oriente
donde mi madre vivía,
esponja de todas hieles,
de todo dolor sonrisa,
plegaria, dulce tormento.
¿Quién me los devolvería?
Ya me voy con una copla
sobre la boca encendida,
y en el corazón clavada
la saeta de una avispa.

Paul Morand.

EL TIO SAM TIENE SED Y HAMBRE

DE esta América del Norte que acabo de encontrar en el camino de regreso y de atravesar en pocos días, de Nueva Orleans a Nueva York, pasando por Chicago, Detroit y Boston, no contaba escribir nada. Pero cada francés con que me he hallado desde Cherburgo me ha preguntado sobre ella tan ansiosamente, que he redactado con rapidez estas breves notas. Aun en el tiempo en que los Estados Unidos engordaban todos los días, no conseguían atraer sobre ellos la atención de todo el universo. ¿Qué lección, qué ejemplo nos ofrecen?

Es que la miseria nos coge a todos. En esto, como en lo demás excesiva, precoz, América nos precede y puede servirnos de ejemplo. Lo que el francés quiere conocer por ella es la extensión de su desgracia, la fuerza y la eficacia de sus reacciones, en una palabra, su temperatura. Curiosidad interesada puesto que la desdicha es contagiosa.

TEMPESTAD SOBRE EL MUNDO

En diez y ocho meses he atravesado veintiún países (Italia, Yugoslavia, Rumania, Polonia, Austria, Inglaterra, España, Egipto, Palestina, Siria, Turquía, Baviera, Suiza, Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Panamá), antes de poner el

pie en los Estados Unidos. En todas partes he hallado a los hombres inquietos, dudosos de ellos mismos y de la Providencia; en todas partes he encontrado a la tierra presa de una indigestión de materias primeras; todas las naciones paralizadas y todas las latitudes al revés, la pampa verde como Inglaterra negra; he visto a los mejores comerciantes en el marasmo, sirios disponibles, griegos estagnados, hasta judíos ociosos; todos los productos sin vender desde las chapucerías de los *chainstores* (1) hasta el chiche de la calle de la Paix; todos los hombres necesitados desde Stalin que ya no tiene dinero para su propaganda hasta M. de Rothschild, que acaba de despedir en un día a ochenta y cuatro sirvientes.

En los muelles de Santos he visto quemar setenta mil sacos de café; he chapoteado en el marco empapado por la lluvia; un kilómetro de marco de café... En Río de Janeiro cada mañana he visto botar al mar quince mil sacos. En Buenos Aires he visto trigo a cuarenta francos el quintal esperar en vano el comprador, mientras que en Francia se le paga a ciento setenta francos. En el paquebot italiano que me llevaba a Alejandría yo era el único turista; en el barco de la Standard Fruit que bogaba hacia Nueva York, éramos cinco; estuve solo en las cataratas del Nilo y solo en las del Niágara: en todas partes hoteles desiertos y puertos en ocio; turista, raza desaparecida...

¡SOBRE TODO NO CONFESAR LA DESOCUPACIÓN!

De la crisis universal, América toma la parte inmensa que le corresponde, que compete a su espíritu de empresa, a su optimismo bancario, a sus excesos industriales, a su ausencia de moderación comercial, a su fe magnífica e infantil en el progreso humano. Ella

(1) En inglés en el original. Almacenes en cadena literalmente; tiendas organizadas en *trusts* y que venden productos vulgares.

la acepta con un asombro doloroso, una dignidad, un espíritu cívico, una mueca admirable. Esta crisis ha sido para los Estados Unidos, ante todo, choque moral; en su historia han conocido duros momentos pero, salvo la Guerra de Secesión, esos momentos han sido muy breves. Los americanos no han comido nunca cotidianamente, como la Europa continental, un pan negro mojado en lágrimas y en sangre; esta especie de año mil que estamos viviendo, esta Edad Media desesperada en la cual no son los grandes caminos sino los bancos los que se ven atacados a mano armada, ellos rehusan creerla definitivamente; se quejan de todo corazón de que tienen hambre, pero con ese alto estoicismo de los puritanos (del cual heredó la *Christian Science*) creen que negando el mal pueden aminorarlo o hacer cesar su desarrollo. Por eso en los Estados Unidos no se habla de la desocupación así como no se habla del cáncer, de la sífilis o de la secreción de los negros, plagas del individuo o del Estado. (¿Quién rehabilitará este noble defecto de las sociedades cerradas que los anglosajones poseen en alto grado y que se llama hipocresía?) No se habla con gusto de la desocupación, pero ya se lucha con fuerza. En este punto también nosotros somos muy diferentes de los americanos. Entre nosotros el obrero se ha convertido, poco a poco, en una especie de funcionario; todo el esfuerzo de nuestras leyes sociales tiende a eliminar los riesgos; el hombre de nuestras antiguas campiñas se ha refugiado en las ciudades para evitar el riesgo agrícola: la ruina por la helada o la sequía, la muerte por la falta de médico o por el aburrimiento. Convertido en obrero, cree que el patrón o el Estado le garantizan, suceda lo que quiera, una vida sin peligros. Ahora bien, América, si es la tierra de las grandes ganancias y de los salarios altos, es también la de la vida peligrosa, el continente de la aventura; es su grandeza, su salud y hoy es su miseria. De la noche a la mañana, el obrero

americano que ganaba dos o trescientos francos por día se ve lanzado a la calle; implacablemente a la calle; no tiene familia (su familia está en Polonia o en Suecia), ni economías (no posee esa melga de repollos y de papas en el cual se prolonga, fuera de la ciudad, la jornada del minero o del artesano francés); ha jugado a América y, por el momento, ha perdido. A pesar de esto, ninguna recriminación, o bien pocas; tampoco odio social; allí, creo yo, está el lado más asombroso de la dolorosa América. El desocupado se tiende en las hierbas de los parques y espera. Así hay cuatro millones que aguardan. . .

Más que en Nueva York es preciso ver la producción en masa cómo sobra en esa inmensa zona industrial, atravesada apenas en veinticuatro horas, que se extiende de Chicago a Detroit, de Milwaukee a Cleveland, de Toledo a Pittsburgh. Ciudad discontinua del hierro, del acero, de la fundición, del coke, de todos los productos llevados por los canales de los grandes lagos. No había visitado esta región desde 1925. ¡Qué actividad entonces, qué rendimiento, qué fulguración, qué rumor! Hoy, trenes inmóviles en las vías de acceso; todo el país de antes tiene el aspecto de hallarse en camino al garage. Cepillos gastados, cementerios de viejas carrocerías, chasis abandonados, trenes elevados que duermen, grúas despojadas como árboles, calderas impotentes, material paralítico separado por terrenos de football, con hierba negra, en el cual los jóvenes aprendices ensayan *shoots*. El sol no alcanza a atravesar las nubes bajas, cuadrículadas por los alambres de alta tensión.

LOS HOTELES HOOVER. . .

De allí viene el sin trabajo, vestido ya como un vagabundo, ya como un caballero, que afluye a las plazas de las grandes ciudades; trata de vender manza-

nas o diarios; ronda las casas burguesas en busca de trabajitos; cuando llega la noche desciende a los barrios ricos, donde mendiga; y luego, sin esperanza, abatido, pero sin rabia en el corazón, vuelve a esperar en los asilos de noche, a los que llaman, por irrisión, hoteles Hoover, releyendo el diario de la mañana; o bien a las sopas populares, en plena intemperie, levantado el cuello del vestón, las nalgas apretadas por la mordedura del invierno; lo he visto entrar donde el rojavejero y dejar allí su sobretodo (cuanto a la radio, al Ford, a la pluma fuente, a la Kodak, las ha perdido hace tiempo allí mismo). Cuando ha esperado así algunas semanas, se cansa y se pierde en el campo, que lo recupera.

¿Cuáles son las medidas de socorro? Período de improvisación. No se sabe todavía si la lucha contra la desocupación será un asunto federal, una empresa del Estado, o un deber comunal. Por el momento la comuna parece la única que interviene. Pero es la iniciativa privada la que ha tomado la ofensiva más vigorosa; la Cruz Roja y el Ejército de Salvación, las asociaciones confesionales proporcionan ya un esfuerzo de eficacia providencial. En los grandes centros, los comités de socorros disponen de sumas considerables (doscientos millones de francos en Nueva York). Se fomentan los trabajos de utilidad pública. La desocupación toca sobre todo a los extranjeros; se ven muchos amarillos y negros en las calles, calentándose en terrenos baldíos, bajo tiendas de tela, alrededor de fuegos encendidos en tarros vacíos, apretados en curiosos grupos a lo Callot (1), que recuerdan a los de los primeros *pioneers* americanos de hace cien años. En las fronteras, los empleados de la inmigración aprietan el pestillo. Después de mi reciente travesía del Centro-Oeste, un diario anunciaba que en el solo Es-

(1) Famoso dibujante francés, especialista en escenas de la vida mísera.

tado de Texas se acababa de acordar el regreso en masa, en una sola jornada, de ciento veinticinco mil obreros mejicanos a su país de origen.

¿Otros remedios? Las economías, sobre todo en la armada y en el ejército, economías necesarias después de los gastos inauditos de los últimos años. La nación entera se prepara a una lucha contra el frío y contra el hambre. Ella se entrega con entusiasmo, pero con un rigor nuevo contra las teorías subversivas. Chicago es el frente de combate del bolchevismo. Allí Moscú hace su mayor esfuerzo sobre los negros del Sur llamados al Norte, hace diez años, por los altos salarios de guerra (los negros forman el 12% de los desocupados), sobre los arrendatarios insolventes y sobre los intelectuales. América teme al bolchevismo y lo ve en todas partes; incursiones policiales en los centros marxistas, agitadores extranjeros llevados a la frontera (trabajos forzados si la vuelven a pasar), orden de prisión contra Lovett Whiteman, jefe comunista; persecuciones contra el escritor Dreiser acusado de propaganda comunista por el Estado de Kentucky; ataques en Hollywood contra el cineasta soviético Eisenstein, que lo obligan a irse a México, etc. . .

¡ROLLS-ROYCES EN 20,000 FRANCOS!

En este Otoño de 1931 hay para los americanos algo más importante que el match Yale-Harvard, crisis dramática de la temporada de football. Una necesidad se les impone: *vender*, vender a cualquier precio. En los instantes críticos un comerciante puede elegir entre dos actitudes: conservar su mercadería para esperar la vuelta de los buenos días; así proceden los vendedores de tapices en el bazar de Estambul. Un viejo turco testarudo a quien yo quería comprar un Ispahan, me rehusó toda rebaja en mi último viaje. No dudo de que viva aún, nutrido apenas con un poco de café

negro, en el fondo de su lúgubre tienda, sentado sobre la maravilla rosa y verde, con granadas amarillas, que yo envidio. Pero en los Estados Unidos domina la otra actitud, la del bolsista que prefiere «cortarse un dedo» antes que el cuerpo entero, y que liquida a tiempo. La Nueva York del otoño de 1931 sobresale en estas liquidaciones forzadas y sus precios «no aceptan competencia». Pieles, autos, trajes, antigüedades, todo está disponible, listo para ser llevado; «diga cuánto ofrece»; apenas lo habéis dicho: «Es suyo». Tiras de tocuyo coronan las calles y adornan los tranvías: «Liquidation cut down prices», «soldes», etc. (3). En los avisos económicos de hoy en mi diario hay ocho automóviles de la más grande marca inglesa que se venden de ocasión a 20 mil francos cada uno. En los almacenes de bric-a-brac, apenas habéis asomado un dólar en vuestro bolsillo y el comerciante ya ha saltado como una pulga. . . . Los grandes restaurantes tienen comidas a precios fijos con gran surtido de platos; en todas partes se almuerza por veinte, veinticinco, treinta francos. Vestidos por cincuenta francos, máquinas fotográficas por veinte, calcetines de seda a cinco, camisas de seda por un dólar, pieles de cien mil francos rebajadas a un décimo de su valor; en un gran almacén me ofrecieron terciopelo de importación francesa a un veinticinco por ciento menos que su precio de Francia.

SILENCIO

En Detroit me fuí en taxi a una gran usina; conversé con el chauffeur, un americano; alimentaba a sus dos hermanos con sus familias, uno sin trabajo desde hacía un año, el otro desocupado desde cuatro meses. Llegué a la usina, a la hora de salida de la tarde; apenas unas cuantas centenas de hombres; a la misma hora,

(1) Anuncios de rebajas de precios y liquidaciones.

hace dos años, cien mil obreros. Se me hizo atravesar en auto, sin detenerme, por planos inclinados, pisos enteros, talleres vacíos en toda su extensión; los patios están desiertos como los de un cuartel durante las maniobras. En los casilleros, bajo el reloj, las fichas de matrícula hacen pocas manchas blancas. Admirable orden americano que acrecienta la impresión de vacío. Cielo negro, llanura de Waterloo; sobre los canales los *cargos* al ancla cargados de acero y de coke inutilizados, cadenas inmóviles, los motores no descienden ya del techo para posarse justamente sobre las carrocerías como la abeja sobre una flor. Silencio... Los accesorios que se acercaban por sí mismos, imantados por el coche listo ya para caer como una recién casada en brazos del comprador impaciente, están ahora suspendidos en el aire.

—¿Cuántos automóviles hacían ustedes hace dos años?—pregunté.

—Nueve mil al día, más o menos.

—¿Y ahora?

Gesto vago. Creo poder decir: algunos centenares.

Entre dos filas de altos hornos me dirijo ahora hacia la puerta, y un frío húmedo cae sobre mis hombros; *ningún hogar está encendido...*

En la calle, en Detroit como en Nueva York, no se ven ya casi coches nuevos; hace dos años el americano cambiaba de auto cada seis meses; hoy día guarda su antiguo cacharro; a lo sumo le hará poner «rueda libre», por veinte dólares. ¡Quién dirá la tristeza de estos viejos coches nunca lavados y que, para evitar a sus propietarios los gastos del garage, duermen a la intemperie, como las vacas de la pampa!

LA OPINIÓN DE MI PORTERO

Al leer esto, muchos franceses sonreirán con aire superior. «Es ir demasiado lejos», dijo mi portero, no sin

satisfacción. El francés tiene un horror profundo, atávico, a la riqueza. La riqueza de los Estados Unidos lo ofendía. No se ha dado jamás cuenta de que la fortuna en América era algo intermitente, provisional, y en el fondo, no importante. La gran herida en el corazón de la América del Norte no es una herida de interés, ni de vanidad, sino el fracaso—temporal sin duda—del inmenso esfuerzo de organización perseguido por Taylor, después por Ford y por todo el antiguo patronaje desde el presidente Cleveland, para hacer salir al trabajo norteamericano de su condición medioeval, anárquica, revolucionaria en el cual él se hallaba hacia 1880, para elevar al obrero, mejorar definitivamente su suerte y asegurarle el nivel de vida más alto del mundo, sin perjuicio de acrecentar su eficacia. Toda la expansión económica de 1876-1900-1929 es la que se vuelve a discutir. Un desocupado que mendiga es un atentado a esta noble carrera hacia la felicidad humana, al gran ensueño de toda una generación de jefes de industrias hoy en día envejecidos. Las nuevas generaciones que no han tenido más que recoger y que no han conocido el *boycott*, el *racketeering* (confusión), las bombas de Chicago, las revueltas de Pittsburgh, no saben que la verdadera crisis fué acaso esta crisis de prosperidad de los diez últimos años, pues la condición normal del hombre, desde el destronamiento de los ángeles, es sufrir y tener hambre, y toda felicidad no es más que una tregua. En Wall Street se acogen a la menor esperanza; un día es el trigo que sube, el siguiente es la plata. ¡Ay!, después de un empujón brusco, nuevamente el plano inclinado.

Los Estados Unidos están dispuestos a ensayarlo todo, a aceptar todos los consejos; se mira tanto a Francia segura de su moneda afianzada en el oro, como a Alemania inflacionista, ya al lado del fascismo, ya a Rusia. Si Poincaré, Stalin o Greta Carbo tienen una doctrina, que la expongan: se ensayará. Pero todo el

horizonte es sombrío. ¿Dónde están los millones consumidos en todas partes, desde hace diez años, en impuestos que no tienen la suerte siquiera, como los de la vieja Europa, de ser usurarios, dónde están los créditos helados, aun antes del invierno, en Alemania? A veces los Soviets parecen querer, como el año pasado, comprar máquinas; por ejemplo, máquinas para hacer calzado, y hasta han enganchado obreros americanos. ¿Sería un nuevo mercado que se abría? Pero he aquí que con esta nueva maquinaria los bolcheviques, unos pocos meses más tarde, salen con sus nuevos zapatos, y el cliente que la metalurgia americana había ganado, la industria americana de calzado lo había perdido. Con los créditos otorgados para desarrollar su facultad de compra, Alemania ha desarrollado sus exportaciones, no sus importaciones, renovado el material, lanzado buques más rápidos. Círculo vicioso: un cliente encontrado, diez perdidos.

¿Cuál es la causa profunda de esta crisis planetaria?—se preguntan los Estados Unidos. ¿Es la economía? ¿Son las reparaciones? ¿Es—el escritor Wells lo afirmaba en Detroit el mismo día de mi paso—el desequilibrio entre un progreso industrial mundial demasiado rápido y una política (la maldita política) atrasada en cien años y que se sofoca para seguirlo? En Daerborn, en la casa de Ford, el mismo Wells acusa al padrón de oro. El mundo entero debería abandonarlo, pues todas las naciones son interdependientes. ¿Es la angustia alemana entre el hitlerismo y el comunismo? ¿Es Francia?

No escapan a las consecuencias de la crisis mundial sino los modestos; los hindúes que tejen ellos mismos sus trajes y cultivan sus patatas; los negros del Sur que duermen al aire libre; los granjeros italianos de la Argentina que cultivan bien su mediocridad, mientras que todos los grandes *estancieros* están arruinados; por sobre todos, el campesino francés. (¡Qué curioso libro

podría escribirse hoy sobre la situación de Francia en el universo!)

LOS OJOS FIJOS EN EL BALANCE SEMANAL DEL BANCO DE FRANCIA

¿El tío de Francia va a reemplazar al tío de América? ¿El billete de cien francos que se pegaba como irrisión en los vidrios de los autobuses hace cinco años se va a convertir en el dueño del dinero? Francia y su oro... El oro francés. Puede decirse que el mundo entero en este momento tiene los ojos fijos sobre el balance semanal del Banco de Francia. Francia, gracias al Eldorado de las bodegas de la plaza de las Victorias, tiene una situación moral tal como no la había conocido desde el Segundo Imperio. Cuento a veces a mis amigos extranjeros cómo, en el último Agosto, bajé a los subterráneos de acero del Banco de Francia, parecidos a acorazados, subterráneos tapiados, como las cavernas del hombre cuaternario por una sola roca, por bloques de metal; cómo, detrás de estos refugios duermen los lingotes americanos en barriles, las cajas del Banco de Inglaterra. Se me escucha con los ojos redondos por la envidia... Magia del oro... La gloria, Verdun, Versailles, ¿qué es eso? La sangre misma se la puede encontrar en todas partes, ¡pero el oro! Esto hace soñar aún en el país de los Incas. Y nuestro oro nos vale actualmente no sólo un peso enorme en la política internacional, un peso desproporcionado a nuestra potencia material, a nuestra efectiva riqueza, sino que nos confiere un prestigio moral incomparable. Sonrisa de los comerciantes. «Vosotros sois franceses; entrad, señores, sed bienvenidos». Poseemos de pronto maravillosas virtudes; nuestras mujeres son todas honradas; nuestros niños no mueren ya; el alcoholismo no devasta ya nuestros campos; Laval no tenía necesidad siquiera de ser el hábil hombre de estado que fué en Washing-

ton; triunfaba de antemano; sigue siendo verdad el proverbio que quiere que el rico posea todas las virtudes. Prestigio peligroso; sería bueno que no nos regocijáramos siempre; si los defectos son desagradables, no olvidemos que las virtudes son casi siempre intolerables. Sepamos leer entre las líneas de la opinión mundial. Decir que Alemania está mal es decir a veces, de modo oblicuo, que Francia está demasiado bien. Francia es admirada, pero está muy lejos de ser amada en este momento. Se la vitupera, se la condena por falta de solidaridad. Ella vive en una prisión cuyos barrotes son de oro. . . . La ayuda financiera francesa proporcionada al Austria, en Basilea, y en este trágico verano al tesoro británico, está ya olvidada. Un país que ve afluir en este momento los capitales enloquecidos del mundo, ¿debe dormir sobre su caja de caudales? Cuando un buscador de oro llega del placer a la cantina con un lingote, sus compañeros colocan un revólver sobre la mesa: «Está bien; ahora juguémonos eso; tu oro ha sido hecho para circular». Si el hombre está armado y pone mano en la cintura. . . ., se convoca a una conferencia del desarme.

Otoño de 1931 en Nueva York. Distribuidora de riquezas, Nueva York no sufre tanto con la crisis como el Centro-Oeste productor. Y nunca ha estado ella más hermosa, más nueva; nunca los *buildings* se han destacado más rosados, más jóvenes, más confiados sobre un cielo indio adorado del sol.

Exclusivo para *Atenea* en Chile: Traducción especial.

Héctor Fuenzalida.

CUENTO DE VERANO

II

YO me solazaba en un denso aburrimiento, en un tedio orgiástico, que de pronto, se transformaba en un hondo y desconocido placer. Sin lograr entender el origen de aquellos acontecimientos, mi inteligencia huía de allí, y con la mirada prendida en la llama de las bugías, escuchaba como en el aposento de otra vida, el murmullo del salón, tan distante como el de un lejano río en la noche. Sólo cuando se elevaba la voz de Madame escuchaba, como esperando una revelación, y mi corazón, de súbito angustiado, se expandía como ante un prodigio.

Porque, lo confieso, su voz me llenaba de nostalgias, que asociaba fugitivas imágenes, sin lograr atraparlas, y en medio de las cuales veía destacarse una ciudad entrevista en un grabado, llena de luz y movimiento. Yo soñaba dolorosamente con indolencia. Detestaba a los hombres que iban allí. No me hallaba parecido a ninguno de ellos: tenía la voz espesa, su ingenio era grosero y mordaz; encontrábalos excesivamente audaces y torpes.

En aquel salón se pretendía jugar para la beneficencia, y apenas si se habían tocado los naipes. Se hacían juegos de prendas. Los caballeros que a veces andaban a gatas por el salón, disimulando el eructo, que les producía el estofado, tenían la obligación de pagar su juego con dinero, que se iba acumulando para el hospital, orgullo de la ciudad. Estas escenas regocijaban a la gente que estallaba en sinceras carcajadas. Entretanto, Mme. recogía las dádivas y las bromas y respondía a ellas vivamente, con soltura, lo que muchas veces obligaba a los caballeros

a redoblar su grosería y su generosidad, que marchaban a parejas. A menudo yo me preguntaba:

—¿Cuál es su objeto? ¿Sólo desea ayudar a los pobres?

Pero, poco a poco, fui convenciéndome que toda aquella reunión estaba organizada por el hotelero. M. Simon, muy hábil en sus negocios tenía una vena sentimental: ayudar a los pobres. M. Simon vivía en un perfecto equilibrio de sus intereses y su corazón, y Madame, sin duda, estaba encantada de prestarle ayuda. Su hotel llegaba a ser con esto, el rendez-vous de toda la gente del pueblo, y el mejor mercado para los negocios de Madame. Es este razonamiento el que hizo variar mis actos y sentirme algo más hombre.

Madame recibía en las tardes señoras y caballeros pobres. Era cuestión de minutos: atendía consultas acerca del destino y solucionaba las dificultades del vestuario elegante y barato; después se entregaba a los afanes de una nutrida correspondencia. Esto parecía desazonarla demasiado. Yo ya había observado que a las personas de fácil charla les es muy difícil escribir correctamente. Escribía en la mesa del comedor, doblando el mantel por la mitad. Mientras escribía se asía desesperadamente la cabeza y con un gesto de enojo encantador iba hallando las expresiones difíciles, que caían de su cabellera agitada, como de un árbol maduro sacudido con violencia. Había frases que le demandaban minutos de intensa concentración intelectual. con la vista obstinada en las cuartillas, urgaba hasta dar con el giro que luego estampaba con una letra rapidísima. No sin extrañarme noté un curioso cambio en Madame. A menudo llamaba a un criado a quien impartía una orden lacónica que la dejaba inquieta mientras no volviese. Su actitud se había como dignificado, humanizado, y parecía una perfecta dama caritativa con la gente del servicio. Vestía de ordinario para esta sencilla ceremonia íntima una bata de crepé rameado; parecía modestísima, su aspecto brusco había desaparecido y sólo las rápidas órdenes a la servidumbre, la misteriosa correspondencia, era lo que desazonaba la sobriedad, el ritmo perfecto de actos, facultades y actitudes en que envolvía su hermosa calidad, a cuyo alrededor yo sentía alentar «el más gozoso aire».

Después se perdía. Yo traginaba unos instantes todavía por allí. En la noche reaparecía en el salón perfecta, erguida, acabada...

Hubo un suceso gentil. Madame cantaba. Ya he dicho que lo menos importante en aquellas reuniones era hasta entonces el juego. Pero el canto atrajo más público. Vinieron muchas señoras. Las toilettes se remataban en la noche, y este aconteci-

miento daba margen a calurosos y cordiales comentarios. Se llegó a jugar finalmente con interés. Madame decía con un acento encantador:

—Hay que darle la suerte a los pobres. . .

Se oía en un extremo, en los grandes silencios del juego, el gri-gri insolente de un grillo bajo la alfombra. El reloj de pesas daba una hora.

Yo relegado al más completo olvido, después de hallar aquel artefacto, entretenía mi injustificada presencia allí, haciendo gritar el pobre fonógrafo de cilindros, tan abandonado, tan ridículo como yo.

El humo y la fragancia que nublaba los viejos espejos, enervaba mis sentidos.

Quise, después, huir de aquellas reuniones, pero Madame me exigió que volviera a frecuentarlas. Sus ojos violetas se clavaron profundamente en mis pupilas, y, por primera vez sentí la fuerza de una voluntad que simplificaba y ordenaba la caótica maraña de mis ideas y sentimientos.

A menudo oía decir a las damas apartadas en un extremo:

—¡Es encantadora. . . Qué cutis más precioso! . . .

¡Inefables palabras provincianas!

Por que lo más admirable es que Madame, una mujer ignorada, se hizo querer pronto de las demás mujeres, a pesar de que se comenzaban a murmurar algunas especies de ella. Estas especies me revelaron detalles sugestivos, que lejos de hacerme perder la estimación que le profesaba, sólo consiguieron duplicar mi interés por ella. Madame sufría de insomnio y empleaba dos horas en hacer su toilette nocturna. Hasta altas horas de la noche, veíase filtrar, al través de los intersticios de la puerta, una luz roja de aquelarre. Madame era una *mujer de mundo* que disimulaba los años con el arte inimitable de la mujer madura, y hacía violentos ejercicios, forrada de toallas, para conservar la línea. Madame no era francesa ni era creyente, pero la política de sus asuntos la hacía aparecer como una extranjera muy observante. Madame fumaba secretamente cigarros puros y remojaba la garganta con bebidas espirituosas que llevaba en sus baúles. Madame, excesivamente rica y dadivosa, no se dejaba ver sino por los criados a los que embromaba y tuteaba como amigos. No obstante las murmuraciones de aquellas honorables señoras, a quienes Madame contentaba con infinitas argucias y delicadezas, yo notaba en ellas un sólo deseo secreto: rejuvenecerse. Sus rostros reflejaban malicia y respeto, y a mi modo de ver el talento de Madame estaba muy por encima de la envidia femenina de sus congéneres. Ellas respetaban su co-

mercio, su audacia, su insolencia, y, sin ponerse a su nivel, llamábanse sus amigas, con el fin de aprovechar sus conocimientos.

Yo la admiraba sin estudiarla, porque vivía una edad que quiere emociones y ama lo absurdo, lo complejo, lo barroco.

III

Después de esta declaración, Elgar se detuvo unos instantes. Le incomodaba ya la antigua postura en su sillón de peluche, y empezó a pasearse por la pieza. Partió un limón, y estrujó unas gotas en un vaso de agua que bebió con deleite. La lluvia azotaba incesantemente los cristales, y a veces, abatida en locos vaivenes, proyectaba sobre el flanco, una ruidosa granizada que nos hacía estremecer. La actitud de Elgar había cambiado. Estaba visiblemente nervioso, y sus ojos dominantes, cargados, oscuros, se quedaban, de cuando en cuando, fijos en uno de nuestros rostros, y sentíamos algo como una acusación sobre la conciencia. Nos preguntó si nos aburría el relato, y dirigiéndose a M. Simon, le pidió excusas por haber hecho alusión a aquellos recuerdos. Juró ser breve, y dejando el vaso sobre la bandeja, continuó:

—Llegado este momento, voy a relatar algo que ocurrió en esos días y que creo de interés.

Recibí una de aquellas mañanas un ramo de flores que me enviaba Madame Leblanc, para recordarme que estábamos a 1.º de Noviembre. No recuerdo porqué, en aquellos días no la había visto, y esto me tenía muy inquieto, pues me había habituado a su trato, a sus consejos, a sus exabruptos, que me los prodigaba con una delicadeza (porque no llamarla ternura) inimitables. Salía, muy alegre, con mi ramo de flores, cuando M. Simon me detuvo y me preguntó con cariñosa severidad qué relaciones teníamos con Madame. Yo le respondí muy extraño que ninguna. El me agregó despavorido:

—Madame se va, señor Elgar.

Estas palabras me sorprendieron.

—Supongo que su viaje no es culpa mía. Y agregué: ¿Se juega esta noche?

—Sí, señor Elgar,—me respondió,—se juega por última vez y se canta.

Volví del cementerio donde deposité unas peonías a tía Rosa Carmela. Me sentía inquieto y profundamente preocupado y me encerré en mi cuarto. Leía, leía, sujeto a las páginas por la necesidad de distraer mis pensamientos. Todo en mi cabeza se

complicaba, hasta el punto que, llegado ciertos momentos, me veía obligado a salir a la calle, a pesar de que el pueblo ya no me interesaba nada. Ahora sabía algo que me aterrorizaba y que me llenaba de zozobras: estaba pensando demasiado en Madame: ¿amaba a Madame? Escribí una carta a mis tías en que me esforzaba en exponer un estado de ánimo optimista. Les decía cómo por la intervención de una mujer angelical, había encontrado el viejo reloj de pesas de mi familia. Mi estado de ánimo, a pesar de mis esfuerzos, fué empeorando y a las seis de la tarde era éste: al mismo tiempo que sentía un amor desenfrenado por Madame, experimentaba las primeras dudas acerca de su persona. Y debo confesarlo, mis dudas eran terribles, inhumanas, aunque nada había notado, hasta entonces, que perjudicara su moralidad.

Recibí la visita de M. Simon en la tarde. Pude notar que traía el ánimo tranquilo y decidido del hombre encargado de cumplir una sentencia. Pero no. M. Simon venía sólo a decirme que mi salud era una de sus más serias preocupaciones, añadiendo que conocía y estimaba a mi familia desde hacía algún tiempo. Yo que hasta este momento permanecía acostado, me incorporé bruscamente del lecho y me atreví a formular una pregunta que nunca había cristalizado en mi garganta:

—¿Ud. conoció a mi madre?—le dije mirando con honda simpatía su rostró picado de viruelas.

El sonrió y me repuso ofuscado:

—Conocí y aprecié a toda la familia de su padre, señor Elgar, que era de este pueblo.

Su discreción obligaba tal vez a guardar el nombre de mi madre. Terminó:

—Vengo a ofrecerle una oportunidad para veranear. Tengo instalado un hotel con veinte piezas a orillas del Colorado, en una región hermosísima, con baños termales, llena de atractivos. Quiero saber si Ud. me favorecerá. Le tengo reservada una pieza espléndida con vista a la Quebrada de Camarones.

Yo le repliqué:

—¿Sabe Ud. donde se va Madame?

—Eso no se sabe, señor Elgar. Nadie ha podido seguir todavía sus huellas. Sus negocios la llevan a diversas localidades con mucha premura, y no vuelve nunca donde ha estado una vez...

M. Simon hacía ademán de retirarse. Yo le retuve:

—Ud. no la ha visto nunca antes, en otra ocasión?

M. Simon me repuso:

—No. Y añadió: Habla admirablemente el francés.

—Ya sabía que no era francesa...

—Ud. verá qué paisajes!—continuó M. Simon. Tengo plantados quince mil eucaliptus que prosperan admirablemente y que hacen de la región un lugar sin rival para convalecer.

—M. Simon,—le dije. Yo no soy un enfermo.

El hizo un gesto vivo.

—Oh! Yo no he dicho eso. A Ud. tal vez le sobren energías...

No entendí la alusión, y, de pronto, recordando algo, le pregunté:

—¿Canta esta noche Madame?

M. Simón desde la puerta me repuso:

—Robledo canta esta noche a la guitarra...

¿Quién era este Robledo? Voy a explicarlo.

No sabría decir cómo apareció allí. La gente le había visto por las calles en esa actitud sobradamente desencantada y aburrida con que recorren nuestros pueblos, los cómicos, los periodistas de vacaciones y los extranjeros. Se decía mexicano; sin explicarse la causa de su presencia en la ciudad la gente le creía turista o comerciante; él absolvía todas las preguntas oponiendo con una sonrisa estereotipada, sus respuestas ágiles y cargadas de cinismo que desconcertaban a todos. Madame había dicho que aquel extranjero cantaba hermosas canciones de su tierra.

Robledo cantó aquella noche. Colocado al medio del salón velaba la voz en los agudos y rasgueaba la guitarra con violencia, en las notas nasales que eran sus favoritas. Estaba materialmente cubierto de pastas. Su nuca blanquísima, afeitada, era la concentración de las miradas furtivas de las damas que disimulaban las toses y los suspiros. Había momentos en que su persona exhalaba hálitos de seducción. Sus dientes, sus pupilas, sus cabellos, brillaban. Pero, en resumen, el hombre era viejo. Madame, entre los asistentes, escuchaba con las manos cruzadas sobre la falda, con una vaga sonrisa irónica en sus labios. Se propuso que cantaran a dúo, pero ambos protestaron que no se avenían sus registros.

A la hora del juego, jugué como un loco y perdí dinero.

Aquella noche quedamos un momento solos. La gente acababa de abandonar el salón, y Madame sin darse cuenta tal vez que yo estaba allí, afirmó una mano que apretaba un pañuelo de batista, al borde del tapete verde, aun abierto, poblado de naipes que conservaban, en sus actitudes, el orden disperso de la batalla. Con la cabeza inclinada, reflejando un cansancio supremo, estuvo unos largos minutos. Yo observaba el relieve de su figura por un reflejo de la luz colocada sobre su cabeza. Sus cabellos eran castaños; su nuca estaba irisada de un vello fugaz y dorado; su busto era soberbio y apenas podía contener su res-

piración profunda. Se desprendía de su persona, eso que traiciona todos los vestidos: la desnudez.

Di unos pasos hacia la puerta porque sentía unos violentos deseos de acercarme y acariciarla. Pero ella, al sentir que me alejaba, se volvió y me dijo:

—Acompáñeme... Tengo miedo...

Al llegar al patio que conducía a la escalera de los dormitorios, se detuvo mirándome con ojos lacrimosos:

—Ud. juega como un niño,—murmuró. Ha estado a punto de perderlo todo. En sus antepasados deben haber jugadores.

—Sí,—le respondí. Mi bisabuelo, gran jugador, jugó una carta histórica arruinando a todas sus generaciones.

Me pareció que de pronto ella me apretaba el brazo y dejaba caer dulcemente su cuerpo sobre mi hombro. Fué un instante de zozobra deliciosa. Subíamos lentamente la escalera. Yo la miré con vehemencia.

—¿Qué tiene Ud?—me dijo ella.

—He estado a punto de perderlo todo... Le juro que... la amo... la adoro...

Pero ella no escuchó mis palabras. Afirmada en el parapeto de la escalera, miraba el patio iluminado por la luz vacilante de un reverbero que colgaba de uno de los pilares del corredor. Exhaló un profundo suspiro... Cuánto deseé que este instante se hubiera prolongado! Era delicioso. Los labios de Madame temblaban buscando una palabra furtiva; pero sólo sonreía. De pronto, saltó los tramos, y de arriba me dijo:

—Otra noche hablaremos de su bisabuelo...

Contra lo que me afirmó M. Simon en la tarde, Madame se quedó algunos días todavía. Y esto decidió el final de acontecimientos que nunca hubiera podido prever.

Una noche atravesaron el umbral del salón dos personajes que es preciso ponerlos en cursiva: *el Notario* y *el Juez* de Mercedes.

Madame sentada a la derecha entre las señoras, no fué vista inmediatamente. Yo me hallaba en este instante sofocado entre los gruesos pliegues de una cortina de felpa y me entretenía, con las manos a la espalda, en despedazar una borla desvecinjada. En esta operación hallaba una voluptuosidad extraña, pues la borla al desgajarse iba cubriendo mis dedos de un oro viejo pálido y salobre. No me era casi permitido intervenir en la conversación de las señoras y me limitaba a observar. Hallándome muy cerca de ella pude darme cuenta que se desconcertaba su aliento con la presencia de estos personajes, y poco a poco, fué alargando su perfil, hasta darle una luminosidad que

desconocía, y en la cual veía alentar una sonrisa entre medrosa y profundamente irónica, que fué transformándose, paulatinamente, en un gesto de franca indignación. La actitud del Juez y del viejo Notario, al entrar, era burlona y perfectamente clandestina. Tal era la gentileza fingida de los ademanes del Notario,—cuyos ojos expresaban, cómico asombro de hallar una tertulia tan acabada,—y a quién nunca se podía tomar en serio que parecía entrar simulando un antiguo *pas-de-quatre*.

Madame no se movió de su sitio y siguió conversando con las señoras. Estaba visiblemente herida. Según la donosa costumbre de aquella amable sociedad, los caballeros se saludaban primero entre sí a grandes voces; después si era del caso, venían la señoras. Madame debía ser presentada por una de sus amigas. Pero no ocurrió así. El juez se acercaba ya y ninguna de las señoras, cohibidas sin duda por la entrada original que hicieron estos personajes, hacía ademán de presentarla. No hubo presentación. El Juez, al darse cuenta que tenía al frente una señora muy elegante a quien no conocía se inclinó, como un perfecto cortesano. El Juez, era extraño a la sociedad de Mercedes y no conocía muy a fondo la trama de sus costumbres. Le hubiera bastado una leve inclinación, un aire menos galante, más campechano. Pero era un advenedizo que debía elegir los cánones más estrictos. Aquella noche el juez se inclinó maquinalmente delante de muchas señoras cuyos rostros, cromados por una pátina fluvial, confundía a cada instante en un vaho vehemente que cristalizaba en el sudor trágico de sus sienes. Después de cada una de estas ceremonias que le sofocaban intensamente se llevaba el pañuelo doblado cuidadosamente sobre su frente cubierta de dudas y sombras.

El Notario era una especie de bufón de la sociedad de Mercedes; pero un bufón terrible. Su gracia consistía en practicar una serie de muecas y aspavientos delante de alguna persona advenediza con el fin de amedrentarla y sacar el mejor partido de su infortunio. Presumía saber ocho lenguas, aunque del conocimiento de cada una no se sumaban más de algunas locuciones y proverbios cuya traducción subrayaba él rápidamente. Como de ordinario su fisonomía sonreía aunque no hubiera motivo para ello, nunca se sabía si hablaba en broma o en serio. De suerte que la gente de Mercedes siempre le escuchaba en disposición de reír. Se hallaba ahora en la vena galante. . . . Todo le era permitido y tenía un aspecto gallardo bajo el severo macferland que, en pleno salón le cubría como un manto de ceremonias.

El Juez le tomó el brazo para presentarle a Madame. El Notario se alzó con un movimiento automático:

—¿Qué quieres hijo mío? A una espina (se llamaba Jacinto Espina) se la toma con más cuidado.

Sin responder al fingido estupor del anciano, el Juez se inclinó haciendo su trigésima reverencia, opaca, evanescente, y murmuró el nombre de Madame.

Al oír este nombre el viejo expandió el pecho, dando a sus pulmones toda su amplitud. Con los dedos temblorosos se afirmó los lentes y concentró la mirada. Se veía fácilmente que la luz colocada al frente le impedía ver con claridad el rostro de la señora que ostentaba una hermosa prestancia en el salón.

—Madame... cuánto? Madame Leblanc? Oigo murmullos de seda, veo algo de *blanco*. Bien, aunque... no se traducen los apellidos. He conocido tantas madames, pero ninguna tenía apellidos visibles... ostensibles, un apellido como cualquiera otro, que se pronuncia tan suavemente como éste: Madame Leblanc... Voilá!—arguyó el viejo con cierta amenaza echando una mirada de cómico alrededor. Esta grosería pasó inadvertida. Era la señal. Se oyó acto seguido en el salón un siseo muy discreto.

Como siempre el notario prometía un espectáculo ameno. Sin embargo, la sencilla manifestación de confianza de que acababa de ser objeto, pareció conjurar un poco su imprudencia y tornose paternal en un segundo...

—No te veo bien, hija mía,—dijo dulcemente. Y quiero darte las gracias por la entretención que das a mis amigos.

Alzó las manos y las colocó con ademán benévolo sobre los hombros de la mujer que temblaron levemente. Aquella mano apretaba como una herramienta mohosa. Todo esto ocurría debajo del quinqué que iluminaba desde el centro la estancia. Los circundantes de la izquierda vieron sucesivamente comparecer a la luz el brillo de la calva del viejo y la faz de la mujer que sonreía cumplidamente, dándose ya a la pantomima, aunque se veía bien claro que su estupor era considerable.

El viejo dió principio a su farsa bajando los brazos y murmurando con desaliento cómico:

—Eres tú Madame... Madame?

Ahondó una mirada sobre sus ojos para amedrentarla; pero súbitamente, ella irguióse seductora con los ojos entornados expandiendo bajo las narices del viejo toda la onda suave de su pecho.

—Sí, dijo. Je suis Madame Leblanc et je noaurais permis que personne portait la main sur moi si l'age et les sentiments de qui

vient de le faire n'eussent eu droit a toute ma considération et mon respect. . .

Este parlamento suave y enérgico sonó nítidamente. La gente estaba encantada de oír hablar francés; pero el viejo había quedado paralojizado, porque presumiendo hablar corrientemente el francés, no cabía duda que, con las manos grotescamente enlazadas sobre el vientre, trataba de descifrar el contenido de las palabras que acaba de oír. Esto lo perdió definitivamente.

—¿Dices que te has enojado por lo de mis manos? dijo muy humilde mirándose los dedos arrugados y tímidos, lo que él creía el cuerpo del delito.

Madame sin alterarse respondió:

—De ninguna manera. Pero míreme Ud. No ve como sonrío. ¿No me reconoce?

Ocurrió entonces algo imprevisto. A esta frase siguió un largo silencio. El viejo, alentado por el éxito, continuó de su farsa, quedó ante Madame paralojizado en una actitud inesperada. Su cara demostraba asombro, y parecía completamente serio. Había alargado el cuello y miraba a los demás interrogativamente. Su cara quería decir a ojos vista: «Por mucha que sea la estimación que te mereces. . . no te he visto jamás en la vida». Madame le miraba sin alterarse. Finalmente, una sonrisa se dibujó en los labios del viejo:

—Vaya que eres bromista,—pronunció con una voz entre gangosa y de falsete, que era su voz de circunstancias. ¿Qué es lo que quieres hacer creer? . . . Háblame claro, háblame en castellano para que entendamos todos. . . Ya te has reído bastante de tu abuelo. Pues bien: no te conozco, hija mía; no te he visto en mi vida. . . Pero eres simpatiquísima. Y hay que perdonarte. . . Y agregó, muy cortésano, mirando a las señoras estupefactas: Todas Uds. son mis hijas, mis nietas, acaso mis biznietas. Esta señora se burla! . . .

El final de este discurso lo dijo en la misma forma en que había iniciado su farsa. La gente volvió a reírse por el giro que tomaba la farsa. Pero Madame imperturbable, sin atreverse ya a interpretar el sentido de las bromas de don Jacinto, le respondió vivamente:

—Manifiesta Ud. ser un hombre muy culto, que, sin duda, ha viajado mucho. . . Hubiera jurado por sus anteriores palabras que conocía a mi familia, lo que sería un señalado honor para mí. . .

Al oír el término *familia*, toda la gente la miró con asombro. Tomaban así consistencia los rumores que de ella se corrían,

respecto de su condición social, la que, como todos saben, es tenida en gran estima en provincias.

Pero el viejo ya no le oía. Le había dejado muy satisfecho el final de su farsa, y esta inconsciencia, manifestada en la expresión regocijada en su rostro, reanudó, después de un momento la hilaridad general.

* * *

Madame se mantenía pálida y erguida en medio del salón. Sin decir una palabra, miraba con una mezcla de ironía e indignación a don Jacinto, el que, en tanto, olvidado de todo, dispuesto a hacer de las suyas, se acercaba a la mesa de centro, donde la gente hasta entonces había jugado con timidez; y con un gesto de cacique dijo:

—¿Esta es *de* las mesitas mágicas que bailan con los espíritus?

Y sofocando con la diestra la explosión de la pechera almidonada, paseaba la mano por el vientre del mueble en la actitud del mecánico que busca el desperfecto del escape.

Todo el mundo le miraba hacer. De pronto levantó la cabeza y gritó estentóreamente:

—Las barajas!... Las barajas!...

Yo ví a M. Simon deslizarse entre la gente y volver con una caja de naipes. La mesa era una antigua mesa de libro, y el notario, con gran ceremonia, la abría como un Registro. En este momento los ojos de Madame brillaban de un modo imperceptible. Sobre su sien derecha, muy cerca del párpado, había una vena que se hinchaba prodigiosamente. M. Simon trajo los naipes ingleses.

Don Jacinto había llamado a toda la gente a la mesa. Madame se mantenía en reserva. Hasta diríase que le molestaba el entusiasmo que demostraba.

—Vamos a ver,—decía don Jacinto barajando las cartas. Con esto se puede obrar de muchas maneras...

En un instante quedó tendido el juego.

Yo había llegado al borde de la mesa con el fin de pedir cartas. Pero noté que Madame, alejada hasta entonces del círculo, me clavaba los ojos con insistencia. Estuve a punto de renunciar al juego.

—Pocker!... pocker!...—gritaba el viejo, arrimando una silla. Aquí se juega pocker...

Yo pedí cartas. Madame me apretó el brazo y me dijo al oído:

—No juegue... Se lo ordeno!

Sentí un vuelco en el corazón. Pero don Jacinto se había vuelto:

—¿Ayudan Uds. a los huerfanitos?—nos preguntó.

Yo acepté el juego y ella se retiró tan disgustada que creí que ya no la volvería a ver.

En el momento de ofrecer los naipes, el viejo miraba alrededor triunfante.

—Foul!—exclamó.

Inmediatamente su mano se extendió sobre la mesa avasalladora. Pero alguien que estaba de pie le advirtió:

—Cuatro cartas.

Era Robledo. Había aparecido, de pronto, sin ser visto.

La ganancia del mexicano me molestó porque empezaba a tenerle antipatía. Arrojé mis cartas con desdén. Madame se mantenía aún a la expectativa. Sin demostrar ninguna curiosidad por el repentino giro que tomaba el juego en manos del Notario, que ofrecía la banca, fingía hallarse muy interesada en la conversación que le oponía una dama acerca de una toilette de noche.

El Notario sacó un grueso billete y lo extendió sobre la mesa. Inmediatamente cuatro manos pidieron cartas. Yo estaba muy inquieto. No sabía jugar; no conocía la reglas del juego. Pero mis deseos de tentar suerte eran superiores al temor de hacer el ridículo. Lo que me interesaba más era que, a cada instante, ahora sentía sobre mis párpados, sin ver sus ojos, la mirada persistente de Madame, situada al otro lado de la mesa, como una llama que oscilara cerca de mi mejilla. Hubo un instante en que nuestras miradas se cruzaron velozmente. Y no me equivoqué. Madame miraba a Robledo. Sentí que me latía apresuradamente el corazón. En un instante el juego me entusiasmó; jugaría hasta que lo perdiera todo.

A media noche subí a mi estancia y llené mis bolsillos. Acababa de perder doscientos pesos. No pude permanecer un minuto tranquilo allí. Quería vengarme de Robledo por quien ya sentía una viva antipatía.

Entonces y recuerdo este hecho singular: tentado por la aventura escribí unas líneas apasionadas que arrojé bajo la puerta de Madame. Nada se oía dentro de la pieza, y estaba feliz de burlar al mexicano.

Cuando volví al salón, el Notario todavía tenía la banca. En aquel momento se producía alrededor de la mesa de juego una especie de expectación. Busqué con la vista a Robledo, pero me dijeron que había desaparecido, sin poder efectuar ni una sola ganancia, después que salí; pues el Notario muy hábil en el pocker, jugaba con una suerte prodigiosa.

Ahora Madame jugaba. El Notario con la mirada enloquecida repartía las cartas sin darse cuenta de nada. La ganancia le hacía transpirar e imprimía a su rostro huellas profundas de dolor y de fatiga. Su palidez era asombrosa. Hallábase transformado. Se había desprendido del macferland y de pronto los hombros se le habían abatido, el pecho se le hundía y el cogote largo, cubierto de una sustancia escamosa, sustentaba una cabeza pequeña con unas orejas de murciélago.

—Acaba de ganar quinientos pesos,—me dijeron al oído.

No pude recobrar mi asiento. No recordaba bien lo que había ocurrido momentos antes. Sólo parecíame que mi retirada había sido vergonzosa, y que estaba obligado, en mi fuero, a apostar fuerte. Cuando pedí cartas, el Notario me miró con unos ojos indescritibles:

—Perdóneme señor Elgar. El juego se reduce a la señora y a mí.

Era un verdadero duelo. Madame oficiaba con lentitud. La primera apuesta favorecía al viejo. Pero, en seguida, Madame anunció cuatro cartas. Luego cuatro cartas. Don Jacinto la miró fijamente.

—Doblo,—dijo con la voz ronca.

Volvió a ganar Madame. Esta vez ella le miró en una forma extraña, penetrante:

—Doblo,—dijo.

El golpe fué estupendo: el viejo ganaba seiscientos pesos. Entonces ella se levantó.

—Juego los seiscientos.

Don Jacinto se echó para atrás en la silla y exclamó:

—Basta!... Basta!... Si quiere Ud... trescientos...

—Perfectamente.

El Notario extendió con cierta solemnidad los billetes. Esto revelaba que tenía el temor de perder. Llevó las cartas hasta la altura de la frente e inclinándose dijo cortésmente:

—Pierdo, señora...

Pero no había tal pérdida. Parecía muy satisfecho de su juego. Madame había palidecido intensamente.

—Cartas,—dijo.

La fisonomía del Notario empezó a avivarse. Ofreció los naipes a Madame con un exceso de cortesía. Madame reunió su juego, mientras su rostro que no expresaba la más ligera alteración era el blanco de todas las miradas. En cambio el viejo tras los naipes, estaba agitadísimo. Volvió las cartas a la luz.

—Su juego, señora: cuatro cartas.

(Concluirá).

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

TRES RATOS CON EL AUTOR DE

UNE HEURE AVEC...

ESTUVE con él, en *Nouvelles Littéraires* (rue de Montmartré, 146) y en los talleres de Larousse, los días 9, 11 y 17 de Septiembre de 1931.

Federico Lefèvre es un hombre que casi nunca dispone de mucho tiempo seguido. Por su oficina de redactor jefe de *Nouvelles Littéraires* desfila tanta gente como por los ministerios.

Mientras la víctima habla, al otro lado de los cerros de libros que cubren el escritorio, hagamos algunas anotaciones.

Aspecto muy francés de campesino sano. («El campesino muere en mí muy difícilmente», *Matinées*, p. IX).. Habla tranquilamente, con voz bien timbrada; pero su francés no es todo lo fácil que yo quisiera para mi oído suramericano. (En cambio, qué fácil, qué claro, el francés del sabio P. Marcel Jousse, que me presentó el mismo Lefèvre, una tarde).

42 años bien aprovechados.

Es de Izé (Mayenne), donde nació el 7 de Mayo de 1889.

Estudios, primero, en el Petit Séminaire de Mayenne; y más tarde, en la escuela de los libros, y, sobre todo, en la escuela de la vida.

La guerra, Verdun, dos heridas que hoy son una cintita roja en el ojal, y luego, otra guerra, la de las letras.

Después de algunos libros preparatorios, de tanteo, la fundación, con Jacques Guenne y Maurice Martin du Gard, de *Nouvelles Littéraires*. De eso hace más de diez años. Hoy *Nouvelles Littéraires* tiene un tiraje de 172 mil ejemplares, de los

cuales 87 mil son suscripciones. El primer periódico de información literaria, de hoy.

Une heure avec... muchos escritores notables, para *Nouvelles Littéraires*, y frecuente pulsación y estudio de las corrientes culturales contemporáneas.

Y desde esa labor estudiosa de *enquêteur* (de *perroquet*, dijo un maldiciente, Léo Paillet), a la de crítico, a la de esteta, a la novelista.

Lista de obras:

La jeune poésie française (Crès, 1917).

Amour perdu (Crès, 1918).

Le mépris sauveur (La Connaissance, 1919), ensayos.

La poésie dans nos poètes (Les Amis d'Edouard, n.º 56).

Entretiens avec Paul Valéry (Le Livre, 1926).

Georges Bernanos (La Tour d'Ivoire).

Visite à Charles Silvestre, limousin.

Une nouvelle psychologie du langage. (N.º 10 de los *Cahiers d'Occident*, y N.º 20 de *Le Roseau d'Or*, 1927).

L'itinéraire philosophique de Maurice Blondel (Spes, 1928).

Les sources de Paul Claudel (Lemerancier).

Une heure avec... (N. R. F., Librairie Gallimard). 5 series publicadas, 1924-1929, y dos series más, listas.

Les Matinées du Hêtre Rouge (Flammarion, 1929).

Samson, fils de Samson (Flammarion), 1930.

Entretiens sur J.-K. Huysmans (Editions des Horizons de France, 1931).

Prepara, además, una continuación de *Matinées du Hêtre Rouge* que se titulará *Le Sang du Verbe*, un *Itinéraire philosophique d'Eugenio d'Ors*, unos *Entretiens avec André Maurois*, y a estas horas ya debe haber publicado su segunda novela: *Le Sol*.

Pero, en su último libro, por lo menos el que hasta Septiembre era su último libro, *Entretiens sur J.-K. Huysmans*, en la lista *du même auteur*, no se acuerda más que de dos anteriores, *Les Matinées du Hêtre Rouge* y *Samson, fils de Samson*.

Hagámosle caso; y refirámonos sólo a las que hasta Septiembre eran sus tres últimas obras publicadas.

Les Matinées du Hêtre Rouge.

Libro de espontaneidad (p. XVII).

Libro de un teórico del sentimiento escrito por un no sentimental (p. 41).

Un examen de conciencia, estético (p. 19).

«Acostumbro, dice Lefèvre, ir a visitar a los grandes hombres del día, e interrogarlos sobre su obra, sobre sus simpatías y sobre las grandes corrientes de su tiempo. De estos novelistas, poetas, historiadores o filósofos, ¿cuántos sobrevivirán, cuántos tienen genio? Eso es lo que, una vez acabada mi tarea periodística, me pregunto apasionadamente a mí mismo. En estas páginas está el fruto de esas reflexiones». (ps. 36-37).

«Limito mis averiguaciones al arte literario». (p. 57, n).

«*Je prens mon bien où je le trouve*», confiesa páginas más adelante (p. 209).

Y en diversos pasajes se refiere agradecido a las enseñanzas de Bergson, Maurice Blondel, Maine de Biran, Croce, Jacques Chevalier, Marcel Jousse, Condillac, Locke, Edouard Le Roy, Pierre Janet, Meyerson, Alain, Freud, Eugenio d'Ors, Walter Pater.

La obra de arte no es sino una tentativa de evasión.

Y «la verdadera evasión es el estilo» (*Huysmans*, p. 90).

El problema del estilo, es, pues, el gran problema artístico (*Matinées*, p. 63).

Lo malo es que «siempre nos faltará la receta. No hay secreto de belleza. Hay que dejar a los charlatanes esa expresión mentirosa. Como en otras muchas cosas misteriosas, el gran secreto es que no hay tal secreto» (p. 65).

Dice Delteil por ahí: «Yo, en verdad, no concibo un libro de estética sino como un tratado de higiene del cuerpo, y del espíritu» (p. 26).

Para hacer obra de arte, obra de estilo, es menester inspiración, don (p. 65).

El arte procede, en el artista creador, de una necesidad metafísica, de la necesidad de calmar una inquietud. Tiene su fuente en el apetito de vida eterna (p. 56).

Es la sublimación. Y muchas veces se produce una cosa curiosa: el artista da a otros una serenidad que en él es inquietud (p. 57).

«Toda obra de arte es una lucha, un combate; una lucha entre dos bandos: de una parte la imaginación y la sensibilidad que desearían manifestar con la mayor finura y profundidad posibles lo que en nosotros hay de único, incomunicable; y de otra parte, la lengua, hija de la inteligencia, de la razón, y aún, en cierta medida, de la sociedad y del instinto social, quiero decir, de la necesidad, de la obligación en que están los hombres de comunicarse entre ellos mismos, con fines lo más frecuentemente utilitarios. Lo más personal que existe, no puede

expresarse sino con la ayuda de lo más social: el sentimiento, la sensación, la imagen más fugitiva, el sueño más irreal, están a merced de la palabra, que, desgraciadamente, los traiciona con bastante frecuencia» (*Huysmans*, p. 146).

Alegría y dolor de escribir (*Matinéés*, p. 52).

La humildad intelectual primera cualidad del esteta (p. 54).

La intuición artística, principal instrumento de la inspiración (*Matinéés*, p. XV).

Un canto a la fuerza (cap. 6). Y otro a la unidad (ps. 163-165).

«El artificio aleja del arte; la sencillez nos vuelve a él. Y la poesía no florece sino junto a los caminos de la sencillez» (*Huysmans*, p. 91).

El amor a la sencillez es un signo de aristocracia.

La primera cualidad de todo artista es el coraje. Y una de las manifestaciones del coraje es el gusto por el riesgo, esa desesperación sonriente en medio del peligro. La literatura no es ni una profesión ni un *looping the loop* de ocioso. No me gustan sino las obras que bordean los abismos; esas que, en ciertas páginas, nos producen vértigo: la embriaguez de lo absoluto o la náusea de una desesperación infinita» (*Huysmans*, p. 86).

El primer mandamiento del crítico: «Juzgad al autor en el terreno donde él mismo se ha colocado.»

Preguntémonos: «Este autor, ¿ha hecho bien lo que quería hacer?»

Como juicio ilustre de la obra, extracto algunos pasajes de una carta, inédita (18. I. 1929), de Bergson, al autor de *Matinéés du Hêtre Rouge*:

«Una segunda lectura no ha hecho más que reforzar la impresión primera, y no puedo sino repetirle lo que ya le he dicho: su libro está lleno de ideas interesantes, instructivas, sugestivas...

El libro está lleno de fantasía y de humor. Poesía y filosofía se entremezclan íntimamente en él. Multitud de detalles simpáticos reclaman y retienen la atención; sin embargo, no la absorben, porque usted sabe volver a lo esencial.

Agrego que su libro es el de un escritor, y yo alabaría separadamente la fuerza y la gracia de la expresión, si ellas fueran en su obra una cosa distinta de la frescura del pensamiento.»

Objeto de los *Entretiens sur J.-K. Huysmans*:

«Encontrar la verdadera fisonomía de *Huysmans*, a través de los recuerdos de los que lo conocieron y todavía le guardan amistad fiel» (p. 10)

Ante todo, un hecho; y luego, su posible explicación.

El hecho: la supervivencia de *Huysmans* en el aprecio de la posteridad, aunque desde *Huysmans* acá han pasado cincuenta años de vida literaria; y haya habido Proust y Valéry, Gide y Fargue, Picasso y Stravinsky; 1914, la guerra, la potsguerra y el prodigioso desenvolvimiento del espíritu moderno. Y poco importa que sus obras ya no se pudieran escribir hoy como él las escribió; lo que no hay que olvidar es que, sin las obras de *Huysmans*, hoy no se escribiría como se escribe (p. 139).

«En la época del simbolismo, las virtudes de solidez, de construcción, de firmeza, casi siempre fueron sacrificadas a la armonía y a la fluidez, a la música o a lo que se creía que era la música» (*Matinéés*, p. 83).

Uno de los que escaparon al contagio fué *Huysmans*. Y *Huysmans* y Zola, los más gloriosos sobrevivientes del naturalismo, continúan dominando.

Y el culto de *Huysmans* no es cosa de un grupito, del *Huysmans Club*, por ejemplo, donde entrarían Léon Deffoux, Lucien Descaves, René Dumesnil, Léon-Paul Fargue, Georges Le Cardonnel, Paul Maurisse, el abate Mugnier (prefaciador de las *Pages catholiques*, de *Huysmans*), Pol Neveux, André Thérive, Paul Valéry, Emile Zavie, Pierre Galichet.

«Se trata de un fervor verdadero y profundo», dice Jean Cassou.

Y ahora, un intento de explicación.

Habla Paul Valéry:

«Algo que no se ha dicho lo bastante, es la enorme influencia de *Huysmans* sobre los jóvenes de mi generación... *Huysmans* ha preparado, no hay que dudarlo, la transmutación del naturalismo en simbolismo, consecuencia fatal de un trabajo de estilo llevado al extremo, de una especie de recargo sistemático de la expresión. Cuando se procura con obstinación expresar lo real, se llega fatalmente a abusar del valor y de los contrastes de palabras... No hay mucha distancia entre ese modo de escribir y el ideado por Mallarmé...» (ps. 39-40).

Luego el testimonio de Thérive:

«La influencia de J.-K. *Huysmans* sobre la generación de 1910 no ha sido menos fuerte» (p. 41).

Huysmans es, no sólo un poeta, sino un gran poeta.

Y es el ritmo el que hace que el escritor deje de ser un artesano para convertirse en un encantador.

Pero, antes que ser un escritor, fué Huysmans un hombre, y un hombre auténtico, cuyos escritos llevan el sello del dolor y de la verdad.

Unas palabras sobre Huysmans, católico.

«Señor Huysmans, usted ha entrado a la Iglesia por el techo», le decía al escritor la abadesa de Santa Cecilia. Quería decirle: «por la arquitectura». El autor de *La Cathédrale* era un amante de la belleza.

«La conversión de Huysmans no fué una transformación súbita y radical, sino un resultado. Cristiano, continuó irónico, rabioso, apasionado de la realidad y del ensueño. Había sido místico cuando era naturalista. Hecho cristiano, continuó siendo naturalista. Para él, la religión, fuera de religión, era un medio de olvidar lo real por la oración, como la olvidaba, en el arte, por la riqueza de expresión» (p. 94).

«En sus viajes, recuerda el abate Mugnier, asistía a misa todas las mañanas y aún hacía por la tarde un cuarto de hora de visita al Santísimo Sacramento» (p. 56).

«Su ideal hubiera sido vivir en la edad media, en la celda de un claustro, con una estatuita de la Virgen del siglo 14 o del 15, delante de él» (p. 58).

En varios de sus *entretiens* se ha preocupado Lefèvre de las investigaciones del P. Marcel Jousse, jesuíta, autor de una neuropsicología del lenguaje. Y al tratar de Huysmans, vuelve sobre el mismo punto.

«Marcel Jousse y yo unimos la lengua hablada y la lengua escrita.»

«El hombre piensa con todo su ser, cuerpo y alma mezclados (*Matinées*, p. 26).

«En una obra literaria, una novela, por ejemplo, hay tres elementos:

1.º) el relato propiamente dicho, la anécdota, la intriga, la aventura...

2.º) el segundo elemento de la obra parece a primera vista más original: es el contenido ideológico; pero...

3.º) solamente este tercer elemento es original: el único elemento que distingue al artesano que hace libros, del verdadero artista: el ritmo, el dibujo fonético...

Por otra parte, de la intriga de un libro a su contenido ideo-

lógico, de éste al vocabulario, a la imágenes y metáforas empleadas; de este material verbal a la organización sintáctica y al ritmo, hay una corriente sin interrupción. Todo eso es parte de un mismo todo...» (ps. 190-192).

«El ritmo es una armonía de estructuras sonoras que se entrecruzan, una armonía más adivinada que percibida. Ni el mismo ritmo aritmético podría ser absolutamente regular, ya que debe corresponder a los diversos instantes de la vida» (p. 214).

«Por un error singular, se admite como verdad corriente que la lengua escrita es la lengua verdadera y buena; pero en realidad no es sino la imagen, la copia, la figura de la lengua hablada» (p. 221).

«Siempre se dice: la frase francesa es necesariamente regular como que el orden de las palabras está determinado de antemano por leyes absolutas: sujeto, verbo, atributo, complementos. Yo, por el contrario, pienso que una obra literaria es obra de arte en la medida en que el escritor rompe el orden regular de las palabras y de las proposiciones, para reemplazarlo por un orden personal, inesperado, de sus sentimientos y de sus pensamientos. Y si la lengua francesa no se presta a ese juego con la facilidad del alemán, del inglés (o del español), tanto mejor. La lucha es más hermosa...

El estudio de la frase es un estudio más psicológico que gramatical. Nos revela el alma del creador» (ps. 173-4).

Después de charlar sobre algunos de los puntos a que se refieren las notas anteriores, pregunto a Lefèvre:

—¿Podría decirme cuáles son, a su juicio, los principales poetas contemporáneos de Francia?

—Con mucho gusto. Paul Claudel, Paul Valéry, Léon-Paul Fargue, Vincent Musselli.

—¿Y los ensayistas?

—*Alain* (Emile Chartier), André Maurois, Pierre Drieu La Rochelle, Jean-Richard Bloch, Julien Benda, Paul Valéry.

—¿Y los novelistas?

—Una lista de novelistas es más difícil de formar; pero veamos: André Gide, François Mauriac, Henry de Montherlant, Ramuz, Marcel Arland, Delteil, Alphonse de Châteaubriant, André Chamson, Jean-Richard Bloch (*La nuit kurde, ... et Cie*), Valéry Larbaud, Roger Martin du Gard (*Les Thibaut*), Emile Zavie (*Les dieux de la tribu*), Joseph Jolinon, Eugéne

Dabit, etc., etc. Y hay que hacerse violencia para no citar entre los vivos a Proust, Alain-Fournier, el de *Le Grand Meaulnes*, Louis Hémon, el de *María Chapdelaine*.

Pero a propósito de la novela, hay muchas cosas que decir. Hemos tenido una generación que creció bajo la tutela de Proust y Gide. Tales maestros le han dado el gusto por el análisis psicológico llevado al extremo: hasta escudriñar los más insignificantes impulsos del alma. El amor, los celos, la avaricia, son, a sus ojos, sentimientos demasiado simples. Únicamente las pasiones complejas interesan: las penas vagas, la irradiación afectiva del recuerdo, el curso impreciso de los pensamientos: he ahí sus grandes temas.

El campo de la psicología normal pronto deja de interesar. Se necesitan enfermedades nuevas, desviaciones del instinto, metamorfosis de sentimientos

Y así, después de la guerra, nos hemos visto inundados por una literatura de jóvenes, de jóvenes burgueses que, sin haber tenido todavía ni el tiempo ni el gusto de vivir; sin haber ni sufrido, ni luchado, ni amado; sin haberse dado jamás la mano con la realidad, disponían de este único recurso: entregarse a la introspección más engañosa, a la más desesperada contemplación del propio ombligo. Para ellos, la simplicidad era el principal enemigo.

Pero frente a esa literatura excesivamente, y falsamente, psicológica, ha surgido el populismo (1). El populismo es un movimiento que, aunque está en sus comienzos, ya tiene un carácter bien marcado. Y se comprende que ciertos novelistas busquen en los medios populares los temas de sus obras: el pueblo ha permanecido mucho más cerca de la naturaleza; el alma popular es más propicia a las aventuras inesperadas y prodigiosas.

Los populistas pintan los medios obreros y campesinos, no porque así lo hayan decidido, sino porque ésa es la expresión natural de su temperamento.

Hombres, en general, del pueblo, al que no han abandonado nunca, no lo observaban sólo exteriormente: vivían en él y él vivía en ellos; sus sufrimientos y sus angustias eran los suyos, lo mismo que sus esperanzas en días mejores.

Y han tenido éxito, porque si la obra es sincera, es buena; y si además está escrita con arte, es perfecta.

—Pero creo que no todos los populistas vienen del pueblo.

(1) El *populismo* no es la misma cosa que la *literatura proletaria*, auspiciada por Henry Poulaille en *Nouvel Âge*.

—Tiene razón. André Thérive, por ejemplo. En tales casos, ese populismo de elección hay que tomarlo como un gesto de condescendencia de burgueses generosos y conscientes de su generosidad, que se dignan descubrir que el pueblo tiene una vida propia, interesante y a menudo pintoresca. Pero eso no es lo que ocurre con más frecuencia. Generalmente se viene del pueblo, no se va a él.

En las obras de los burgueses, los héroes viven aureolados de misterio, no se saben sus medios de vida. Sueñan sólo en partir hacia Monte Carlo.

Muchos escritores contemporáneos viven sin salir jamás de su oficio, ni de su medio; no se mezclan jamás al pueblo, no lo observan, no lo aman. Parte de la literatura de hoy perecerá de egocentrismo.

Un burgués suele escribir por vanidad, a veces por diversión, y aún por ociosidad; pero cuando un obrero toma la pluma, es porque el arte es para él una necesidad.

—Algunas firmas del populismo...

—Entre los fundadores, hay que contar a Deffoux, a Thérive, el autor de *Le charbon ardent*, y a León Lemonnier, profesor en un liceo parisiense, autor de una vida de Oscar Wilde, de un ensayo sobre *Le populisme* (donde se inserta un *entretien* mío tenido con él delante del micrófono de la Radio París) y de varias novelas, como *La femme sans péché*, *Le baiser de Satan*. Otros representantes son: André Chamson, autor de *Le crime des justes*, *Roux le bandit*, *Les hommes de la route*, y sobre todo, *Histoires de Tabusse*, en las que ha creado un nuevo tipo, lo cual ya es algo; Henri Pourrat, Georges David, Jean Giono, autor de *Regin*, Tristán Rémy, autor de *A l'ancien tonnelier*, Louis y René Gerriet, Edouard Peisson, autor de *Hans le marin*, y sobre todo Eugène Dabit, el novelista de *Hôtel du Nord* y *Petit-Louis*.

—Con Dabit tuvo ya usted su correspondiente interviú en *Nouvelles Littéraires* (27. XII. 30)

—Como con André Thérive y André Chamson... Dabit es tal vez nuestro mejor representante del mañana, en la novela. Enrolado en 1917, en el hospital conoció la obra de Huysmans, y la lectura de Huysmans, Jules Vallès y Charles-Louis Philippe despertó en él la vocación de escritor. Hombre del pueblo, a cada paso se advierte su cariño por el pueblo. Un cariño discreto que no cae en el sentimentalismo.

Hôtel du Nord es un bello y buen libro. Se ha hablado, a propósito de él, de un renacimiento del realismo a lo Zola. Pero no. El realismo zolesco se inclina demasiado a rebajar sus per-

sonajes. Por otra parte, la escuela de Médan, en cien volúmenes, no ha creado un solo tipo. (Con lo que tampoco quiero decir que la creación de tipos sea la única prenda de inmortalidad.)

Aunque Dabit tome de la vida sus personajes, los haga obrar con sus características individuales, y cada uno de nosotros crea haberlos conocido, siempre guardan algo de misterioso, y, por decirlo así, poético. Y nos comunican ese escalofrío del misterio.

Fíjese, además, en *Tabusse*, de Chamson, en *Hans le marin*, de Peisson. Un nuevo realismo nace en Francia; pero es un *realismo poético*. (Siento emplear la palabra *nace*, porque el realismo poético existe desde hace mucho tiempo. Huysmans fué uno de sus primeros hombres. Bueno, Huysmans, después de Homero y algunos otros...).

Esa alianza de realismo y poesía la creo de gran importancia. La base del esplendor de los grandes novelistas rusos está en que, sobre el hormigueo de los detalles realistas, florecen la poesía y el ensueño. El novelista del porvenir, deberá tanto a Claudel como a Balzac.

Pero, a los títulos de *enquêteur*, crítico, esteta, antepone Lefèvre su calidad de novelista, amigo del populismo, o más bien, del *realismo poético*.

Hace poco insertó como folletín en *Le Soir*, su primera novela: *Samson le nagicien*, y meses después (1930), la publicó en forma de libro, con el título de *Samson, fils de Samson*.

Lucien Sausy ha estudiado el estilo y el ritmo en la novela, y especialmente, la evolución revelada por la nueva redacción. El crítico ha notado 104 pasajes modificados en el capítulo IV (19 páginas), 72 en el cap. X (10 págs.), 82 en el cap. XI (24 págs.) y 43 en el XII (15 págs.). Y las modificaciones «prueban sobreabundantemente que Frédéric Lefèvre está dominado por el cuidado minucioso de la exactitud, de la claridad, de la precisión, de la propiedad de las palabras y de los giros, de la variedad; de la concisión, del vigor, de la armonía, de la verdad psicológica o artística».

Luego analiza Sausy el estilo lefevriano, y advierte que sus frases obedecen a un ritmo sutil y sabio. Para lo cual, y siguiendo el ejemplo del P. Marcel Jousse y del mismo Lefèvre en otras obras, descompone un pasaje de la novela en renglones de un ritmo casi regular. Y lo que el señor Sausy hace con un fragmento del capítulo titulado *La muerte del padre*, se podría ha-

cer con muchos otros capítulos, y con muchas otras páginas de otras obras del mismo autor, como aquel pasaje de las páginas 163-165 de *Matinées du Hêtre Rouge*, que comienza:

Comme à l'éveil miraculeux de cette nuit de Bethléem dont je revis au moment où je trace ces lignes la bienfaisante approche, l'humanité, n'a besoin de rien, si ce n'est d'une étoile, d'un message jeté par l'ange à travers le bleu qui s'assombrit, du premier vagissement d'un enfant qui naît à l'amour...

Extracto algunas conclusiones del estudio de Sausy:

«...La segunda redacción refuerza la firmeza de la marcha de su héroe hacia la unidad». «Suprime todo lo que recordaba a Gide y a Valéry, porque ni Valéry ni Gide deben dejar huella en la figura de un Samson». «Mientras el folletín hablaba del fin de una raza, en la novela, al que se consideraba el último de los Samson, le nace un hijo». «La novela de Lefèvre es un acierto».

O, como dice Daniel Mornet: «No creo que, desde Mérimée acá, muchos novelistas hayan querido—y hayan podido—contar cosas extrañas con esa sobriedad desnuda, vigorosa, más eficaz que los mayores esmeros, y también más difícil».

Fuera de *Samson, fils de Samson*, a estas horas debe haber aparecido otra novela de Lefèvre: *Le Sol*, parte de cuyo original dactilografiado leí en París una tarde de Septiembre.—
ALFONSO ESCUDERO.

DESTINO DEL SIGLO

“**N**UESTRO mundo no tiene más de quince años de edad». Así explican los escritores de Europa la contradicción y el duelo cada vez más hondo, entre las fuerzas nuevas que surgieron de la guerra y las viejas estructuras políticas o sociales que subsisten, a pesar de los sombríos vaticinios de Spengler. Un eslabón de la cadena ha saltado y el arte moderno busca desesperadamente al hombre moderno. La angustia del escritor consiste en adivinar o captar ese mundo y ese público que han nacido del fondo de una catástrofe. Para nosotros ese duelo es singularmente interesante, puesto que de uno u otro modo, la vorágine acabará por incorporarnos a sus espesas corrientes. Un libro de un escritor francés de amplia visión, Jean Richard Bloch, *Destin du Siecle*, nos da la medida de las vacilaciones y contradicciones del hombre moderno de Europa, vacilaciones y contradicciones que América no desconoce y que siente, con enérgica

presión, en los hombres de la generación nueva. No puede afirmarse que el paralelismo sea completo, pero hay órdenes de ideas y de sensaciones que acercan nuestra inquietud a la inquietud europea, de cuya cultura, al fin y al cabo, derivamos.

Un dibujo de Rafael que contiene el símbolo de Apolo y Marsyas, sirve a Bloch, para concretar el destino del hombre moderno. Apolo está de pie, desnudo y apoya una mano sobre la cadera y con la otra sostiene una lanza. Con la cabeza un poco inclinada, escucha con atención grave y reconcentrada, el canto de su rival. Entre los dos hombres se extiende un paisaje melancólico, apenas sugerido por algunas manchas grises y blancas: un árbol de invierno, desnudo también, un lago descolorido, un horizonte de colinas, Marsyas, sentado sobre un grueso tronco no se inquieta ni por el Dios ni por el lago. Tiene los hombros caídos, el cuello vigoroso y vulgar. Su cabeza de campesino, redonda y rapada, demuestra buena fe, lealtad concentración. No hay en él genio. El genio resplandece en el dios, cuya actitud oscila entre el desdén y la irritación. Marsyas, hombre leal, sin dobleces, arranca, inocentemente de su flauta los bellos sonidos, que despertando la envidia de Apolo le llevaron a la ruina y a la muerte. Marsyas no comprende que es preciso ser hombre maligno, ocultar el talento, lisonjear el secreto deseo del Maestro. Y entrega todo lo que sabe con graciosa espontaneidad. La buena fe le pierde. Más tarde se le cuelga del árbol y se le desuella vivo.

Bloch encuentra en Marsyas el destino de la generación que asistió a la guerra; drama que la cultura occidental sostuvo con las fuerzas obscuras que se abatieron sobre ella, arrancando de su misma entraña los gérmenes mortales. El hombre que nació en las postrimerías del siglo pasado o a comienzos del presente y atravesó la aurora del siglo actual encontró el límite de su destino en la tragedia de una guerra. Tarde comprendió que había sido el Marsyas de una civilización que buscó sus dones para servirse de ellos como de terribles instrumentos de destrucción. Al mirar en derredor vió que los amos del mundo habían aprovechado su labor formidable en contra de ellos mismos. Las llanuras y los bosques, estaban llenos de fragmentos de acero, de máquinas y motores que ellos habían construído, de cadáveres, de muñones de esperanzas. Colgado del árbol, estremecido de dolor, comprende que ni su lealtad, ni su buena fe, ni su conciencia profesional, han servido para enaltecer la vida. Bloch, pone en labios de Marsyas agonizante, símbolo de la juventud descepcionada, estas palabras de cruel pesimismo; y que resumen el pensamiento del hombre moderno:

Realizad lo menos posible. El mundo entero no es más que un gigantesco negocio. Quien intente seguir lealmente su destino, no sólo perderá su cuerpo sino también el espíritu. El deber se ha vuelto una asechanza, la conciencia una trampa. No creáis en nadie. Todos mienten. Hoy, todo se cataloga y se vende. La estimación, el honor y el amor propio no son más que los aguijones que nos obligan a caminar en beneficio de los intereses de una firma, de un cartel, de un partido.

El rol de la generación presente, según Bloch, es rehabilitar a Marsyas, es decir, establecer de nuevo el reinado de la buena fe, de la lealtad, de la conciencia profesional. Porque el drama de hoy es el drama del hombre joven encadenado al materialismo. En todas las etapas de la civilización la humanidad ha concebido ilusiones, ha apoyado su desesperación en una fe. La época actual, en cambio, parece entrar en la disolución. ¿Cuál es la característica de nuestra época? La rapidez con que sobre el mundo se extienden la desconfianza, la ironía, el satanismo. También el odio. Gorky lo dice:

la vida está organizada hoy con una habilidad tan diabólica que si no se sabe aborrecer tampoco se sabe amar con sinceridad.

En este desdoblamiento de la naturaleza humana que hace que el amor subsista a través del odio, Gorky fija el drama de la civilización, y de su destrucción futura. Por su parte, Bloch hace arrancar la decepción de la generación nueva, de la guerra, que es el resumen de todas las bufonerías posteriores. La guerra mostró la parte animal del hombre. Destruyó sin crear nada. Por el contrario, sacrificó la honestidad cívica, el honor del trabajo, la conciencia profesional, que eran los cimientos de la humanidad hasta hace poco. Una sola cosa, en cambio, sobrenadó y envolvió el mundo: el goce, es decir, el apetito. El triunfo del apetito es una de las frases nuevas. Porque es preciso no olvidar que mientras, víctimas de una excitación artificial, los hombres de la generación joven se mataban en las trincheras, detras de ellas el mundo se divertía. Esta contradicción bufonesca y espantosa no podía pasar sin el condigno castigo. En Rusia fué el arranzamiento de una cultura en descomposición. En otros países la caída de regímenes que parecían de origen divino. La resaca no ha terminado aún y justamente en este fenómeno descansa la inquietud de Europa y del mundo.

Pero en suma, ¿qué hicieron las masas famélicas que regresaban del frente, agobiadas y mordidas por el pesimismo? Simplemente, tomar posiciones en las extremas del cuadro social. Marsyas había sido desollado vivo. Los herederos de Marsyas

entraban de nuevo, en las ciudades, llenos los oídos con las palabras de los moribundos:

El mundo no es más que un negocio gigantesco. Todos mienten.

En realidad el centro de la estructura social y política europea, había sido roto por la guerra. No más piedad ni jerarquías. De la conmoción gigantesca del ensayo ruso, la juventud occidental, no tomó sino la parte cínica, la parte puramente exterior: el mecanismo sexual, el desprecio por el individuo. La voz de orden era combatir por todos los medios, las virtudes de la generación anterior que habían hecho crisis: la veneración de la cultura, de la inteligencia, de la sensibilidad, del desinterés. Olvido de Marsyas. Destrucción de toda jerarquía de orden intelectual. Todos los hombres son iguales. No interesa ya trabajar con la materia cerebral, sino destruir y construir en un orden exclusivamente material. Desprecio por lo tanto del liberalismo, que era la base de la cultura política de la generación anterior.

Una generación tan ferozmente positiva como la que creó la guerra, pasó insensiblemente y sin protesta a las dictaduras de todo orden. No le interesaban sino el goce, el bienestar material inmediato. Desde luego, había surgido otra conciencia, la del proletariado, como fuerza, como número y partido. Antes de la guerra, se denominaba «pueblo». Después de la guerra «proletariado». En el cambio, renunció a su forma exterior dolorida. Y por lo mismo que se sentía fuerza, que había perdido la fe en los ideales que la llevaron a la guerra, y había adivinado el mecanismo del negocio, repudió por igual la caridad burguesa y el amor de los intelectuales. El hombre moderno, este hombre sensual y materialista del siglo XX no se conmueve por ninguno de los mitos que según él creó la dinámica política: filantropía capitalista, sentimentalidad socialista, mística revolucionaria. Para él la conmoción social no tiene ya el aspecto de un sueño mesiánico, sino de una simple y escueta realidad. Y bruscamente se encuentra abocado ante las dos fuerzas reales que son las fuerzas del mundo moderno: Capital y anti-Capital.

Con ser Bloch un escritor de vanguardia no toma partido. Recorre el drama político y social de Europa fiel a su divisa intelectual: concebir bien, suprema función del espíritu. Por lo tanto, su serie de ensayos están trazados con esplendorosa claridad. Es preciso rehabilitar a Marsyas, el símbolo de la lealtad, de la buena fe, de la conciencia profesional. Así el hombre moderno evitará sucumbir bajo el peso de las contradicciones y de los peligros mortales que acumulan en este momento, el delirio industrial, los furiosos nacionalistas, la anarquía moral y

sobre todo evitar que la sociedad humana se rompa en dos porciones enemigas, detrás de las que asomaría su máscara enigmática el Asia y los prolongamientos africanos de inmediata crueldad. Bloch, sugiere el equilibrio de las dos fuerzas. Europa dirá.— D O M I N G O M E L F I .

LA MEDIDA DEL VALOR Y LA TÉCNICA FINANCIERA

EL problema fundamental de la economía es el de descubrir la fórmula que permita medir el valor exacto de los bienes, del trabajo y del capital, de manera de asegurar a cada individuo todo el producto del *esfuerzo útil* desarrollado en provecho de la sociedad económica mundial. En otras palabras, precisa que cada individuo pueda gozar de un bienestar equivalente al que con su esfuerzo productivo es capaz de procurar a sus semejantes.

Según las ideas más en boga (y que por esta sencilla razón son sospechosas desde el punto de vista científico), el valor es medido por el trabajo; solamente que la organización actual de la sociedad permite que los trabajadores vengán despojados del producto de su trabajo. No queremos *ahora* entrar directamente en polémica con estas concepciones: preferimos exponer en la forma más sencilla posible unas ideas nuevas, que nos parecen más acertadas y que empiezan a asomarse a la conciencia de la humanidad.

No creemos necesario impugnar las ideas liberales, según las cuales el valor es fijado por la ley de la oferta y la demanda, puesto que es precisamente sus fluctuaciones que se trata de explicar y controlar.

Por lo que se refiere a las doctrinas que sostienen que el trabajo constituye la medida del valor, nos limitamos a rechazar dicha afirmación diciendo que el problema económico consiste precisamente en hacer del trabajo la medida del valor, puesto que ahora no lo es.

Para comprender el mecanismo por el cual se fijan y fluctúan los valores y los precios, que del valor son la manifestación concreta, supongamos por un momento que la sociedad económica mundial esté representada por once individuos, cada uno de los cuales esté encargado de la producción de cada una de las ramas productivas indispensables para procurar a la sociedad económica su sustento y su bienestar.

Sean $P_1, P_2, P_3, P_4, P_5, P_6, P_7, P_8, P_9, P_{10}, P_{11}$, las producciones parciales de cada una de las once ramas productivas de la sociedad económica cerrada de nuestro ejemplo.

Si consideramos que, económicamente, se produce una cosa para permutarla con otras, resulta evidente que es inútil preocuparnos de la parte de producción de su ramo respectivo que cada individuo de la sociedad destina para su uso personal. Por lo tanto, P_1 permutará su producción total con partes alícuotas de la producción de los otros diez ramos productivos. Suponiendo que la producción total sea la necesaria para que cada individuo goce de un mínimo de bienestar, y que ningún individuo produzca más de lo que necesite la comunidad, el valor de la producción de P_1 será igual a *un décimo* de la producción total: y podrá permutar su producción por un décimo de la producción de $P_2, P_3, P_4, \dots, P_{11}$.

Lo mismo sucederá con respecto a P_2, P_3, P_4 , etc.; en esta forma el equilibrio se establece perfectamente.

Desde luego, y esto es importante en la indagación económica, puede suceder que este equilibrio de valores no sea el que requiere la justicia. En efecto, a P_9 su producción le puede costar un esfuerzo considerablemente más grande de lo que cueste su producción a P_7 ; pero, por lo pronto, dejamos por sentado que el esfuerzo sea igual para todos los ramos productivos, y que a un aumento de esfuerzo corresponda un proporcional aumento de producción en cada ramo.

Supongamos ahora que P_3 quiera doblar su producción, es decir, tomando como referencia la producción antecedente, que de 100 la lleve a 200 unidades productivas. P_3 aumenta su producción, sin tomar un acuerdo preventivo con sus compañeros, ya sea porque no puede comunicarse con ellos (como sucede en la realidad económica actual), y^a se^a por otras causas. P_3 aumenta su producción confiando en que, como él desea consumir más productos de los que no puede fabricar, lo mismo sucederá que sus compañeros estén deseosos de consumir más de su producción en la cual él se ha especializado.

En efecto, sus compañeros piensan como él, pero, por diversas causas, la producción de P_1 ha aumentado sólo de 100 a 150: la de P_2 ha aumentado a 160: la de P_4 ha bajado a 90: la de P_5 ha aumentado a 180: la de P_6 a 110: la de P_7 ha bajado a 80: la de P_8 y P_{10} ha aumentado a 180: y las de P_9 y P_{11} se han quedado estacionaria en 100.

¿Cuál será el resultado de esta situación? Será precisamente lo que se acostumbra llamar «sobreproducción», aunque, como hemos admitido desde un principio, la producción antecedente

estaba todavía muy lejos de saturar el mercado, puesto que cada uno de nuestros individuos gozaba sólo de un bienestar mínimo.

¿Cuál será la situación de P_3 , siempre que no quiera o no pueda almacenar parte de su producción? ¿Cuál será el valor de la producción de P_3 ? Será igual a la décima parte de la producción de cada rama productiva de sus compañeros.

Ahora, puesto que P_3 ha aumentado su producción a 200, mientras P_1 la ha aumentado sólo a 150, resultará que P_3 podrá recibir en pago de P_1 menos unidades productivas de las que se esperaba: contra un décimo de 200, es decir, 20 unidades productivas P_3 , recibirá sólo 15 unidades productivas de P_1 (un décimo de 150). Con respecto de P_7 , la situación de P_1 , será mucho más desastrosa, porque tendrá que entregar 20 unidades contra 8.

Pero lo más curioso es que P_9 y P_{11} que han mantenido estacionaria su producción, se encontrarán también en «sobreproducción», puesto que no podrán permutar sus diez unidades productivas con una igual cantidad de unidades de P_4 y P_7 que han bajado su producción a 90 y 80, respectivamente. Con respecto a estos ramos productivos, las mercancías de P_9 y P_{11} se depreciarán: P_9 recibirá de P_4 nueve unidades contra diez, y de P_7 sólo ocho unidades. Lo mismo pasará a P_{11} .

Como se ve, para que exista el fenómeno de «sobreproducción», lo que menos hace falta es que exista una verdadera sobreproducción. Aunque el consumo de un cierto producto fuese susceptible de aumentar si aumentara en la *misma cantidad* la producción de los otros productos: aunque el esfuerzo productivo en un ramo produjera un efecto cuantitativamente *igual* que en cualquier otro ramo, siempre serían posibles sobreproducciones hasta que el aumento productivo no marche *paralelo* en todos los ramos.

Basta tener presente el hecho de que en el mundo existen dos mil millones de seres humanos, de los cuales unos seiscientos millones están dedicados a las actividades más diferentes, o en competencia entre sí, para comprender las dificultades de regularizar la producción mundial.

Añádese a esto que el hormiguero humano está esparcido e una superficie de 136 millones de kilómetros cuadrados, repartidos entre países cuyas relaciones monetarias están fluctuando constantemente, afectando a los costos de producción; y ante esta situación podrá parecer temeraria la empresa de gobernar la economía mundial.

Pero hay una dificultad todavía más grande. Hemos supuesto en nuestro ejemplo que las proporciones entre los consumos fue-

sen idénticas con el aumentar la producción; pero esto no sucede en la realidad. La producción de automóviles por ejemplo, no puede aumentar en proporciones numéricas iguales al del aumento en la producción de calcetines o de relojes. Y esto porque existe una *proporción entre los consumos*, proporción que hay que respetar, y que, sin embargo, es difícil hacerlo, puesto que es una proporción variable, aunque sus variaciones sean susceptibles de cálculo muy aproximativo.

En una sociedad pobre, la proporción entre la producción de artículos de primera necesidad y los de comodidad será, por ejemplo, de 10 a 1; pero si aumenta el nivel del bienestar general la proporción se transformará en 10 : 2, 10 : 3, etc.

En fin, hay que hacer una distinción entre valores absolutos, o numéricos, y valores relativos, o de proporción entre producciones. Puede necesitarse en la economía un aumento productivo general, sin alterar las proporciones entre las diversas producciones; en otros casos, por lo contrario, se necesitará aumentar sólo algunos valores cuantitativos, alterando las proporciones productivas entre los diversos ramos

LOS BARÓMETROS ECONÓMICOS

Pero, ¿cómo es posible saber cuáles son las industrias que precisa fomentar y cuál es el ritmo con que se debe aumentar la producción de los diferentes ramos, para crear la riqueza de todos los países, regiones, continentes, clases, profesiones, empresas e individuos?

Los economistas de la escuela liberal han hecho notar que existen unos indicadores muy perfectos de las necesidades de la economía, y éstos son constituídos por el nivel de las utilidades de inversión en cada industria, teniendo en cuenta, naturalmente, la tarifa general del interés.

En efecto, si una industria produce poco con respecto de las necesidades de la economía mundial, la inversión de capitales en esta industria producirá ganancias muy altas, lo cual tiende a estimular la producción de dicha industria; viceversa, la disminución de las utilidades indica que los mercados van saturándose, y que el capital hace falta en otros ramos.

Sin embargo, estos indicadores o barómetros económicos, *no* determinan, en la práctica, la justa distribución de los capitales entre naciones, regiones y ramos productivos. Esto se debe a que las masas de ahorradores y pequeños capitalistas (que constituyen la verdadera fuerza propulsora de la economía moderna, porque aunque cada pequeño capitalista no tenga importancia

en sí, las más grandes masas de capitales están constituídas por innumerables pequeños ahorros) no tienen capacidades técnicas, ni preparación científica suficiente para examinar toda propuesta de financiamiento, y escoger así las más provechosas. Los múltiples y complicados aspectos de la actividad productiva moderna, y la enorme extensión geográfica en que tal actividad se desarrolla, impiden a las masas de ahorradores orientarse decididamente hacia las mejores inversiones. Y aun suponiendo que todos los que disponen de ahorros tuviesen la más amplia preparación técnica, es absurdo pretender que, todas las veces que se trate de invertir algunos miles de pesos, cada individuo deba sacrificar el tiempo necesario para estudiar muchos proyectos, y gastar sumas considerables para hacer investigaciones, experiencias, etc., para comprobar la importancia de una nueva industria o el rendimiento y la seguridad de cualquier inversión.

Esta impotencia social de los individuos aislados podría ser eliminada sólo con la organización, porque en todo campo de actividad la organización es el expediente con que se supera la insuficiencia individual. Pero, hasta ahora, no existe ninguna organización financiera que provoque la distribución de los capitales entre todos los países y ramos de industria. Por lo tanto, los «barómetros económicos» tienen una importancia práctica muy escasa. El espíritu de iniciativa es substituído casi siempre por la rutina, la manía de imitación, la moda financiera y las sugerencias interesadas. No negamos que dichos barómetros económicos influyen en la distribución de los capitales; pero esta influencia es muy limitada, y la distribución de los capitales se realiza demasiado defectuosamente y con excesiva lentitud, lo que provoca las crisis, reduce la capacidad ahorrativa del mundo y, con ella, la capacidad de consumo.

Un efecto desastroso del espíritu de rutina y de imitación, es que el capital afluye en demasía hacia ciertos sectores de la producción mundial, lo que provoca necesariamente, primero la competencia más desenfrenada y luego aquellas concentraciones colosales, hipertróficas, que son perjudiciales para el regular desenvolvimiento productivo.

La manía de imitación y el desorden productivo, son la causa de una infinidad de calamidades y especialmente del proteccionismo y de la corrupción de la burocracia gubernativa. La política ha siempre tenido en todos los países la gran virtud de agravar hasta lo absurdo los desequilibrios económicos. Cuanto más ciertas industrias se demuestran anti-económicas, tanto más los gobiernos las apoyan por un incomprensible espíritu

de megalomanía y de mal entendido nacionalismo; mientras tanto se dejan huir magníficas oportunidades para fomentar la riqueza nacional y del mundo.

PRODUCCIÓN Y CONSUMO

Para aumentar el consumo mundial precisa aumentar la producción. Esta afirmación podrá parecer absurda. Para juzgar nuestra tesis hay que tener en cuenta, en primer lugar, que *producir significa ante todo consumir*, y consumir mucho. En efecto, precisa consumir maquinarias, materias primas, combustibles, fuerza motriz, luz eléctrica, muebles, y una gran cantidad de otros productos; precisa consumir, a través de los obreros y empleados, una cantidad considerable de productos de todo género; precisa provocar indirectamente un aumento de consumo pagando contribuciones, primas de seguro, etc.; en fin, el pago de dividendos constituye otro aumento de consumos.

En segundo lugar, queremos insistir en que no se trata de aumentar la producción de los ramos que están actualmente demasiados explotados, sino de aquellos que están fuera del campo mental de las mayorías y del espíritu de rutina de los bancos y de las actuales instituciones de inversión.

La experiencia nos demuestra que las industrias más importantes son precisamente las que para ser financiadas necesitan ser estudiadas profundamente por técnicos; son las que han sido más hostilizadas por el espíritu conservador y de rutina de la gran masa de pequeños, medios y hasta grandes capitalistas. Morgan fué el que tachó de imbécil a Westinghouse por sus frenos a aire comprimido. Marconi fué considerado un pobre diablo por los profesores y los capitalistas italianos. La máquina de escribir fué considerada un juguete inútil.

Sin embargo, y no se insistirá nunca suficientemente sobre este punto, las industrias más importantes son las que, por el solo hecho de establecerse, crean e imponen nuevos consumos, de los cuales hasta entonces no se había sentido necesidad alguna. Tales son las industrias del automóvil (que consume la mayor parte de la producción mundial del acero y del vidrio, y la casi totalidad de la producción del caucho y de la bencina), del cinematógrafo (que da trabajo a varios millones de personas), de las máquinas de escribir, de las victrolas, del radio, del teléfono, del telégrafo, de los ferrocarriles, de los aeroplanos, etc.

No queremos decir que lo que se necesita es financiar *sólo* las industrias nuevas, sino que queremos poner de realce que nin-

guna inversión verdaderamente importante ha obtenido hasta ahora la simpatía de las masas de ahorradores, ya se trate de las inversiones más revolucionarias en la economía, o de las más modestas. El crédito productivo está tan desorganizado, que los capitales afluyen siempre con más abundancia hacia las industrias en donde menos hace falta y en donde su obra es destructiva porque no hace sino fomentar una competencia exagerada

La miseria, las crisis y el caos mundial se deben única y exclusivamente a la falta de organización del crédito mundial. Demostrar la posibilidad de tal organización quiere decir demostrar las inmensas, ilimitadas posibilidades de la economía: no puede faltar trabajo a nadie; la cesantía, los salarios bajos, el elevado costo de la vida, la falta de mercados, son todos efectos de la desorganización financiera internacional.

LA DEFICIENCIA DE LOS ACTUALES ORGANISMOS FINANCIEROS

No queremos en este estudio insistir más en demostrar que el actual mecanismo financiero internacional es absolutamente inadecuado para distribuir racionalmente los capitales entre todos los países y ramos productivos. El carácter local y particular de los bancos, por muy grandes que sean, es conocido universalmente. Del mismo defecto adolecen las compañías de inversiones. Las Bolsas de Valores, que fueron creadas precisamente para fomentar la movilización del ahorro y para facilitar su distribución, han fracasado en su misión porque son inadecuadas para comprobar la seguridad y el rédito de cada inversión. Las Bolsas han aumentado los riesgos, han fomentado las especulaciones más ruinosas económica y socialmente. Esto no proviene del hecho de que las Bolsas sean en sí instituciones no deseables; sus defectos provienen de la falta de una institución internacional que llene las deficiencias de las Bolsas actuales y coordine su actividad.

Se necesita reorganizar el crédito internacional sobre nuevas bases, más amplias y más sólidas. Precisa crear una *Bolsa Mundial de Valores y Cambios* que provoque en todo el mundo la creación de grandes masas de capitales productivos nuevos, que encauce el ahorro hacia todas las industrias verdaderamente seguras y de buen rédito, que provoque una reducción mundial en la tarifa de interés del dinero, de manera que se vuelvan costeables las industrias y los cultivos de bajo rendimiento, y, en fin, que constituya al mismo tiempo una *institución de seguro del capital y del ahorro mundiales*.

El aspecto más interesante de la Bolsa Mundial de Valores consiste precisamente en que aplicará el *seguro* en la movilización de grandes masas de ahorros y capitales, para facilitar así el flujo y reflujo de capitales de un país a otro, y de uno a otro ramo de industria, cultivo, minería, transporte, crédito y comercio. Si se considera, que son precisamente los *riesgos* de inversión los que constituyen el obstáculo más grande al espíritu de iniciativa y a la movilización internacional del ahorro, es fácil comprender la enorme trascendencia de un plan que se proponga aplicar el seguro al movimiento internacional de capitales. Si se consideran, además, los inmensos beneficios sociales que ha traído el seguro contra muchos riesgos (de avería y naufragio, de granizada, de incendio, de accidente, de hurto, de muerte prematura, etc.), es fácil comprender que el seguro aplicado al proceso fundamental de la vida económica, es decir, a la formación de capitales, producirá resultados sociales de una trascendencia inmensa.

El examen de los medios de práctica realización de la reorganización del crédito mundial (y por lo tanto de toda la economía) formará el objeto de una monografía que publicaremos en esta misma Revista. Con este artículo hemos tenido que limitarnos a demostrar la necesidad de tal organización y los principios teóricos a los cuales tiene que inspirarse

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Hemos expuesto en el primer párrafo nuestra teoría del valor, que se basa en el reconocimiento de este hecho fundamental: en la sociedad económica mundial, por *valor* se entiende exclusivamente su *valor de cambio* y éste es muy distinto de su *valor en trabajo*, esto es, la utilidad real (bienestar) que cada esfuerzo productivo significa o puede significar para la sociedad. El problema económico-social consiste en *hacer coincidir* estos dos valores distintos y separados, lo cual es posible sólo fomentando todas las producciones en una forma racional y armónica.

La producción racionalizada es posible sólo nivelando las tarifas de inversión del capital en todos los países y con respecto a todas y cada una de las innumerables actividades productivas existentes y posibles, reduciendo, a la vez, la tarifa general del interés hasta el nivel más bajo, para hacer costeables las inversiones de escaso rendimiento.

La racionalización de la producción mundial mediante la distribución científica del capital, según las verdaderas necesidades de la producción y del consumo, no puede conseguirse me-

diante las actuales organizaciones financieras que son demasiado inspiradas a intereses de grupo. Precisa establecer una organización financiera internacional, que esté por encima de cualquier peligro de burocratismo y de rutina, perfectamente descentralizada a pesar de su funcionamiento mundial, y que sea capaz de movilizar con la rapidez del rayo al ahorro mundial y encauzarlo automáticamente hacia las empresas e inversiones más útiles para el individuo y para la sociedad.

A las personas que nos tachan de utopistas, constestamos sencillamente que no puede ser utópica la realización de una necesidad imperiosa. La producción actual necesita de mercados remunerativos, y éstos pueden ser creados sólo con la racional distribución de los capitales. Se trata sólo de un problema *técnico*, esencialmente financiero. Cuando un problema filosófico o social se presenta en una forma científica, técnica, su solución es relativamente muy fácil. El justo precio del trabajo y del capital es, en sí, un problema filosófico; si nos concentramos en la abstracción filosófica se puede llegar a las conclusiones más fantásticas, por mucho que parezcan sabias. Pero la técnica financiera nos demuestra que la cesantía puede ser eliminada y el precio del trabajo puede aumentarse considerablemente, hasta niveles que están mucho más allá de las más exaltadas aspiraciones obreras; nos puede demostrar también que el costo de la vida es destinado a disminuir considerablemente, a la par de los precios de costo, lo que significa que los salarios reales (en productos), pueden ser aumentados enormemente; en fin, que el precio del capital es susceptible de grandes reducciones, y que la función capitalista puede ser, y lo será en un futuro muy próximo, desempeñada por todas las clases, profesiones e individuos.

Dejemos de buscar en la política, en la filosofía y en la legislación parlamentaria la salvación de la economía mundial; sólo la técnica financiera puede constituir la palanca que levante el mundo y lo impulse hacia nuevos rumbos, porque sólo esta técnica es capaz de movilizar todas las fuerzas productivas y creadoras del mundo.—MARIO ANTONIOLETTI.

PAUL VALERY Y LA CRISIS DEL ESPIRITU

VALERY apunta que una circunstancia excepcional hizo el genio de Baudelaire; la feliz reunión de su temperamento de poeta y de su sentido crítico, sensibilidad e imaginación unidas a una vasta curiosidad intelectual. Rara vez se ha confesado con más precisión un hombre mientras estudia a otro. Abs-

tracto, sensual, extraordinariamente fino y sutil, Valéry une al brillo de la metáfora una aguda penetración analítica. Una especie de necesidad de espacio, de amplitud de vista lo lleva por sobre el campo necesariamente limitado de la crítica literaria corriente. En el ensayo es donde su cerebro, excitado, minuto a minuto, puede abarcar los problemas grandes y dar a los pequeños un valor de trascendencia. Por un lado anhela el espacio sin horizontes de la física moderna que le surte constantemente de imágenes, por otro lado siéntese también en terreno propio escrutando el laberinto de la producción literaria, la incubación de una idea, de un libro, de un poema, desde los titubeos confusos del artista hasta el desarrollo y la construcción definitiva. En esta labor el poeta se vale de la imagen sideral para expresar la intuición más vaga, las relaciones más obscuras del pensamiento y la palabra, para ir desmontando, poco a poco, la facultad creadora, ver en ella las modalidades individuales imperceptibles y las proporciones en que entran en la obra definitiva. Las observa con lucidez extraordinaria, las junta y las separa con minuciosidad de artífice renacentista que crea a su vez. Casi nunca tiene importancia para él la obra misma, o sólo tiene la importancia de un pretexto. Lo verdaderamente interesante es la gestación, la obra en acción; a la observación del hecho estable él ha sustituido también el estudio del movimiento, y si ha pedido a la física y a la geometría sus mejores símiles, de ellas también ha tomado el método y la manera de construir. El pensamiento preciso bien definido. (Conocido es el horror de Valéry por las palabras que no tienen un sentido bien concreto). Como un material que tiene su función en el edificio de una teoría.

Por eso el problema de la cultura, su distribución en el globo y su evolución a través del tiempo, toma para él la forma de vasos comunicantes con leyes deliciosamente complejas. Materia tentadora como pocas para un espíritu como el suyo.

Al través de su lente consideramos un planisferio. La tierra está dividida en regiones: cada una con las particularidades que le son propias, densidad de población, riqueza minera o agrícola, irrigación, facilidad de comunicaciones, cultura, mentalidad, razas, etc. Todo un sistema de desigualdades en que unas son más y otras son menos. Al ensayar una clasificación en este desorden, Valéry, en buen europeo, que es, nota una anomalía que no deja de extrañarle. ¿Por qué el predominio de Europa sobre el resto de las regiones habitadas de la superficie terrestre? Una superficie reducida, un cabo del Asia, como él lo llama, sin mayor riqueza material, ni una particular calidad del clima, nada que sirva para explicar su preponderancia.

Pone en una balanza figurada de un lado Inglaterra y en el otro la India, y a pesar de la desmesurada diferencia de población, de extensión, de riqueza, en favor de esta última, el platillo que sostiene la metrópoli inclina. Entonces resuelve que el mayor peso debe atribuirse a la superior calidad del hombre. No ahonda en diferencias raciales lo que seguramente impediría a su espíritu eminentemente crítico y sin prejuicios, abstenerse de hacer ninguna relación de valores; pero nos sugiere como constitutiva de la psiche europea y de la cultura particular de este continente una serie de cualidades.

Una cierta actividad ávida, una curiosidad ardiente y desinteresada y una mezcla feliz de imaginación y de rigor lógico, un cierto escepticismo sin pesimismo y un *misticismo sin resignación*.

Para Valéry el europeo, heredero de las culturas que florecieron en la cuenca del mediterráneo, entre las cuales nació la geometría, germen de la ciencia moderna, amó siempre la cultura y el ejercicio del intelecto, con desinterés de asceta. Pero con el correr del tiempo se produjo un fenómeno que él no se explica y que si hubiese querido desentrañar habría constituido una riquísima veta para su diletantismo. La búsqueda desinteresada de la inteligencia occidental, nunca satisfecha, le proporcionó, como por añadidura, brillantes ventajas en el orden material. En el europeo tomó este giro peculiarísimo, del aprovechamiento. Y cuando a la satisfacción de esta necesidad intelectual vino a unirse una mayor riqueza, una mayor comodidad para la vida, o una defensa contra la naturaleza o contra el hombre, el desinterés perdió su rigor, porque no es compatible el placer de la búsqueda con el beneficio del hallazgo. Al contrario, son cosas que en el sentir de un hombre tipo del siglo XX, se complementan admirablemente.

Sólo que para Valéry, y aquí viene a la vez que la observación fina y exacta el punto esencial de su ensayo, por el resultado material de la ciencia el conocimiento que tenía únicamente un valor de consumo pasa a tener principalmente un valor de cambio. Los pueblos y las razas que lo adquieren para su grandeza material dejan de ser inferiores al tipo europeo que creaba el arte y hacía adelantar la ciencia por amor a la belleza y al saber. La balanza, entonces, va a hacer sentir a la Europa ultra culta un cambio progresivo en sentido inverso y la clasificación de las regiones del globo toma el aspecto a que le dan derecho.

La grandeza material bruta, los elementos de la estadística, los números. población, superficie, materias primas, etc.

Y Valéry, como es natural, no puede impedirse de lamentarlo y considerar el espíritu de tipo europeo en verdadera crisis:

Nous avons étourdiment rendu les forces proportionnelles aux masses.

Es extraño, como en este caso, en que tanta importancia tiene en la dirección de la cultura el desarrollo de las razas, y el de sus características propias para su distribución geográfica, Valéry no haya abordado el problema por dentro, es decir por este lado.

En unas notas aparecidas con posterioridad al ensayo de que nos ocupamos, desarrolla y precisa su idea sobre las características del europeo. Le asigna tres influencias que para él son la determinantes exclusivas de su espíritu. La organización política de Roma, la unidad introducida por el cristianismo y del alma de Grecia.

Las ideas corrientes sobre la materia cegaron un poco la profunda originalidad del poeta. Porque si es exacto que la organización jurídica y política de los romanos informaron por largo tiempo el sentido político occidental, hoy vamos asistiendo cada día con mayor acentuación a un desequilibrio completo de las organizaciones heredadas de los tiempos más remotos. Tenemos conflictos sociales que no se presentaron siquiera como posibles a los romanos.

La segunda influencia asignada por Valéry, es un problema complejo y de los más interesantes que nos salen al paso al echar una mirada de conjunto sobre nuestra civilización. Somos aún bárbaros que viviendo vamos interiormente este hermoso sueño oriental que es el cristianismo; pero el ímpetu germánico lleva y ha comunicado a la vida un sentido inverso al del precepto evangélico. Las primitivas tribus bajadas de los bosques teutones al mediterráneo eran, y sus descendientes han seguido siendo, movidos por un frenesí de acción y vagabundaje. No tenían nada que ver con un credo imaginado por la sangre estática y contemplativa de oriente. La sencillez cristiana y primitiva y la índole germánica fué una amalgama que nunca pegó completamente.

El encanto que necesariamente hubo de tener la civilización antigua sobre aquellas horas primitivas les hizo someterse hasta que se incorporaron las formas del vivir antiguo. La letra, pero nunca el espíritu. El bárbaro una vez incorporado al sistema dió su dirección al adelanto y recibido, la de su sangre, toda orientada hacia la acción y hacia el futuro.

No es un hecho desprovisto de significación el de que la nación en que la doctrina cristiana se acomodara mejor, tuviera una fuerte dosis de sangre extraña a la germana. La España del rena-

cimiento y la posterior no fué tan católica por la sacrosanta voluntad de sus monarcas, sino porque en su pueblo penetró más fácilmente el sentido de esa creencia nacida de una sangre que le era pariente cercana.

La influencia de esta religión venida de oriente fué rica en aportes espirituales. A pueblos movidos por una dinámica puramente física, infundió una inquietud espiritual de la cual hasta hoy día no se han podido deshacer. Y es el punto de más trascendencia en el ayuntamiento cristiano-bárbaro. La fecundación de las razas que debían poblar casi sin competidores el occidente, impulsivas y curiosas, por la riquísima vida interior de oriente.

La gestación fué larga y durante ella se produjeron fenómenos de alta significación para apreciar las reacciones recíprocas de un espíritu sobre otro. La necesidad de movimiento y la «avidez de actividad» escapaban a todo trance al marco férreo del sentir evangélico.

Todo sistema político del imperio romano y la unidad de fe, de moral y de costumbres impuestas por la nueva creencia no bastan para explicar este hecho curioso de un largo período de feudalismo. Pero basta, en cambio, considerar, entre otros antecedentes, éste que ha apuntado de la necesidad activa del germano para ver la lucha como una emanación de ella.

Por otra parte esta fe de una humanidad bondadosa que hacía más fácil el comercio humano, tuvo que contemporizar con el carácter de sus nuevos adeptos, poner buena cara a las revueltas constantes y adaptarse a las circunstancias en que le tocaba actuar.

Se me preguntará. ¿Y para estudiar en el espíritu occidental la dirección especial que ha tomado qué importancia tiene esto? Una decisiva. La crisis del espíritu en el sentido estudiado por Valéry, es decir, la conversión de los dones espirituales en bien aprovechable, resuelto en un mejoramiento de la vida, tiene por antecedente ese frenesí de la acción que no hemos heredado de ninguno de los antecesores que él nos muestra. Fué el prurito de cambio que sólo ha poseído el occidental y que atribuimos a la raza. el que le ha dado un valor de cambio en vez de un mero valor de consumo.

La influencia griega que se dejó sentir por primera vez durante el Renacimiento es, como lo ha hecho notar Spengler, un miraje engañoso. El europeo posterior ha aprovechado la ciencia de los griegos y le ha dado un desarrollo que ellos no habrían podido imaginar; pero para el griego la geometría tenía la inutilidad del arte. La física moderna hubiera sido para él un curioso

juego de fuerzas en que su interés no habría visto otra cosa que una satisfacción puramente intelectual.

En arte hemos tomado de ellos unas cuantas medidas y unas pocas fórmulas; pero el verdadero sentir griego nos es tan ajeno como el de un hindú. Podemos imaginarnos los sentimientos, los gustos, todo lo que constituye el temperamento de un europeo del Siglo XV, pero nos es absolutamente imposible sentir los de un ateniense del siglo de Pericles. Pueblo por excelencia reflexivo, el griego no ha tenido gran cosa que ver con el espíritu que se considera su continuador y seguirá siendo un milagro sin antecedentes que lo expliquen y sin consecuencias de verdadera trascendencia para la cultura europea.

Durante el renacimiento, junto con desenterrar el arte antiguo, el espíritu germánico asomó la cabeza. La gestación había terminado,. Fué entonces cuando comenzó la trasmutación de valores de que habla Valéry. ¿Qué otra cosa si no significan el aprovechamiento del saber que dió origen a los primeros descubrimientos de la época moderna, la imprenta, el péndulo de Galileo, la pólvora, los descubrimientos geográficos, la América, etc.? Conocido es el intento de Leonardo de construir un aparato volador, ¿Qué significación tienen estas formas nuevas que va tomando el saber? Una inquietud de vida, de transformaciones, de evolución, una orientación hacia lo desconocido por el esfuerzo de la voluntad en tensión continua que no conocieron nunca las viejísimas civilizaciones de oriente.

Valéry, aunque sin darle la importancia decisiva que tiene en la transformación material de la vida por medio de la ciencia, nota esta voluntad imperiosa como característica del europeo.

Ya lo hemos visto en el desglose hecho más arriba y al final de su estudio lo corrobora con las siguientes palabras:

Es de notar que el hombre de Europa no se define ni por la raza, ni por la lengua, ni por las costumbres, sino por los deseos y por la amplitud de la voluntad.

Que los demás continentes hayamos visto después la importancia que tiene para nuestro progreso, o más bien dicho, para nuestra evolución, el adelanto científico, es cosa que podía preverse; pero el fenómeno de la devolución a las tierras de mayor peso en números, en un planisferio, de la importancia que había tenido el europeo por su cultura, como bien exclusivamente suyo, se debe al genio de la acción del occidental. Y eso el europeo no lo podía impedir.— J O R G E P I N O - C H E T E.

LOS LIBROS

CRITICA

PANORAMA DE LA LITERATURA CHILENA EN EL SIGLO XX, por *Alone*.

Hernán Díaz Arrieta, el autor de este *Panorama*, tiene como rasgo característico de su estilo el empleo preciso de las voces. Su léxico no es abundante, como corresponde a quien teme a cada instante caer en la pedantería, pero las pocas palabras de que se compone son manejadas con estricta conciencia por el crítico. Esta vez la escrupulosidad le ha faltado desde el nombre de su obra. Panorama—nos explican los diccionarios—es, por extensión, la vista de un horizonte muy dilatado. Indica por eso visión de conjunto, ojeada amplia y sin trabas. El libro de Alone no es eso. Cada uno de los escritores tratados se nos presenta aislado de su vecino y de sus colegas de género y de los compañeros de su generación y de sus antecesores en la misma especialidad dentro de la literatura chilena, y todos ellos no sólo no se relacionan entre sí: por lo general tampoco se relacionan con escritores europeos o americanos de antes o de ahora. No hay, pues, tal panorama, sino una serie de pequeños retratos—miniaturas casi todos—trazados con una pluma fina y elegante.

Se argüirá que cada uno trabaja a su manera y que para el autor de este libro el conjunto de retratos hace los efectos de panorama. Se trata de una solución acomodaticia y casi inaceptable. No hay panorama desde el momento en que no se ven claras las líneas generales de la vida literaria de Chile en el siglo XX, como era la intención confesada del autor. El concepto de líneas generales, de ideas comunes, de propósitos compartidos por la mayoría de la fauna literaria, traducido por la palabra panorama; la limitación del tiempo indicada también por el título en la forma más clara y contundente. Creo que me he explicado.

Después de esto, los comentarios podrían holgar, si no tuviera el temor de verme tergiversando y, sobre todo, de no dar pruebas de mis afirmaciones, que es más grave. Por eso sigo ocupándome en este libro.

Para que haya panorama, repito, el autor debió haber trazado líneas generales que sirvieran de orientación y unieran entre sí las producciones dispersas y permitieran al lector perfilar los caracteres comunes. Esta obra pudo haber sido encomendada a la Introducción; veamos qué se contiene en ella.

Suena la campanada del nuevo siglo— dice el autor— y cual si esta

simple palabra del tiempo desencadenara alguna potencia oculta, las letras chilenas reviven y empiezan a cambiar visiblemente. Estuvieron muy adormecidas durante diez años, después de la Revolución.

Después de un breve comentario político, justo y bien meditado, el autor sigue:

La producción literaria nacional de entonces acá durante los últimos treinta años, supera a toda la anterior, exceptuando la historia, nunca cultivada entre nosotros con intención artística. Aumenta el número de publicaciones, mejora su calidad y, tanto en poesía como en prosa, los géneros experimentan grandes transformaciones.

Más adelante leemos:

Las *Flores de Cardo* de Pedro Prado señalan audazmente la evolución e insinúan la revolución que sobrevendrá; Gabriela Mistral, más tarde, le imprime un soplo vibrante y hasta delirante de pasión amorosa; pero necesitamos llegar a Vicente Huidobro, Pablo de Rokha y Pablo Neruda, segunda y tercera décadas, para recorrer sucesivamente las etapas que llevan al caos actual, disolución brillante de todas las tradiciones, hervidero donde no se sabe si nace un mundo o el mundo está muriéndose. El porvenir dirá. En prosa suceden hechos semejantes, con la moderación natural del género.

En seguida leemos las palabras más cargadas de intención crítica que nos ofrece esta Introducción:

A la depuración del lenguaje artístico se añade el deseo de nacionalizar las obras, buscando motivos de inspiración en la realidad inmediata y procurando diferenciar nuestro carácter.

Pero no se nos dice cuando comenzó esta corriente, ni con quiénes; desde luego, en el siglo XX no se habrá iniciado, ya que tenemos en pleno siglo XIX un escritor como Blest Gana, autor de novelas nacionales hechas y derechas, que envidiaría cualquier criollista de nuestros días. A la frase de Alone: «un crítico francés vecindado en Chile, el presbítero, don Emilio Vaisse, (Omer Emeth), impulsa vigorosamente la afición criolla y aconseja la sinceridad, la observación directa, el cultivo del documento al modo naturalista», no se le puede dar mucha importancia. El señor Vaisse lo único que hace es interpretar con discreción una corriente que había comenzado a cultivarse en Chile a comienzos del siglo y que era anterior a la campaña crítica de Omer Emeth. Por lo demás, no todos los cultores de esta tendencia le merecen aplausos. Omer Emeth no aplaude a Pedro Prado, por ejemplo, y concede a regañadientes beligerancia a muchos otros buenos escritores. (Ver su único libro de recopilación de críticas, *La Vida Literaria en Chile*). En suma, el señor Vaisse pide que se sigan métodos franceses; el propio Alone lo reconoce al decir que «aconseja el cultivo del documento al modo naturalista»; el naturalismo fué francés y seguirá siéndolo. En lo demás, el señor Vaisse invitaba a una depauperación literaria que habría sido de tristes consecuencias si hubiese habido escritores que lo oyeran. En efecto, en tierras americanas aconsejar limitación, equilibrio, medida, es quitar a las letras

todo el elemento de sabrosidad autóctona que pueden tener. Las disciplinas intelectuales en este continente se distinguen precisamente porque no son todo lo equilibradas y correctas que el europeo desearía. Hacerlas correctas y equilibradas es hacerlas parecidas a las europeas, es decir, *pastiche*.

Pero dejemos esto y sigamos ocupándonos en el *Panorama* que no es panorama.

El autor divide los treinta años de su estudio en tres décadas. Al frente de cada uno de estos tres capítulos pone algunos nombres que parece señalar como representativos. Así la primera década está bajo la advocación de Augusto Thomson y Emilio Vaisse; la segunda, bajo la de Pedro Prado y Gabriela Mistral; la tercera, bajo la de Pablo Neruda y... el caos. El caos no es el nombre de otro poeta o de un prosista nuevo; el autor lo ha puesto allí seriamente convencido de que la poesía chilena, y la prosa un poquito a la rastra, pero junto con aquélla, tiene un destino caótico. Yo creo que los pocos años de cultivo de la poesía por la brigada reducida de poetas caóticos que hemos sufrido y estamos sufriendo no son suficientes para poner esta década bajo el signo del caos. Desde luego, el autor pone como poetas representativos de ella a los siguientes autores: Max Jara, Carlos Préndez Saldías, Francisco Donoso, Vicente Huidobro, Augusto Iglesias, Juan Guzmán Cruchaga y Pablo Neruda; entre los prosistas, los caóticos que anota no son muchos, y creo que el más insigne será Pablo de Rokha. ¿Dónde

está el caos en esta enumeración de poetas? Yo no lo veo, salvo en muy contadas producciones de Pablo Neruda y de Vicente Huidobro, que son difíciles, enigmáticas si se quiere, oscuras y precipitadas, pero no caóticas. Más bien podría hablarse del caos como tendencia; más eso el autor no lo dice: el lector debe imaginarlo.

Pero hay otra observación más importante. La caracterización de cada década debió haber contenido, me parece a mí, todos aquellos autores que dieron un matiz determinado al tiempo en el cual florecieron, cualquiera que sea el juicio que hoy tengamos sobre su valor. Pongamos un ejemplo. Imagínese el autor que puede contemplar con la perspectiva de treinta años la obra de Pablo de Rokha. Es casi seguro que entonces habrá desaparecido del escaparate de la literatura del día y será un artículo de museo y de academia. (¿No está Marinetti en una de estas corporaciones?) Si en esta época se le ocurriera a Alone hacer un panorama, estoy seguro de que excluiría a Pablo de Rokha, así como ha excluido de las páginas de su libro a muchos poetas que tuvieron, dentro de los treinta primeros años de este siglo, varios de gloria tan segura y sólida como la de Pablo de Rokha, si no más... Muchos nombres podría citar en este punto, pero, ¿no bastará el de Pedro Antonio González para aclarar mi pensamiento? Por lo demás, consideradas las cosas en abstracto, ¿resulta comprensible que se deje fuera a González, que ha influido sobre una media docena, por lo me-

nos, de los poetas que Alone hace figurar en su *Panorama*? ¿No parece justo que el antecedente inmediato de estos autores ocupe un sitio junto a ellos o sea siquiera mencionado para explicar algunas de las modalidades de los mismos? No se nos diga que la obra de González está dentro del siglo XIX porque la disculpa es inoperante. En el *Panorama* aparecen varios autores que han escrito mucho de su obra en ese siglo. Bastará citar a Blest Gana (que no escribió en el siglo XX sino unas dos o tres de sus obras) y a don Pedro Nolasco Cruz para comprobar lo dicho. Quedamos, pues, en que Pedro Antonio González debió entrar en estas páginas.

Y ya que se trata de exclusiones, citaré otras dos que me parecen lamentables. Carlos Pezoa Véliz, gran poeta, no aparece tampoco aquí. ¿Por qué? Escribió toda su obra en el siglo XX y—también es importante consignar el dato—fué una figura que descolló en el mundillo literario de comienzos del siglo, junto a Thomson, Magallanes, Labarca y tantos otros que constituían la vanguardia en esa época. No se menciona en este *Panorama* a Ernesto Guzmán. ¿Error, olvido? Sea lo que fuere, es una injusticia flagrante. La exclusión de un nombre en un muestrario de este género acarrea la sospecha del escaso mérito, de la poca o nula originalidad. No es este el caso de Guzmán, poeta de verdad y poeta de mayor peso que muchos de los que detentan puestos en el *Panorama*. Más todavía: Guzmán es uno de esos poetas que hacen mella en las generaciones

jóvenes, a quienes se imita y se sigue. ¿Cómo negarle entrada a un terreno en el cual figuran algunos que no son seguidos de nadie y cuyos nombres serán olvidados muy en breve?

Pero no son sólo las exclusiones citadas, y algunas otras, las que merecen reparos; hay también algunas inclusiones que no hallo justificadas en modo alguno. ¿Cree el autor que habría perdido mucho su obra si de ella hubiesen sido extraídos los nombres siguientes: Mariana Cox, Juan Luis Espejo, Fernando García Oldini, Eugenio González, Francisco Donoso, Augusto Iglesias, Raúl Simón y Aurelio Díaz Meza? ¿No habrá influido en su ánimo cierto espíritu de cuerpo, si se recuerda que los tres últimos pertenecieron al personal de *La Nación*, lo mismo que el propio Alone? Pero hay algunos nombres que merecen algún comentario entre los que he transcrito.

Desde luego, si aparece en estas páginas Mariana Cox, ¿por qué no poner a tanta poetisa de nuestros días que ha hecho más obra que ella y que tiene ganados, por tanto, mejores títulos para la recordación? No hay argumento alguno de carácter literario que pueda hacernos valer el autor para preferir a la señora Cox. Por lo demás, el mismo confiesa que los artículos de Shade eran «algo oscuros» y revelaban «una inteligencia flotante». Dice en seguida Alone:

La crítica discutió mucho sus obras, sin negarles nunca la belleza del estilo.

Eso no quiere decir en absoluto que el estilo de los libros de Shade sea bello, sino que la crítica de sus días era laxa e indulgente en exceso. No hay tal estilo en los libros de Shade, y no puede haberlo por la muy simple razón de que el fundamento capital del estilo, que es una lengua segura, falta. Shade no sabía bien castellano, y sus lecturas en inglés y francés habían inficionado su lenguaje de todo género de disparates gramaticales. No sé que haya estilo que resista a esa invasión.

No me parece justo ni discreto poner en un *Panorama* del cual han sido amputados tantos nombres importantes a don Juan Luis Espejo ni a don Eugenio González. Las obras que ambos han publicado me parecen del más alto valor literario, como al señor Díaz Arrieta; pero quisiera que se tomara en cuenta mi observación con la máxima objetividad. No basta haber escrito un buen libro, y mucho menos en los días en que se escribía este *Panorama*, para tener pleno derecho a figurar en él. Lo primero no es prueba de que nos encontremos ante un escritor. Vuelvo a decir que los señores Espejo y González me merecen la mayor estimación, y es precisamente por ella por lo que me empeño en hacer este alegato. Supongamos que ni uno ni otro siguen escribiendo, suposición muy aceptable en Chile donde el ochenta por ciento de los escritores dejan de serlo pasada cierta edad. ¿No habría sido más discreto para el autor del *Panorama*, y para los escritores citados, que sus nombres no hubie-

sen aparecido en él? Hay infinitos nombres de escritores que abandonaron prematuramente la carrera literaria y que podrían figurar en cualquier panorama que se hubiese trazado en sus días con el mismo espíritu de actualidad fulminante que revela en el de Alone la inclusión de los escritores citados.

Finalmente, para terminar este tema de las inclusiones, diré escuetamente que no me parecen suficientes los méritos literarios acreditados en sus obras por ninguno de los otros escritores nombrados más arriba para ser llevados a las páginas del *Panorama*. En el caso de César Cascabel, la observación habrá de ser más rigurosa. La obra de este humorista es de las que no permanecen, y su originalidad ha sido seriamente puesta en duda. Algún día habrá que volver sobre ella.

Pero antes de prolongar en demasía este comentario, rectifiquemos algunos errores de hecho en que incurre el autor del *Panorama*. En la página 17, al hablar de Dublé Urrutia, dice:

González y Pezoa Véliz pertenecen al siglo anterior...

La observación podría pasar respecto de González, aunque muchos versos de éste fueron escritos en los tres últimos años de su existencia (1901-1903); pero no puede ser aceptada en la que toca a Pezoa Véliz. El autor de *Pancho y Tomás* murió en 1908 y la casi totalidad de su obra ha sido trazada en el tiempo corrido desde el comienzo del siglo. No pertenece al anterior

tampoco por el espíritu. Hay una forma de modernismo lugoniano visible en Pezoa Véliz, y ese modernismo es de nuestro siglo, no de otro alguno, aun cuando haya nacido en los últimos años del XIX, como quiera que las fronteras de los movimientos literarios no son exactamente las fronteras cronológicas.

En la página siguiente (18) tomo como errata tipográfica la frase que dice:

...la evolución espiritual que del misticismo religioso ha llevado a su autor hasta el Catolicismo militante.

Adquiere sentido si decimos *irreligioso* donde aparece religioso.

Las referencias cronológicas relativas a Blest Gana están tergiversadas tanto en el texto (pág. 29), como en el *Índice* (pág. 171). Blest Gana nació en 1830; no en 1831 o 1851 como se dice allí respectivamente.

En la página 66, al hablar de Vicuña Cifuentes, el autor escribe:

Tras un largo silencio de estudio y magisterio como profesor del Pedagógico, cuando las nuevas generaciones lo desconocían a fuerza de tenerlo olvidado, su *Cosecha de Otoño* causó en todos los círculos intelectuales una alegre y primaveral impresión de sorpresa.

La entrada del señor Vicuña al Pedagógico es posterior a la publicación de *La cosecha de Otoño*; anteriormente el señor Vicuña había sido profesor también, pero de la enseñanza secundaria.

Gabriela Mistral no pertenece a un Instituto de Propaganda Intelec-

tual (págs. 70-71), sino al de Cooperación Intelectual, dependiente de la Liga de las Naciones.

Si mis datos no me engañan, don Guillermo Labarca Hubertson no ha sido profesor universitario, como afirma el autor en la pág. 86.

Mal definido está el primer libro de Pedro Prado, *Flores de Cardo*, cuando se nos dice que en él no hay «ni ritmo, ni rima, ni imágenes habituales» (92). Hay un ritmo, menos frecuente que el de los poetas adocenados, pero fácilmente perceptible, sobre todo hoy; hay rima en muchas de las composiciones que forman el libro, asonante a veces y consonante las demás, y las imágenes, salvo algunas muy contadas, no son para asustar a nadie. La observación que podría seguir en pie es la de «desorden aparente» impresión que pocos libros dan tan profunda como *Flores de Cardo*.

Uno de los casos más concretos del descuido con que está escrito este *Panorama* lo tenemos en la pág. 99. Allí el autor dice:

A mediados del año doce, el entusiasmo de Fernando Santiván resucitó por tres meses la revista *Pluma y Lápiz*, de perdurable memoria...

En parte alguna del libro ha hablado el autor de la primera *Pluma y Lápiz*, de modo que la mención de la segunda no tiene asidero alguno. No se llena la omisión ciertamente al decir que la primitiva revista, la de Cabrera Guerra, haya sido de «perdurable memoria...»

Me parece que las palabras han

traicionado a Alone cuando escribió que don Francisco Donoso:

ha llevado al claustro las acrobacias verbales y sensoriales más atrevidas del ultramodernismo (pág. 110).

Esto no corresponde a la obra del señor Donoso, que es un ensayo de tímido eclecticismo entre la forma moderna y la clásica y que si a algo se inclina con predilección es a la segunda. Por lo demás, ¿qué es eso de ultramodernismo? El autor emplea en más de una parte de su obra la palabra, sin cuidarse de definirla.

Está mal transcrito el título de la antología de don Eduardo Solar Correa, tanto en el texto (pág. 161), como en el Índice (pág. 177). No se trata de una *Antología de poetas hispanoamericanos* sino de un libro titulado *Poetas de Hispano-América*.

En la página 173 se aclara el seudónimo de Omer Emeth con las siguientes palabras: *Pbdo. D. Emilio Vaísse*. No hay tal: el señor Vaísse no es prebendado sino presbítero. En la misma página se data en 1926 la publicación de *Alhué*, de González Vera; *Alhué* fué publicado en 1928.

En la página 174 aparece nombrado así uno de los más discutidos poetas chilenos: Vicente Huidobro Fernández García. Si se trataba de contemplar a la vez dos intereses contrapuestos: dar el nombre familiar del poeta y su nombre literario de hoy, la transcripción habría quedado mejor como sigue: Huidobro Fernández (Vicente García).

En la página 175 se dice, entre las obras de Magallanes Moure, que

La casa junto al mar fué publicada en 1916 y luego se agrega la fecha 1910; la segunda está de más. En la página siguiente se dice que Salvador Reyes es autor de un libro titulado *Los mares del Sur*; en realidad el título es *Las Mareas del Sur*.

Finalmente, en la 177 se atribuyen a don Julio Vicuña Cifuentes unas *Lecciones de Métrica Española*; el libro aludido es de *Estudios* de esa arte.

— — —

El libro de Alone no acierta desgraciadamente a mostrar la sucesión de los estados literarios desde 1901 hasta 1930; no pinta la transformación del espíritu de las generaciones que se suceden; no indica cómo van suplantándose tales o cuales ideas por éstas y aquéllas nuevas; no tiene, en fin, ninguna condición de dinamicidad. No hay movimiento alguno, a pesar de la división en décadas, que es también un poco caprichosa (¿por qué Max Jara aparece en la tercera si su obra fué iniciada antes?). Cada retrato individual nos muestra a los autores con cierta rigidez que a veces es simple estiramiento y que otras veces parece visión incompleta o amanerada. No hay lazo alguno entre ellos, volvemos a decirlo, y así como los parentescos no están indicados, tampoco lo están las oposiciones.

Todo esto hace que el libro de Alone no pueda ser leído sino por quien tenga una información previa de la literatura chilena; en cambio debe recomendarse por el estilo. Alone ha hecho una obra de gracia, de ironía y de sutileza. Describe con

soltura, con las palabras precisas; sonríe y hace sonreír; dice verdaderas enormidades con un tono inocente y hasta candoroso que encanta. En suma, interesa y gusta. Su estilo, para lograr mayor arraigo sobre el lector, debería enriquecerse con un léxico más variado. Cuando se tiene un gusto seguro, el léxico rico no lleva necesariamente a la pedantería.— *Raúl Silva Castro.*

ENSAYOS DE UN ESCÉPTICO, por
Bertrand Russell.

«Se cuenta una historia de Pirro, el fundador del pirronismo (que es el antiguo nombre del escepticismo). Afirmaba Pirro que nunca se sabe bastante para estar seguros de que una norma de conducta es mejor que otra. En su juventud, una tarde, dando su paseo acostumbrado vió a su profesor de filosofía (cuyo, principios se había asimilado) caído de cabeza en una zanja y sin poder salir de allí. Después de contemplarle un rato siguió adelante, asegurando que no había razón suficiente para creer que hiciera algún bien ayudando al anciano. Otros, menos escépticos, le auxiliaron y reprobaron a Pirro su falta de corazón. Pero el profesor, fiel a sus principios, le alabó por su rectitud».

Pero éste no es el escepticismo de Bertrand Russell. Es este otro: es indeseable creer en una proposición cuando no hay razón alguna para suponer que sea verdad. La actitud está definida y la posición mental e intelectual es nada menos que la de un revolucionario. ¿Cuántas teo-

rías, cuántos dogmas, cuántos sistemas sociales, morales, cuántas doctrinas hay que no tienen razón alguna para suponer que sean verdad? Si el lector piensa en esto durante cinco minutos, se dará cuenta de que no basta el escepticismo, que casi sería necesario el nihilismo. Pero el nihilismo no posee razón alguna para suponer que está en lo justo.

Al adoptar aquella actitud, Bertrand Russell acepta y provoca inmediatamente a todo el mundo. En este libro se refiere especialmente al escepticismo en materia social y política, tocando de pasada, en un molinete de su espada, a la educación, al puritanismo, a la filosofía, a todo lo que va surgiendo de su pluma y de su pensamiento, porque Bertrand Russell parece ser un hombre que no está de acuerdo ni consigo mismo. Deliciosas frases, finas paradojas, verdades de a puño, humor y emoción: características definitivas del pensador inglés de siempre, y, sobre todo, cultura, un río de cultura, pero no cultura de libro, fresquecita, sino cultura honda, cultura del pensamiento y del sentimiento, sabiduría de la vida, y conocimientos hasta maravillar.

Trae este libro (1) hermosas páginas sobre la educación (*Libertad contra autoridad en la educación*), en una de las cuales, para demostrar su concepto de libertad en ella cita a Tchekov. «Hay una preciosa narración de este escritor sobre un hombre que quiso enseñar a un ga-

(1) M. Aguilar, editor. Madrid, 1931.

tito a cazar ratones. Cuando el gato no corría detrás de ellos, el hombre le pegaba, lo que dió por resultado que el animalejo no se atrevió ya nunca a cazar ratones por temor a una paliza. «Este es el hombre que me enseñó latín», añade Tchekov. Las gatas enseñan a sus hijos a cazar ratones, pero no antes de que haya despertado su instinto. Entonces los gatitos están ya de acuerdo con sus madres en que vale la pena de adquirir ese conocimiento, y, por lo tanto, no hace falta la disciplina».

Delicioso libro, lleno de reflexiones y de enseñanza, de sugerencias y de insinuaciones, su lectura es más valiosa que la de una novela. Enseña a pensar y a expresar lo que se piensa.—*M. R.*

VIAJES

BAJO EL SIGNO DEL CLÍO, por *Ricardo Baeza*.

Con el doble interés que nos despierta la personalidad de don Ricardo Baeza, por su carácter de representante de la República Española en tierra nuestra y de traductor impecable de escritores egregios, hemos leído su último libro (1) con tal avidez que lo rematamos insensiblemente, como si nos hubiese azuzado una trama compleja, anhelosos de sorprender el desenlace.

No obstante ser este libro un conjunto de crónicas periodísticas en que encuentran cabida los más disímiles asuntos, hay en él una inquebrantable unidad de estilo, dentro de la gama que exige la variedad

(1) Ediciones. Ulises Madrid, 1931.

de los asuntos que a Baeza le preocupan: grave y enjundioso cuando aboca el comentario de los problemas internacionales, mesurado y sereno cuando hace la necrología de Lenin o de Wilson, ligero y pintoresco cuando nos habla del Derby, poético y alado cuando nos evoca la naturaleza ubérrima del Brasil o las bellezas paradisíacas de Mallorca. Páginas de antología son las en que se refiere a su vida en la isla mallorquina, donde el hombre discreto y ecuánime que hay en Baeza no pudo contener el desborde admirativo:

Se me antoja—dice—que quien no haya paseado un anochecer de primavera por estos valles de Mallorca, no sabe aún lo dulce que puede ser la vida, sólo con mirar en torno, y lo inefable de esta remembranza patriarcal, cuya concepción se nos trueca de pronto en sentimiento.

Pero la generosidad de Baeza a través de su evocación adquiere tal relieve pictórico, que nosotros podemos recorrer con él, gozosos y recogidos, esos:

Campos alberos y almagrales, alternando pintorescamente sus blancos y rosas, ya sombreadas por la noche entrante; trigales y cebadales tiernos, con su oleaje y rumor de mies, al amparo de estos insignes olivos milenarios que parecen presidirlos como deidades protectoras; bancalles de hortalizas, ya sumidos en la sombra, que más que caer del cielo va subiendo de Tierra...

Y así, en compañía de Baeza hemos llegado a ese ideal de vida quie-

ta que reclamaba Rubén en una de esas casitas mallorquinas, ocultas entre riscos,

con un monte detrás y con la mar delante. . .

Tenemos en Baeza al poeta que se hunde en la naturaleza y que de ella emerge para decirnos en palabras rumorosas su goce admirativo, ocultándose pronto dentro de la gravedad de los problemas contemporáneos, a fin de darnos la medida exacta de ellos, o evocar con esa misma justicia y amplitud la memoria de algunos hombres actuales que por su fe en alterar violentamente el ritmo de la historia, han recibido el juicio condenatorio e implacable de sus contemporáneos. Así, al evocar la memoria de Lenin con motivo de su muerte, lo hace con tal comprensión, que no podemos dejar de transcribir éstas, sus palabras justas y humanas:

Habrá quien considere incompatible el creer equivocada y nefasta la obra de Lenin con la admiración al hombre; pero, los que así juzguen, poco saben de las cosas humanas, de que éstas casi nunca son como las quieren los hombres, y que, muchas veces, detrás de una acción o una vida mínimas se esconde un hombre máximo. Así, Lenin pudo errar en su doctrina y en la ejecución práctica de esta doctrina, y acaso el tribunal de la historia tenga que exigirle una cuenta terrible, aunque, acaso también, inscribáse su nombre en el santoral de los bienhechores de la humanidad, ya que nadie puede aún presumir la mies que contenga en sí tal simiente; pero este hombre era puro y quería el bien de los hombres, y

no quería el propio goce. Por mucho que se le pode y disminuya, siempre quedará un idealista y un asceta, y el carácter más tenaz y más dinámico de estos tiempos.

Ninguno de los más inquietantes problemas que agitan a la humanidad dejan de ser pulseados por Baeza y al hacer sus comentarios pone en ellos el juicio del sociólogo avizor y amplio que con visión filosófica atalaya el porvenir. De ahí el valor trascendente de muchas páginas de este libro. Así, al comentar la cruzada antirreligiosa de los soviets, exprésase con tal transigencia y elevación, que no sabemos por qué estas siguientes palabras suyas podrían encontrar resonancia en la Península en los momentos actuales y hacer meditar al señor Azaña:

Pero acabar con una Iglesia no es acabar con el sentimiento religioso, que es lo que cuenta. Los prohombres bolcheviques han procedido en esto con su acostumbrada falta de psicología. No es degollando confesores, y destruyendo templos, y amontonando la blasfemia y el sacrilegio como se destruye el sentimiento religioso. La más elemental experiencia histórica enseña que no hay obreros de fe más activos que los mártires y que nada fortalece tanto una Iglesia como una persecución.

Y, podríamos agregar, no sólo la fe religiosa es fortalecida con la persecución, sino que cualquier idea que se haya hecho carne y espíritu en el pueblo, y que constituya para él una esperanza mesiánica, aunque se fundamente en principios científicos e históricos incomprensibles a las mentes plebeyas.

La perfección y riqueza lexicográfica del estilo, la amplitud de las perspectivas históricas, la agudeza de las apreciaciones, el vigor poético de las evocaciones de la naturaleza, aseguran a este libro un valor permanente; y por eso Clío debe acogerlo como una de esas obras destinadas a perdurar.—*Milton Rosset.*

POESIA

IMAGEN, por *Fernando Diez de Medina.*

El segundo libro de este joven poeta boliviano, que ya se hiciera aplaudir con la primicia de su «Clara Senda», señala un visible progreso en la forma y una fuerte sencillez en su ideología y en la emotividad.

Colorista de ojo certero y de paleta sin extravagancias, sabe mostrarnos sus paisajes estilizados, y poner en ellos, tal una leve pincelada gris, la inquietud perenne de su corazón romántico.

Juventud de hombre y de artista, que no busca lo trascendental ni en el sentido ni en la expresión, esta «Imagen» (1) de Fernando Diez de Medina no quiere asombrarnos. Le basta con ser canto melodioso, estremecido por la alegría y el dolor de vivir.

Poeta muy de su tiempo—y puede llegar a ser, por esto mismo, de siempre—halló el camino de su temperamento sin grandes balbuceos, y va por él con la seguridad

del que tiene su estrella para atravesar la noche enmarañada.

Un peligro, y no pequeño, encierra la sencilla manera poética de Diez de Medina: caer en la vulgaridad. El poema 7 de sus «Estancias de la pena fiel», pobre de contenido y sin toques novedosos en el verso, es muestra clara de peligrosa sencillez.

Cuando el autor de «Imagen» logre una síntesis mayor tendremos en él a un alto poeta de América.

EL NIÑO QUE QUIERE TENER ALAS, por *Estrella Julio.*

Sencilote, sin belleza literaria, este libro de versos para niños. Si es difícil para un poeta escribir la obra que haga estremecer los corazones infantiles, conservando en su sencillez ideológica la belleza de la forma, es tarea sobrehumana cuando la emprende quien no posee dotes líricos.

Estrella Julio, a pesar de su loable intención y del esfuerzo que su libro (1) representa, no logra darnos una sola nota bella y original en estos poemas infantiles que comentamos.

Espíritu no adaptable a la imaginación de la infancia, cree suplir con el uso constante y fastidioso de los diminutivos la sensación de candor que no logra dar. Dice en unas estrofas de la página 19:

Las cabras loquitas
hacían crujir
con sus dientecillos
la brizna sutil,

(1) Editorial América, La Paz, Bolivia, 1931,

(1) Imprenta Mercurio, Rengo, Chile, 1931.

y en el espejito
clarito del río,
piedrecitas mil
cantaban, cantaban,
como unas tenquitas
por la arena gris.

Esto, además de ser ingenuo, es de mal gusto.

Estrella Julio maneja con cierta soltura el verso de 6, 7 y 8 sílabas; pero cuando da a sus poemas el marco del endecasílabo le fallan las fuerzas, y el derrumbe es bien evidente.

Es sensible que en nuestra lírica no aparezca todavía el cantor de la infancia, que sepa decir a los niños cosas bellas en bella forma. La autora de estos poemas infantiles sólo ha hecho una tentativa malograda.

MIRRAS, por *Horacio Zúñiga*.

Poemas orfébricos, es el subtítulo que este poeta mejicano da a su libro. Y si no logra, en verdad, hacer de sus estrofas maravillas cinceladas, tienen en cambio el frío asombroso que los parnasianos dieron a su canto.

Fuera del tiempo—este poeta es el retrasado máximo—las «Mirras» (1) que aquí comentamos no dan el humo fragante de la poesía auténtica.

Con mucho de Pedro Antonio González y de Miguel Luis Rocuant, sin tener la riqueza expresiva del primero ni el intento grandilocuente del segundo, Horacio Zúñiga es, como ellos, hombre sin emoción.

Pasó el gran Rubén por los cami-

(1) Editorial Gómez Rodríguez, México. D. F., 1931.

nos literarios de España y de América, removiéndolos todos los valores; llegaron los estandartes de vanguardia, desconcertando no poco a los que no habían hallado su ruta verdadera, y este poeta mejicano se ha quedado con el parnasianismo, que ya no hace voltear la cara a nadie.

Transcribimos aquí su soneto «El corazón»:

—¿En vano todo?... No!; de la
[distante
pradera azul, cuajada de luceros,
siento venir presagios agoreros,
como caricias de mujer amante.
—¿Todo en vano?... Mentira!; en
[este instante
mis fervorosos ritmos vocingleros
me dicen de recónditos veneros
que tienen resplandores de dia-
[mante.
—¿En vano todo?... No!... Ni la
[fontana,
ni el ave, ni la miel embriagadora
son polvo estéril y miseria vana;
en todo un lampo de infinito, mora;
hasta en las sombras de la duda
[humana
palpita un Dios y un sueño y una
[aurora!

La lectura de estos versos trae insensiblemente al recuerdo los poemas que se escribían hace medio siglo, que hasta hace veinticinco años se leyeron con cierto interés, pero que ahora se escuchan con gesto compasivo y resignado.

LOS NOCTURNOS DEL FUEGO, por
Sarah Bollo.

Mujer emocionada esta poetisa del Uruguay que nos da con este bello libro de poemas la medida de su alto vuelo.

Fuera de las normas clásicas que fija la métrica, con expresión a veces áspera y anti-musical, el enjundioso contenido de su canto ritma bien con la forma libertaria—en ocasiones prosa, simplemente—que da a sus poemas.

Sarah Bollo no ha roto los moldes del verso para decirnos que su concepción artística está sobre la de todos los mortales, y no se requiere cultura quintaesenciada para penetrar la belleza de su obra, profundamente humana.

Riqueza sorprendente de imágenes tienen los poemas de esta mujer admirable, pero no constituye la imagen el único fin de su obra, toda llena de nervio y de lacia textura, pues sabe que es sólo un recurso poético, y no el fin primordial del arte.

Entre lo mucho bello que tienen sus «Nocturnos del Fuego» (1), transcribimos aquí su «Balada de siempre y nunca»:

Te veo siempre a mi lado,
llama, lirio sin muerte.
Te veo siempre a mi lado;
laurel de niebla,
mi doliente canción nace en el río
[ardiente de tu mirada.

Ya nunca podrás morir,
raíz de sol hundida en el alma.
Ya nunca podrás morir;
cerrojo de oro, estás atado a mi vi-
[da, la llave cayó en el mar.
Te veo siempre a mi lado,
llama, lirio sin muerte.
Ya nunca podrás morir,
cerrojo de oro, la llave cayó en el
[mar.

(1) Palacio del Libro. Montevideo, 1931.

Laurel de niebla, mi doliente can.
[ción.
Y tú, raíz del sol, cruzando de abis-
[mo a cumbre mi alma.

P. S.

LÍNEA DEL ALBA, POEMAS, por
Juvenal Ortiz Saralegui.

¿Qué es poesía? Hoy, menos que ayer, podemos encontrar debida respuesta a esta ingrátida interrogación. Y, lo que es peor, no sólo cuesta definir cumplidamente lo que es poesía, sino que se va haciendo difícil, también, el sentirla. A cada volumen de versos, ante cada poeta desmesurado y caótico, se quedan, al fin y a la postre, tendidas, y vacías, las manos de nuestra perpleja sensibilidad. En balde acondicionamos, inversamente, pacientemente, nuestro paladar a estos nuevos manjares, deseosos de encontrar en ellos el confortante sabor de la miel himeta, o el délfico aroma del laurel... o siquiera el retostado olor al humo del llar sagrado. ¡Nada, nada, señor!

No encontramos nada. No encontramos, en estos endiablados banquetes estéticos, más que un hermético tiesto informe, que hierve a fuego apagado, y en el que se cuece, como en la marmita de la bruja de *Mácbeth*, una cosa sin nombre. Y esa cosa sin nombre, es nada menos que la actual poesía, el arte de vanguardia. Un arte invertebrado, sin raíces sabias, con truncos pétalos en vez de flores. Un arte de artificios.

Bien. Cuando no encontramos en el fondo lo que nos proponíamos, buscamos alguna compensación por la superficie. Así, en esta Línea del Alba (1), en que inútilmente ha madrugado nuestro espíritu por coger el justo ángulo de comprensión, hemos de contentarnos con admirar los dispersos fragmentos de belleza, los esquivos átomos de luz, en que se deshace, en que se quiebra ante nuestros ojos desilusionados. Más que una línea, es una sucesión de ideas suspensivas; más que una alba inocente y generosa, es un roto coruscar de negaciones. Aunque no tanto. Porque, a pesar de los esfuerzos que hace el autor para que todo en el libro resulte inconexo, sonámbulo, aparecen por ahí, como decíamos, jalonados, dispersos fragmentos de belleza, que acaso inconscientemente, involuntariamente,—como el mar irascible esas hermosas piedrecillas de la playa,—pulió su ineluctable sensibilidad de poeta.

Tú no eres mía;
pero es mía tu luz,
frente del día.

Alojas la mañana de sol líquido
en tus brazos, corrientes de alegría.

Las barcas de tus palabras vienen y
[van.

Tú que tiendes distancias
para que yo me aleje.

Esta luna limada de silencios,
esta noche, sollozo de horizontes.

En mi casa
las memorias abren todas las puertas.

(1) Biblioteca Alfa, Montevideo.

Hazme el surco más hondo
con tu alma de espada.

Como se puede ver, lo mejor que hay en este poeta «deshumanizado», es precisamente lo humano, y dentro de lo humano, por supuesto, lo eterno femenino. Hay, además, sugerencia, y hasta cierto estremecimiento, en estas estrofas. Vamos a copiar íntegra una poesía, que creemos realiza toda la accidental modalidad del autor, y que para él es posiblemente la mejor. (Es la única del libro que está dedicada, y a una dama):

CANTO A LOS PÁJAROS DE TU
PIEDAD

A María Teresa Zerpa Gravier.

Pájaros de tu piedad
bajo la lluvia de mi soledad.
Pájaros que me turban
como la orilla al mar.

Los ojos se me caen
como si fueran sombras recogidas.

Oh regreso celeste de estos pájaros,
color de profundidad!

Pájaros de tus manos de mar,
que vuelan como la oración
y miran como el más allá.

Qué horizontes vamos a cruzar,
qué ponientes a levantar,
pájaros finos
encendidos por el rumor del mar.

Yo voy tras de vosotros
bajo la lluvia de mi soledad.

Sí; hay sugerencia, por lo menos, en este arte, y en este poeta. Aunque esta condición presupone también otra condición en el lector;

cierta condición de pedernal, dispuesto a producir la chispa...

Hasta hoy, de lo mejor, de lo más sugerente que hemos leído en el género, son estos dos versos con que Pablo Neruda empieza por ahí una Canción:

¡Qué pura eres de sol y de noche
[caída,
qué triunfal, desmedida, tu órbita
[de blanco!

Son dos versos de órbita desmedida, de majestad meteórica, efectivamente; pero, no son más que estos dos versos en toda la canción. Los demás siguen tras ellos, inconsistentes, fofos, como la inflada cola de un cometa.

Hay, también, cierta renunciación en estos poetas vanguardistas que se malogran dogmáticamente en celdas de ocultismos, en vez de respirar el aire primordial de la clara poesía. Caminantes que, porque les parece vulgar, gastado, el viejo camino real, toman por los trogloditas atajos enmalezados, desde donde no pueden dominar siquiera el panorama, en vez de labrar concienzudamente otro bello camino, amplio, magnífico... Porque, también nosotros, lo confesamos, quisiéramos soltar velas hacia incógnitos archipiélagos; quisiéramos «luz, más luz»...

¿Qué valor substancial tiene, o puede tener, este arte de vanguardia? ¡Quién sabe! El tiempo es la piedra de toque, para probar toda afirmación. Veintinueve y veintisiete siglos, respectivamente, han pasado desde Salomón y Homero—esas dos piedras angulares del romanticismo y del clasicismo—, y

aun el agua corrosiva del tiempo no ha podido socavar sus fundamentos.

Por ahora, como consecuencia a este arte de ocultismo, va a ser necesaria una crítica de adivinación.—
Guillermo Koenenkampff.

NOVELA

EL SÉPTIMO CAMARADA, de *Boris Lavrenev.*

El recurso más usado por el novelista de la Post-revolución, es el de contrastar la psicología del hombre del antiguo y del nuevo régimen.

Una época no muere de repente. El hombre que la ha creado y se ha nutrido en ella sigue en el nuevo estado de cosas en franca o disimulada oposición, o en franca o disimulada evolución.

Del desconcierto enorme que produce la ubicación de la gente en la nueva jerarquía social, de su mayor o menor capacidad para adaptarse de las reacciones opuestas que produce un nuevo estilo de vida, llenan los novelistas soviéticos las páginas de sus mejores novelas.

Lavrenev plantea un curioso problema en su *Séptimo camarada* (1) Adamoff, un general profesor y alto funcionario del régimen zarista; por su amor a la patria, se solidariza al principio con esfuerzo y más tarde insensiblemente y casi a su pesar con la realidad revolucionaria. Por otro lado, un comunista militante, un mujik, el comandante Rikine, se enamora de las formas refinadas y escogidas que sobreviven a la vida antigua.

(1) Editorial. Cervantes. Barcelona.

Un hombre del pasado que sabe comprender el porvenir y amarlo a pesar de sí mismo. Un Hombre del presente revolucionario que se encuentra seducido por las formas nobles de una aristocracia que cayó. Es la oposición que nos pinta Boris Lavrenev en su *Séptimo camarada* con fina intención irónica.

Dice el general Adamoff:

Al principio quise partir al extranjero, pero no pude. ¿Sabe Ud. lo que me ha retenido? Pues pensar: si parto no veré ya más esta empalizada rusa que camina oblicuamente. No veré alrededor de mí más que pequeñas hayas muy limpias, bien cuidadas, con letreros: «Aquí se puede». «Aquí no se puede». Y no pude partir, no pude alejarme. Más vale esto, que está sucio, ensangrentado; pero que es bien nuestro. No temo en absoluto a la muerte. Lo único lamentable es que no podamos conocer el porvenir. Excesivamente lamentable. El porvenir es siempre bello, cualquiera que sea la luz que lo ilumine.

El comandante rojo Rikine que ha simpatizado con el general del antiguo régimen y en la actualidad lavandero del regimiento, «el viejo Adamoff», le comunica sus dudas:

¿Dios existe? o bien, en realidad no hay más que aire allá arriba. Quisiera saberlo. Ud. camarada Adamoff que conoce las ciencias, explíqueme todo esto.

— ¿Pero si tú eres bolchevique? — dice el general asombrado y enternecido, — no tienes pues el derecho de creer en Dios.

— Es evidente — dice el comandante rojo — pero sin embargo sin Dios esto me parece nebuloso. Nosotros no somos más que unos campesinos... Pero dígame, ¿es ver-

daderamente imposible conciliar la verdad de Dios con la de los bolcheviques?

Poco después el jefe revolucionario manifiesta a Adamoff el motivo de sus cuitas:

— Mira Adamoff, tengo un corazón de mujik y quisiera tener hijos. Solamente quiero casarme con una mujer que sea instruída y que pertenezca a la alta sociedad. Me parece que ahora sí se la puede encontrar... Las mujeres de nuestra clase son tan bestias como los jumentos. Yo quisiera una que sea noble, condesa o cosa así. Una mujer cuidadosa, que tenga buenas costumbres, que suene la nariz a los muchachos, les eduque a la francesa y les enseñe a tocar el piano.

Yo he visto a niños de conde. Son limpios, juegan y pasean cuerda-mente, saben donde se deben poner los pies y como se hace un lindo gesto con la mano, además declaman en francés como los canarios. Al lado de ellos, yo no era nada. Los cabellos en desorden, el hocico sin lavar, el ombligo desnudo, con el pantalón cayéndose a cada paso, incapaz de expresarme más que con juramentos. Había también una condesita. Era rubia como los trigos y con los ojos azules. ¡Así era! ¡Si pudiera tener una parecida!

Ambos, el general del antiguo régimen y el comandante del ejército rojo mueren defendiendo un ideal revolucionario, un ideal que los convence a medias.

Vidas en evolución, en perpetua lucha consigo mismas y con el medio ambiente tienen un gran interés literario y psicológico, pero la revolución las atropella, no las necesita.

— Juan Uribe-Echevarría.

CARNALAVACA, NOVELA DE LAS TIERRAS ROJAS, por *Andrés Garafulic* Y. (1).

Aun está por escribirse entre nosotros la gran novela del norte. Chile ha sido pródigo en relatos sobre el centro y el sur; pero las salitreras y las minas del cobre están proscritas de la literatura nacional.

Baldomero Lillo dejó inconclusa una obra sobre el norte, de la que sólo se conocen fragmentos; Víctor Domingo Silva malogró sus cuentos por su falta de visión y de energía; Santiván anunció un libro sobre Antofagasta, que nunca apareció. En total, unos cuantos escritores de valer han pasado ante ese prodigioso espectáculo humano y no han sabido extraerle sus secretos y emociones, dignos, a veces, de la pluma de un Zola, de un Gorki o de un Dos Passos. El norte cambia la fisonomía de los hombres, puliendo sus recelos y acercándolos por medio de una potente fraternidad. El dolor y la explotación allí imperantes, el escaso valor de la vida, el poco dominio de los prejuicios, que modifica ese rudo medio, son cosas que imprimen carácter definido. En el norte hay una amplia zona donde los seres humanos se comprenden y en que las cosas chilenas asumen un carácter más nítido y comprensivo. Se siente mejor la explotación de los políticos, su mezquindad y pequeñez, su desprecio y olvido por los creadores de la riqueza nacional. Allí han

(1) Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1932.

adquirido un terrible y fraternal sentido de la chilenidad hombres como el Doctor Palacios y Valdés Cange, el desconsolado pedagogo que pedía a voces una reforma sobre las instituciones chilenas.

Ahora surge un nuevo grito de protesta sobre la desidia de los compatriotas, un renovado y alentador impulso del nacionalismo: es la novela sobre las tierras rojas de que es autor Andrés Garafulic.

Este escritor novel se presenta dominando una cualidad literaria de primer orden: el interés novelesco. Sabe mover a los personajes y crear una trama y hasta un ambiente. Su libro es poderoso y vital. Tiene grandes y sensibles defectos como cierta tendencia a la declamación sociológica-política; pero acaba por triunfar la calidad del relato.

Carnalavaca es un nombre antojadizo; en realidad asistimos a la epopeya terrible y dolorosa de la formación de un mineral chileno, creado con capitales criollos cual fué Chuquicamata, antes de que la codicia de algunos y la falta de patriotismo de otros entregara esa riqueza a los yanquis.

Pablo Duarte es el personaje central de la novela de Garafulic. Es un ingeniero chileno que supo inyectar actividad y dinero a ese centro de vida industrial. Asistimos con interés a la dura serie de dificultades que lo envuelven. No hay cooperación y el dinero derrochado por Blumentahl, un judío yanqui, logra hacer que se extienda la desertión entre consocios y cooperadores. Así se ha ido derrumbando el espíritu nacionalista entre los criollos.

chilenos. El drama tremendo del libro de Garafulic es precisamente el trágico absentismo de los capitales criollos y la traición hecha por nuestros políticos a los ideales de la soberanía económica. Perdida ésta se abandona luego el fundamento de la soberanía política. Los gestores yanquis minan, poco a poco, en la prensa y en el congreso las bases de nuestra independencia. Actos parecidos al de Chuquicamata existen en gran número en nuestra historia.

Carnalavaca es un excelente documento de la desintegración chilena que va desde los mansos caracteres formados en la escuela hasta las ramas político-administrativas del país. Por medio de abandonos como el del gran mineral del cobre se ha ido despojando a esta tierra de sus principales riquezas. El capitalista extranjero encuentra todo hecho; la ductilidad de los políticos y el carácter maleable del criollo hacen fácil su predominio y penetración. La dictadura ibañista, junto a otros errores, cometió el de entregar el salitre a los yanquis. Eso no habría podido suceder si la mentalidad de nuestras clases dirigentes, pseudo oligárquicas, hubiese estado formada en moldes más austeros. Su criterio vital es cómodo y acomodaticio; para sus primates el país es un feudo y las riquezas deben ser del que las pague con más rapidez. Se alega siempre en descargo de las acusaciones formuladas en contra de los gestores que aquí no hay capitales y que las riquezas chilenas están mejor

en manos de capitales yanquis que abandonadas.

Hombres como esos son los grandes enemigos de la patria y debían ser procesados por alta traición a sus deberes.

Carnalavaca, presenta clara, objetivamente, un valor social en la novela chilena. Abunda en escenas movidas, pintorescas, novedosas. Circula en muchas de sus páginas un aliento poderoso como esa vida estrechada por la mina y el desierto, vida que hemos pulsado y descrito en muchas páginas.

La epopeya de la formación del mineral con capitales chilenos, las costumbres de los habitantes cosmopolitas de Chuqui, la vida en los «buques» o sea en los insalubres campamentos obreros y otras escenas de la existencia nortina son atractivos aspectos de este libro. *Carnalavaca*, aparte de las figuras de Duarte y de Blumenthal, tiene otra novedad: es una obra que pinta la creación de un medio social. Se sale de la novela individualista y representa un estudio más dentro de la evolución novelística. Es, salvando las proporciones, como las novelas de Teodoro Dreisser tituladas *Tragedia Americana* y *El Financiero* o *El pulpo* de Frank Norris.

Carnalavaca significa un estimable aporte intelectual y da a su autor fundadas esperanzas para ocupar un sitio respetable en la literatura chilena. Los defectos de estilo y de composición, las vacilaciones propias del primer ensayo y las generalizaciones sociológicas algo pro-

fusos, son defectos menores al lado de sus dominantes cualidades. Garrafulic sabe mover su mundo y logra el don de interesar. Las cualidades novelescas que animan su *Carnalavaca* le dieron oportunidad de ingresar muy honrosamente a la literatura nacional.—*Ricardo A. Latcham.*

DOS AÑOS, por *Liam O'Flaherty.*

Esta es una especie de novela autobiográfica (1), aunque el nombre de novela no le corresponde del todo. En realidad, es como un cuaderno escrito precipitadamente durante un viaje y arreglado y corregido después, al publicarlo. Es la narración pura y simple de un viaje. No hay aventuras, en el sentido novelesco de la palabra, sino hechos sencillos. El estilo lo dice:

Fué en el mes de Agosto de 1918, por lo que ahora recuerdo, cuando salí de mi casa para visitar a mi hermana, que vivía en Tyrone. Encontraba ya triste a mi tierra, había en ella algo que me deprimía y que me hacía parecer extraño al país. Cuando llegué a Tyrone, ví que mi hermana había cambiado; o, más bien, había cambiado yo tanto desde la última vez que estuve con ella, que de la visita no saqué otra cosa que un violento disgusto.

Y como no le agrada Tyrone, se va a Londres, ciudad maravillosa, la «única» ciudad del mundo, donde hasta la policía inspira confianza, y da la sensación de que los seres humanos han venido al mundo con un

(1) Zeus. Madrid, 1931.

solo deseo de paz, de justicia y de confraternidad; en Londres se embarca, después de tentar tres o cuatro empleos. «Al día siguiente, cuando fuí a bordo, me encontré con que el barco estaba tomando carga para Río de Janeiro, en vez de alistarse para Boston. Al principio me disgustó el cambio de destino, porque mi hermano vivía en Boston, y hacía ya diez años que no lo veía; pero pronto me alegró la idea de dirigirnos hacia Suramérica. Se me figuraba que aquellos países habían de ser mucho más novelescos que Norteamérica».

La travesía es deliciosa, llena de puñetazos. Llega a Brasil, el legendario Brasil. Un amigo de él le había contado que una vez había llevado desde Uruguay a México una partida de caballos para venderse los a Pancho Villa y que los había transportado atravesando el continente suramericano, corriendo formidables aventuras. «Como yo no discuto la verosimilitud de una mentira si ésta me interesa, había llegado a creer el cuento, del mismo modo que uno cree en la existencia de Macbeth o de Panurgo».

Pero el Brasil no es lo que él piensa y se reembarca. Llega a Cardiff. De Cardiff a Smyrna, de Smyrna...

Esta es la segunda novela de Liam O'Flaherty traducida al castellano. Mezcla de humorismo, de alegría y de pesimismo, transcurre apaciblemente sus 454 páginas. O'Flaherty describe y piensa, muestra lo que ha hallado en el camino y su charla está llena de observaciones. Estados Unidos, Canadá, Turquía le dan motivo para reflexiones de carácter

social. Un pequeño hilo de socialismo corre a través de sus páginas. El autor se interesa por las luchas sociales, aunque no sepa qué es lo que desea, ni tampoco qué es lo que desean los demás.

Cuando llegué a mi país—en Galway, en el extremo oeste de Irlanda—yo era un verdadero espectro, sin alientos para hablar, deshecho, terrible compañero de los vientos que silban entre las rompientes. Un impío asceta, dispuesto a empezar su comunión con las escarpas de los torrentes, con los pájaros y los animales feroces, y con el mar de su tierra natal.

Había terminado su viaje de dos años.—*M. R.*

MUJERES Y FRAILES, por *J. Kallinikov*.

Una extensa novela rusa, comparada por algunos con *Los hermanos Karamasov*, aunque la comparación no sea exacta ni feliz; hay entre ambas diferencias profundas y esenciales. *Mujeres y frailes* (1) es una novela narrativa, epopéyica, cuya acción empieza antes de la revolución de 1905 y termina después de la de 1918. Su trayectoria en el tiempo es enorme para una novela moderna, tan enorme que a veces llega a cansar y a parecer una obra escrita hace cincuenta años.

Mujeres y frailes es, en su mejor parte, una pintura de la vida monástica rusa. Este es su mayor va-

lor, un valor documental de primer orden. La sensualidad de algunos monjes y su deseo de dominio espiritual o material; el misticismo de otros, la idiotez de unos pocos, la estupidez o la grosería de la mayoría; el acercamiento aparentemente inofensivo que se verifica entre ciertas mujeres y los monjes, y las violentas pasiones sexuales que estallan a raíz de aproximaciones entre mujeres desengañadas de sus maridos y frailes hambrientos de placeres; las desviaciones, las perversiones que resultan de la vida de claustro he ahí el atractivo de este libro en su parte mejor.

Un monje sale a la calle, abandona el convento, su grato refugio; va detrás de una mujer a quien desea: esta es la acción central de la novela de Kallinikov. ¿La poseerá? ¿No la poseerá?, se pregunta el lector. Por saberlo y animado por diversas escenas de revolución y sensualidad, el lector da vuelta las páginas, las lee, algunas muy rápidamente, sobre todo al final del segundo tomo, en que se miran más que se leen. Inesperadamente, llega la palabra: fin. Y la novela se acaba. El fraile no llegó a poseer a la mujer; la mujer se libró de él matándolo de un tiro. Es una lástima.

Aprovechando el entusiasmo del lector, el autor cuenta entre tanto una serie de cosas interesantes de la vida de los revolucionarios rusos, de la vida de los comerciantes de provincias y de sus ardientes mujeres, de las costumbres sexuales de la Rusia posterior a la guerra, describe caracteres extraños, casi falsos, como el del estudiante Boris, inte-

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1931.

resantísimos como el del fraile negro, simpáticos y asquerosos como el del fraile Nikolka, ambicioso, sensual y cruel; ridículo y triste como el del pobre desequilibrado, a quien los monjes, en una noche de juerga, amarran desnudo al cuerpo de una campesina desnuda y borracha.

Un crítico literario alemán ha dicho de esta novela: «Kallinikov es, sin disputa, uno de los primeros novelistas eróticos, no sólo de Rusia, sino del mundo entero. En ninguna otra obra rusa vive la erótica del pueblo eslavo con la plasticidad y la desnudez que en ésta». ¿Erótica? Tal vez, pero de un erotismo sin alegría, trágico, violento, sin dulzura, atravesado de remordimientos y de vacilaciones, que más que erotismo es simple priapismo animal.

Sin que esto quite los méritos de *Mujeres y frailes*. Al contrario. Nuestra opinión es distinta de la ajena, pero no en cuanto a la bondad del libro, sino en cuanto a su significación. Kallinikov ha hecho una obra interesante y llena de valores, no parejos, es cierto, pero tampoco desdeñables.—M. R.

POLITICA

EL PAÍS DE LENIN, *por Eugenio Orrego Vicuña.*

Eugenio Orrego Vicuña pasó un tiempo en la U. R. S. S. y en ese período de su vida anotó y observó muchos aspectos de la existencia rusa. De ello dió testimonio su *Tierra de Aguilas*, libro impresionista

e interesante en que expresa su fe en el socialismo y marca la evolución de sus ideas en un sentido marxista.

Como Orrego es un escritor laborioso y muy documentado hizo una ampliación mayor de sus observaciones, investigando, con posterioridad, los diversos campos de la actividad comunista antes y después del advenimiento de Stalin. Sus simpatías parecen inclinarse del lado de Trotsky y de su fracción, recientemente repudiada de un modo definitivo por el supremo jerarca de Rusia. Sin embargo, Orrego no se inclina en forma parcial hacia el grupo adverso a la actual burocracia soviética. Examina también todos los aspectos y matices del problema y en este sentido ha creado una obra útil y bien documentada. Revela una investigación vastísima y en gran parte inaccesible a nuestros lectores. Abarca desde la literatura, el arte y la música soviética hasta la economía y el plan quinquenal y sus futuras derivaciones. Sobresale por su excelente información la segunda parte del libro, donde se examina acuciosamente el régimen soviético, se presenta un esquema de la dictadura del proletariado y del movimiento sindical y proletario.

El complejo fenómeno ruso, cuyo estudio requiere lecturas previas y un rastreo económico insospechable, aparece bastante aclarado en muchos capítulos de este voluminoso libro de Orrego. El lirismo y la exaltación mesiánica que, en otras partes, nublan su prosa con adjetivos rutilantes, aquí se han ceñido a una medida más objetiva.

Es curioso el temperamento de este novel escritor. Su aspecto exterior fino y cortés no hace sospechar su vehemencia. En el terreno ideológico es propenso a la discusión y al exaltamiento fervoroso por tópicos sociales y políticos. Ha heredado de sus antepasados irlandeses un fervor libertario, incompatible con la dictadura burocrática de Stalin. Pero tales violencias y estridencias no se notan mucho en la prosa de Orrego, que tiene un carácter matizado y curioso. Va desde la abstracción no siempre feliz y a veces diluída en una rica adjetivación hasta la más disciplinada objetividad. Y todo esto pasando por zonas de transición propensas al lirismo y al tono poético.

En *El País de Lenin* (1) admiramos uno de los trabajos más perfectos salidos de esta pluma juvenil. Hay aquí riqueza de investigación, cierta serenidad analítica, no obstante sus simpatías férvidas por el régimen imperante en Rusia, y un propósito sincero de estudiar este moderno y gigante experimento de transformación social.

El capítulo final de este libro se prestará a polémicas y críticas; se estudia en él, con evidente minimalismo, el porvenir del desenvolvimiento socialista en América y en el mundo. Es un tema que, por su vas-

ta proyección, suele escaparse a Orrego. Se nota allí su desconsuelo ante la realidad americana, su sentido crítico ante este brutal panorama criollo con sus luchas intestinas, su crudo individualismo, su atomización de las fuerzas productoras e intelectuales, se divorcia entre la mayoría de los escritores y los vitales problemas de su medio.

Orrego tiene un poderoso sentido del trabajo intelectual y es de los más laboriosos escritores políticos con que contamos. Desde muy temprana edad se ha distinguido por su fervor en el estudio del pasado chileno y por su conocimiento de la historia constitucional. De ahí su afición al aspecto jurídico de los fenómenos políticos sociales que le ha brindado ahora una ocasión de hacer meritorias síntesis sobre la organización legislativa rusa.

En *El País de Lenin* se ve un escritor maduro, moderado por el estudio y que rehuye los extremismos verbales. De vez en vez despunta su lirismo celta, cierta borrosidad conceptual y cierta embriaguez con las ideas socialistas; pero, en general, esta obra significa un avance serio en su manera literaria. Por esto puede señalarse a los estudiosos como el mejor aporte sudamericano al esclarecimiento del complejo fenómeno ruso.—*Ricardo A. Latcham.*

(1) Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1932.

GLOSARIO

“**CÉLULA**” se llamará en adelante, el periódico *Claridad*, de tan interesante labor cultural. Los hombres que la dirigen, son todos jóvenes, entusiastas, fervorosos de las ideas. Que no le sople a *Célula* el viento de la disgregación, tan sutil en este país de los vientos contrarios. . . . Porque las empresas intelectuales suelen quedarse entre nosotros, en simples insinuaciones: o se desvían del impulso inicial o se malogran por la intromisión de intereses personalistas. Carecemos del don de la constancia. Este aspecto generalizador, no calza, felizmente en los que van a manejar *Célula*. Cuando dirigían *Claridad*, demostraron que sentían en carne viva nuestros problemas. Con *Célula*, independiente o independizados de otros intereses, nos dirán mejor su mensaje de cultura y de solidaridad. *Célula* estará, sin duda, contra la dispersión, otro de nuestros vicios, contra el incoloro individualismo que caracteriza a estos hombres de origen vasco. De ordinario, individualismo de caracol, sin personalidad, por el simple deseo de aislarse.

Dicen, entre otras cosas, los directores de *Célula* en una circular, a modo de programa:

Nos unen el amor a la libertad, la simpatía por todas las doctrinas que tienden a mejorar la organización económica y social de los pueblos, el deseo de discurrir serenamente acerca de los asuntos de nuestro propio país y el anhelo de que cuanto escrito aparezca bajo nuestra responsabilidad esté limpio de insultos, malevolencias y calumnias.

Excelente programa, que firman: González Vera, Sergio Atria, Santiago Ureta, Ahraham Schweitzer, Jorge Jiles P., Manuel Rojas.

Célula iniciará su publicación en Marzo.



LA *Sociedad de Cirujanos* de Hospital está desarrollando una labor cultural que seguramente, no todos conocen. Por supuesto que no nos referimos a su labor estrictamente cientí-

fica. Se han unido los jóvenes cirujanos para comprenderse, para informarse mutuamente de cuanto se hace en los servicios quirúrgicos. Pero no es este el punto que queremos comentar. Los cirujanos, además de su amor a la ciencia, comprenden que hay zonas espirituales que deben ser colmadas para que el hombre desarrolle plenamente su misión.

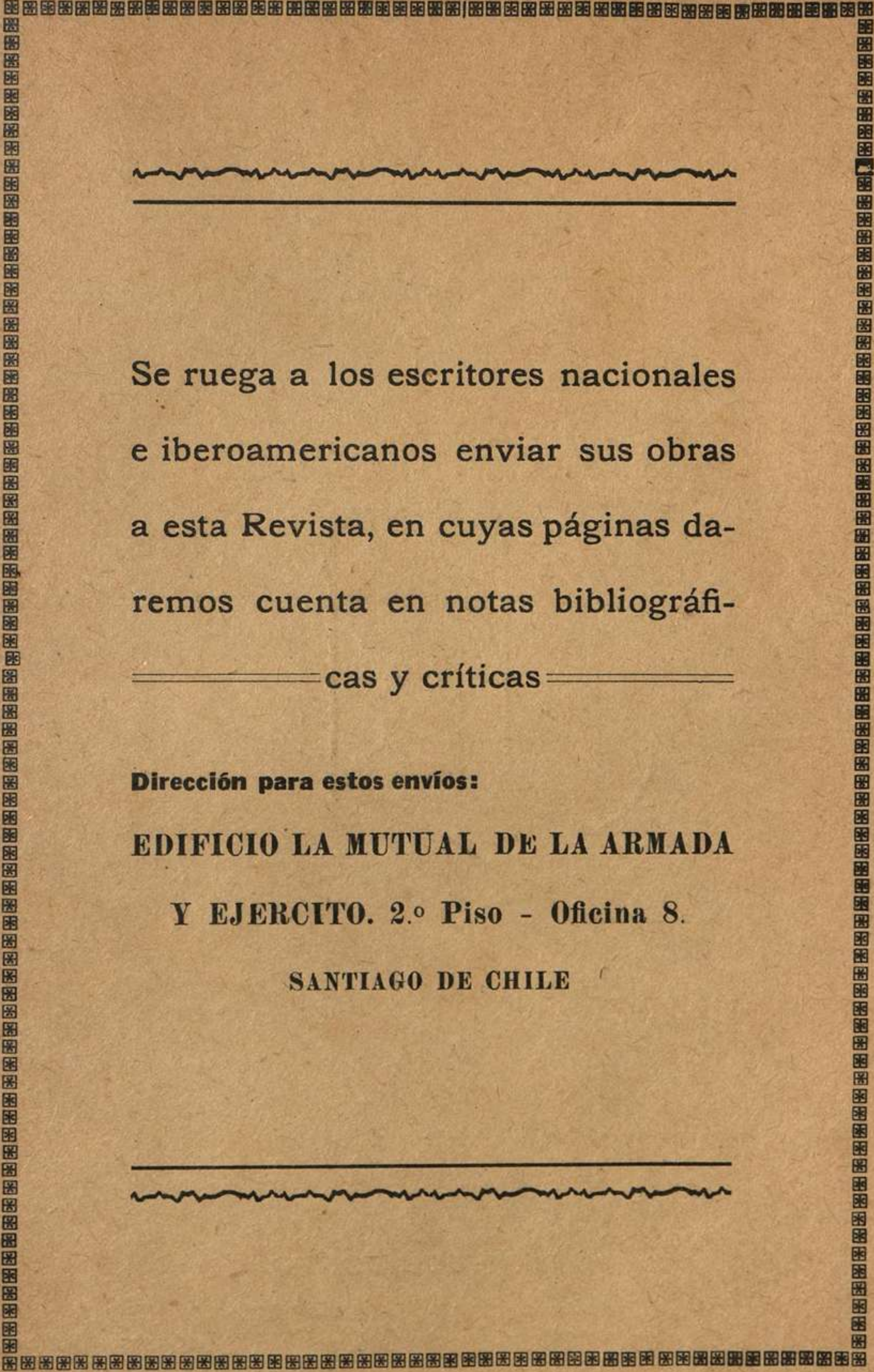
En Chile y tal vez por extensión en América, se ha creído siempre que el profesional no debía sino entregarse en cuerpo y alma a su profesión. Nada más allá de ella. Desviarse una línea en afanes de orden intelectual suponía ya un olvido de la ciencia y luego el anulamiento del profesional. Muchas sociedades de estrecha visión hicieron pagar muy caro a ciertos médicos su *amor intellectualis*, para usar el nombre de Spinoza y los señalaron como a locos, cuando no les aislaron propagando la especie de que no servían para la profesión. De aquí surgió el materialismo profesional, la más triste de las rémoras. Surgió también una casta inculta, apegada exclusivamente al lucro, sin otra inquietud que la que nace del tanto por ciento. . . . Siendo el ejercicio de la medicina el más extraordinario elemento de observación y de sensibilidad, de conocimiento de la vida y de los seres humanos con sus pasiones y tragedias, la pasión por las cosas intelectuales, abre en los que a él se dedican las más inesperadas perspectivas, aun dentro de su propia profesión. Esto es lo que los jóvenes profesionales que forman *La Sociedad de Cirujanos de Hospitales*, han comprendido en toda su amplitud. Y en sus reuniones científicas han dedicado la segunda hora de las conferencias a oír a muchos intelectuales que han acudido invitados por el Directorio, para hablar sobre diversos temas literarios o sociológicos. Porque, para usar un aforismo quizá vulgar, no sólo de pan vive el hombre y hoy la cultura general, es el más imperioso de los deberes.



EL *Fenómeno Ruso* ha quebrantado la moral del mundo. Esto es indudable. Ha desencadenado una literatura torrencial y junto con ella, pasiones, odios, esperanzas. Todos han querido aplicarla de algún modo; todos han creído que era cosa sencilla, penetrar en ese caos y dominarlo. El experimento bolchevique ha servido para que cada cual, con maña o sin ella, haya hecho el análisis según su inmediato interés personal. Veamos ahora cómo se expresa un periodista norteamericano, Georges Soule, acerca de la experiencia y como funda, en breves líneas su concepción del ensayo ruso:

Si la Rusia, lanzándose al asalto de la riqueza y de la técnica, logra realizar su plan, no digamos en cuatro años, sino en seis o en diez, el socialismo habrá avanzado algo. El éxito de Rusia no logrará convertirnos, a pesar de todo, puesto que fuera del desenvolvimiento máximo de la industria en un tiempo relativamente corto, existen otros valores que es preciso considerar. Nuestra situación y nuestros problemas son diferentes. . . Pero un esfuerzo de tal magnitud, no podrá por lo menos, enseñarnos lo que puede obtenerse de un plan de conjunto y de la preocupación tenaz de una comunidad: ¿Por cuánto tiempo aun, seguiremos dentro de un orden en el que los bienes sociales no son más que el producto precario de una lucha entre intereses privados? ¿Hasta cuando continuaremos adorando un progreso aventurado, automático y misterioso? Por cuánto tiempo más, soportaremos pasivamente el que la voluntad humana sea la esclava de los instrumentos que la inteligencia humana ha creado?

Son en suma, los problemas creados por el maquinismo y la supremacía de la industria sobre las realidades concretas y sentimentales que constituyen los resortes profundos del verdadero progreso del hombre. Revalorizar la conciencia humana, arrancándola del crecimiento morbido del industrialismo, del mito de la producción por la producción, que la somete a una esclavitud permanente, sin esperanza.—M.



Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA
Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.**

SANTIAGO DE CHILE



DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago

MCD 2018



MCD 2018